

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 2 - 8 junio 1957 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - Il Epoca - Número 4

CITA DEL MUNDO EN MONTJUIC



EN 25 KILOMETROS CUADRADOS,
LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO
DE VEINTICUATRO PAISES

París y Roma: dos ciudades en el meridiano de la crisis (pág. 12). * El algodón, del campo al escaparate (página 17). * ¿Se puede desarmar el átomo? (página 23). * Entrevista con Carmen Bravo Vilasante (página 28). * Con los hombres de la mina en la cuenca del carbón (pág. 32). * «Seis claves para el sistema soviético», por Bertram D. Wolfe (pág. 44). * La misión secreta de Francisek Ulcek (pág. 49). * Nuestro amigo el ferrocarril (pág. 53)


HACIA LA PROPIA ESTRELLA,
novela por Carmen Conde

BARCELONA, ESCAPARATE INTERNACIONAL



EJEMPLO DE ARMONIA

Que todo marche armónicamente, a compás y en regla, con perfecto ajuste fisiológico, es lo que debemos exigir al organismo en los cambios de estación. Y en la Primavera más que nunca. Para eso fué creada la «Sal de Fruta» ENO.



Sin ser droga ni medicamento, la «Sal de Fruta» ENO «controla» la fisiología humana por reunir en forma concentrada y útil, muchas de las propiedades de la fruta en sazón. Regula las funciones digestivas y aplaca la sed. Ensáyela. Se sorprenderá de sus efectos.

“SAL DE FRUTA” ENO

MARCAS

REGIST.

REGULA EL ORGANISMO

Laboratorio: FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Bonetco - Madrid

Dar un paseo en tren por al Feria de Muestras es siempre grato, y más en esta hora matinal en que la plaza del Universo vive su más dinámica hora



CITA DEL MUNDO EN MONTJUICH

EN 25 KILOMETROS CUADRADOS, LA INDUSTRIA
Y EL COMERCIO DE VEINTICUATRO PAISES

BARCELONA, ESCAPARATE INTERNACIONAL

SON las once de la noche. El Parque de Montjuich aparece completamente iluminado. Hay un constante ir y venir de hombres portando escaleras, rollos de cable, grandes paquetes de lámparas, tubos neón. Otros llevan lienzos de colores cuidadosamente pligados; parecen banderas. En la espléndida avenida de María Cristina que abre la plaza de España, hay un desfilir continuo de vehículos: Camiones enormes, remolques, tractores de grandes ruedas de goma arrastran mástiles, viguetas, cajas y pesados embalajes que protegen complicados y extraños aparatos. A un lado, cerca de la Fuente Monumental, reposan sin orden, frente al sitio definitivo que habrán de



Grandes naves repletas de stands de las más variadas industrias. Este es el pabellón de las Artes Gráficas

ocupar, un sin fin de variadas máquinas agrícolas y de obras públicas. Las enormes cucharas, las recias cuchillas construidas para levantar la tierra, aparecen todavía empapeladas, brillantes de verde y roja pintura fresca, las armaduras de acero.

—¡A ver! ¡Ese cable! Enganchelo a la polea... ¡Ahora!

En el Pabellón Textil se dan los últimos toques a los telares, se colocan las cartelas explicativas de los procesos de fabricación. En los de Industrias Eléctricas, situados al fondo de la plaza del Universo, brigadas de obreros instalan los grandes motores y pesados transformadores en modernos stands de airoosas líneas funcionales. El Gran Pabellón de maquinaria pesada muestra una gigantesca prensa de ciento cincuenta toneladas de peso bruto que aguarda la llegada de los mecánicos que la denjen a punto.

Falta poco para que los pabellones, las avenidas repletas de quioscos e instalaciones, las largas calles se vean atestadas de un público heterogéneo y bullicioso que quiere enterarse de todo.

Técnicos, electricistas, carpinteros, mecánicos, pintores, dan pues, los últimos toques a esta gran manifestación de la XXV FERIA Internacional de Muestras de Barcelona. Los doscientos sesenta mil metros cuadrados del vasto recinto viven, pues, sus postreras horas preparatorias. Hay prisa en todos. Se aprietan las últimas tuercas, se coloca la última bombilla, el último tubo fluorescente, se hace girar la gran bandeja circular de espejo

repleto de objetos, la maqueta a escala de una complicada maquinaria, el volante enorme, la sierra automática, el motor que muestra por un cristal el vaivén de sus pistones...

Es probada también la gran red general de altavoces que harán llegar alegres músicas e instrucciones a todos los stands:

—Uno, dos; uno, dos... ¿Se oye?

EL ABANICO DE RAYOS Y LA FUENTE MONUMENTAL

Pero todavía queda más. Queda ese «quid» que hay que dar a las instalaciones de la Feria, ese algo imperceptible que presta estilo y personalidad a todo aquello que se expone al público.

Un señor calvo y bajito, con un grueso y mordido puro en la mano, se aparta de espaldas de uno de los stands. Se para a unos metros, mira, remira, mueve la cabeza de un lado a otro y, al fin, exclama:

—Por favor, ese cofinete; sí, el grande, un poco hacia la derecha... Eso es.

De pronto, entre los mástiles y gallardetes de las banderas, aparece en el cielo el enorme abanico luminoso de la diadema de rayos del Palacio Nacional, formado por nueve haces, uno por cada letra de la palabra Barcelona.

Las miradas de los diez mil hombres que ultiman la Feria. un momento, se centran en el mágico espectáculo. Los surtidores de la gran Fuente Monumental también han empezado a funcionar. Entre el clamor sordo de la ciudad, entre el ruido de los

martillazos y voces de los montadores, se oye el chapotear continuo de los surtidores luminosos que trazan en el cielo oscuro la elegancia de sus altos arcos.

Es un espectáculo realmente fantástico. La gran taza de casi setenta metros de diámetro recibe del cielo cada segundo que pasa nada menos que tres mil litros de agua; de agua rosa, verde, amarilla, violada...

Durante veinte días, de diez de la mañana, a once de la noche, esta fuente estará funcionando sin interrupción. La noche de la festividad del Corpus Christi cerrará sus grifos, que habrán de arrojar este año un caudal de casi tres millones de metros cúbicos. Es el orgullo de la ciudad. Construida en 1929 para la Exposición Internacional por el ingeniero don Carlos Buigas y Sans, hoy día es para los barceloneses algo tan propio y querido como la estatua de Colón, la montaña del Tibidabo o el Templo de la Sagrada Familia.

TODO EMPEZO COMO FERIA DE JUGUETES

La FERIA Internacional de Muestras de Barcelona no es este año una FERIA más. Cumplo sus bodas de plata, su veinticinco versión y su cuarenta y tres aniversario. Y es que la FERIA, como institución española y barcelonesa que es, ha pasado por todos los altibajos y vicisitudes de la ciudad que la creó. Ha tenido lustros de ininterrumpida manifestación y otros de ausencia injusta. Días felices y días negros, como todo en esta vida.



Solemne acto en la plaza del Universo de la bendición por el Arzobispo-obispo de Barcelona del magno certamen internacional hace dos años

La Feria tiene de verdad historia y, además, prehistoria; prehistoria que, aunque parezca extraño, está ligada a los juguetes infantiles.

La Feria no nació a golpe de plumazo de un brillante decreto ministerial, sino que fué la na-

tural consecuencia del pujante desarrollo en todos los órdenes de la Ciudad Condal.

Todo empezó allá por el año catorce. La Asociación de Fabricantes de Juguetes decidió instalar una feria-exposición de las manufacturas de su gremio. Y el

2 de junio de ese mismo año los niños barceloneses vestiditos de marinero francés con gorro blanco de borlón colorado, de la mano de la chacha o del empingorotado papá, podían pasearse por los amplios salones del palacio del Fomento del Trabajo Nacio-



Foto Brongull

La industria automovilística despierta siempre un gran interés entre los visitantes. En el stand de la S. E. A. T., el público admira un nuevo prototipo de coche utilitario nacional

nal haciéndoseles la boca agria ante las vitrinas llenas de divertidos «juegos de la Oca», rompecabezas, muñecotas de cartón atiborradas de encajes y bizarros soldaditos de plomo, los ingenuos juguetes del tiempo.

Naturalmente, no todos los visitantes fueron elementos pertenecientes a la grey infantil. El certamen despertó el interés a muchos comerciantes y la cosa se clausuró con un franco éxito.

Al año siguiente se pensó que la Feria podía ampliarse a otras ramas de la industria nacional, pero todo quedó en proyecto. La Feria abrió sus puertas con el mismo repertorio de juguetería que su año fundacional y así hasta el 1920.

Estos fueron los modestos orígenes de la Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona, que, al igual que la famosa de Leipzig, empezó vendiendo juguetes.

Claro que también podemos remontarnos a más blasonados tiempos buscando antecedentes históricos. El árbol genealógico de la Feria de Muestras barcelonesa puede iniciarse si se quiere en el siglo XV.

En el «Diario del Antiguo Consejo Barcelonés» se hallan interesantes datos que hacen frotrarse las manos de gusto a los eruditos. Por ello sabemos que el día 1.º de julio de 1633 «en El Borne estuvo todo el día expuesta la Feria del Vidrio» y que en enero de 1646 «el Señor Virrey asistido de muchos caballeros, así catalanes como franceses, fué a caballo a visitar la Feria del Vidrio y otros artículos, y otras muchas cosas por el estilo.

Pero nosotros vamos a lo nuestro.

DE LOS COCHECITOS DE LATON A LOS AUTOMOVILES DE VERDAD

Los deseos de convocar en Barcelona una magna concentración de la industria nacional que pusiera en contacto a unos fabricantes con otros, a empresarios con distribuidores y a todos con el público consumidor, fueron poco a poco asentándose y tomando cuerpo.

Uno de los defensores de esta idea lo fué el propio presidente de la Asociación de Fabricantes de Juguetes, don Federico Barceló, quien más tarde llegó a ser director general de la Feria Oficial e Internacional de Muestras a raíz de la guerra de Liberación hasta 1952, fecha de su fallecimiento.

Las gestiones de la Asociación con el Ayuntamiento barcelonés y con las Cámaras de Comercio y Navegación, al fin tuvieron eco en el Gobierno, quien determinó crear la I Feria Oficial de Muestras de Barcelona.

Así «dos felices veintes» llegan a la Ciudad Condal con los «Ford» de bigote, los últimos modelos de gramófonos con bocina color violeta y naranja y los enormes discos «La Voz de su Amo»—«jazz-band», charleston, tango de Gardel—todo en su primera Feria Internacional. Bueno, internacional a medias, porque participación oficial de banderas ajenas no hubo, que la cosa se limitó a la presentación de sencillos stands en el Palacio de Bellas Artes de

setenta y cinco Empresas extranjeras con sede en Barcelona.

No obstante, el certamen fué un éxito que superó lo previsto. Los mil setecientos expositores que ocupaban con sus instalaciones unos 9.000 metros cuadrados entre Bellas Artes y el Salón de San Juan, hicieron transacciones entre ellos y los visitantes por valor de 15.000.000 de pesetas, cifra que no era manca para el tiempo. Por partidas, la principal fué para la industria automovilística, moda de ayer y de hoy, con casi millón y medio de pesetas.

Como era de esperar, los mejores y más completos stands fueron los de la industria textil.

Esta I Feria Oficial de Muestras acordó editar un «Diario» costumbre periodística que unos años se ha seguido y otros no, en el que fueron recogidas todas las vicisitudes del certamen, que permaneció abierto del 24 de Octubre de aquel lejano 1920 al 10 de noviembre.

LA FERIA CONCRETA SU PERSONALIDAD

La II Feria de Muestras la estrena Barcelona en las puertas de la Primavera del año siguiente. El día 20 de abril los jardines del Parque y el Palacio de Justicia son el marco de un certamen para el que ha habido que buscar nuevo emplazamiento, dado el interés que en toda España ha despertado. Concurren los agentes en nuestro país de industrias extranjeras y, por vez primera, las oficinas de comercio de otras naciones se han interesado por la Feria de Muestras de Barcelona. Concretamente, la Casa de América organiza un ciclo de conferencias sobre temas económicos que despiertan gran interés. Por vez primera también, la industria pesada se hace representar con enormes maquinarias y grandes trenes de montaje eléctrico. La Feria va definiendo su personalidad.

Así, ininterrumpidamente hasta 1924, el certamen va creciendo, ocupando año tras año más y más terreno, pese a que, a veces, vió descender el número de expositores, como pasó en 1922, que sólo fueron unos seiscientos, de los cuales cuarenta y ocho eran extranjeros. Sin embargo, los stands eran cada vez más completos y de un más escogido gusto. Ya no se atendía simple y llanamente a presentar «muestras», sino que, poco a poco, sin perder esta elemental condición, se trataba de rimar todo con un sentido bello de exposición.

En esta misma Feria del año 23 participaron de una manera oficial entidades alemanas, francesas, inglesas e italianas y una gran novedad fué la incorporación al certamen de la industria del libro. Sesenta stands fueron ocupados por las principales casas editoras de España.

La vieja y democrática Feria de Juguetes sabía adornarse con la cultura.

LA GUERRA DE MARRUECOS ACABA CON LA FERIA

El certamen del 1923, celebrado en marzo, presentó una particularidad muy interesante referente a su distribución y montaje.

La Junta Directiva decidió uni-

ficar en la medida de lo posible las «muestras» expuestas, al objeto de poder ofrecer al posible comprador o simple visitante un orden más o menos preciso, cosa que hasta entonces no se había llevado demasiado rigurosamente. Así nació la Sala Metalúrgica, ocupada toda por la Unión Industrial Metalúrgica de Barcelona y la Calle de Badalona, donde todas las manufacturas y productos de esa laboriosa ciudad tenían ordenada representación.

El año 1924, con la Dictadura recién estrenada en España, fué un año grande para la Feria de Muestras, pero también fué el último de su primera etapa. Los Palacios de Arte Moderno e Industrial y parte de la explanada que mediaba entre ambos, en el Parque de Montjuich, se vieron atiborrados de stands.

Las Ferias Internacionales de Praga, Leipzig, Bruselas y San Sebastián enviaron parte de sus mejores instalaciones y las banderas de varios países europeos ocuparon los mástiles al lado de la española.

Los peliengomados caballeros de la época—sombbrero «cannottier», cuello duro y bastón de caña—desfilaban incansables por el Palacio Industrial admirando la complicada maquinaria expuesta y, sobre todo, los relucientes «Chevrolet» de nueve plazas y 22 HP, que tragaban tanta gasolina como un actual tractor.

Ellas, tan emplumadas y talladas, se divertieron lo suyo contemplando las nuevas calidades de estampados, cretonas y vicis recien salidos de los telares de Sabadell y Tarrasa, ciudades que presentaron una gran instalación conjuntamente.

Los niños, en el Palacio del Arte Moderno, tuvieron su solaz, dedicado casi por entero, en simpático y evocador recuerdo a los orígenes de la Feria, a los chismes y cachivaches, delicia de grandes y pequeños de la Asociación Nacional de Fabricantes de Juguetes.

Una gran feria, en fin, que para mayor realce fué visitada por los Reyes de Italia.

Pero al año siguiente, nada. El fuego que ardía en Marruecos quemaba más y más a España, y Barcelona no quiso celebrar un certamen triunfal como su Feria de Muestras cuando miles de familias españolas lloraban la ausencia de sus hijos que, mosqueados a la cara, luchaban en las montañas del Rif.

Aquella primavera del 1925 fué una primavera triste para muchos barceloneses. La Feria Internacional de Muestras, que había echado hondas raíces en la ciudad, dejó cerradas sus puertas.

UN PARENTESIS LUMINOSO: LA EXPOSICION INTERNACIONAL DE 1929

Así cuatro años. Durante este tiempo pasaron muchas cosas en España y también en Barcelona. Pasó primero que don Miguel Primo de Rivera consiguió dar a los españoles algo tan elemental como era la seguridad personal, que desde hacía unos años había estado un tanto malparada, y pasó también que inmediatamente de subir al Poder el gran general supo afrontar con mano firme un amplio programa de reconstrucción nacional en aquellos

órdenes en que más se hacia notar nuestro retraso con el resto de las naciones.

La prosperidad moral y material que trajo la Dictadura a España por fuerza había de traducirse en algo grandioso que pusiera ante los ojos atónitos de propios y extraños lo conseguido en nuestra Patria en sólo unos años de trabajo y orden. Esto fué lo que representaron en su momento las dos grandes Exposiciones Internacionales de Sevilla y Barcelona de los años de 1929 y 1930.

La Exposición Internacional prestó a la Feria de Muestras de Barcelona un servicio único. El más importante de todos, aparte de la alta estima que proporcionó a Barcelona, fué el regalo de su definitivo emplazamiento en el marco único e incomparable del Parque de Montjuich, quitándole aquel carácter un tanto trashumante por todos los palacios de la ciudad que hasta entonces había tenido. Los grandes pabellones entonces levantados, el trazado definitivo de sus calles, las grandes fuentes luminosas que diseñara el gran ingeniero don Carlos Buigas y Sans, quedaron para siempre incorporados a la Feria de Muestras como legado permanente y recuerdo del período gubernamental de un general ilustre.

Conviene puntualizar, sin embargo, la diferencia entre una Exposición Internacional y una Feria de Muestras como la de Barcelona, que ahora celebra sus nodas de plata.

Un certamen del tipo y envergadura de el del año 29 en Bar-

La Fuente Monumental, lanzando al aire tres mil litros de agua por segundo, es el fantástico eje de toda la Feria



celona requiere un tiempo de preparación y estudio que es completamente imposible realizarlo en el periodo de un año que exige toda Feria normal. Pero la diferencia esencial entre Feria y Exposición radica en que ésta sólo muestra aquello que interesa resaltar, no teniendo en ningún caso carácter de mercado. Es algo propio para el turista, para el desocupado curioso, en tanto que la Feria busca primeramente al comprador, al colaborador posible y facilita siempre al público y al distribuidor datos concretos sobre la mercancía que le interesa. Así es la Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona.

OTRO NUEVO SILENCIO: LA GUERRA

La Dictadura no supo aprovechar la favorable circunstancia creada por la Exposición Internacional a la que concurrieron catorce naciones y que fué una completa manifestación de lo que España había hecho y estaba haciendo en aquellos años prósperos.

Hubiera sido entonces una ocasión excelente para reanudar las Ferias de Muestras, pero no se hizo. Y la República fué quien se aprovechó de la gran aureola creada en torno a Barcelona con la gran Exposición del año 1929.

Hasta 1933 no se reanudaron, pues los certámenes de Barcelona que siguieron teniendo gran éxito, quedando interrumpidos a partir del año 1936.

La liberación de Barcelona se encontró con el recinto del Parque de Montjuich maltrecho, des-

pedazado. La mayoría de los palacios estaban en ruinas, sin techumbre, sin restos siquiera de su antigua y costosa ornamentación. Durante la dominación roja, los frentepopulistas los habían dedicado a los más arbitrarios fines, saqueándoles hasta la pavimentación.

Sólo dos de ellos se hallaban en situación menos lamentable, pero por razones de tipo estratégico y de las dificultades del momento, hubieron de ser destinados a usos militares.

Nadie podía pensar entonces en Ferias de Muestras. Lo que interesaba era comenzar al momento a reconstruir fábricas y plantar de nuevo la tierra quemada que había dejado la guerra.

«HAY QUE CONSEGUIR 60.000 METROS DE CABLE...»

El tiempo fué pasando y las cosas volvieron poco a poco a su curso normal. El mundo estaba en guerra y los españoles acabábamos de pasar la más cruenta de nuestra Historia. Nada de ello fué inconveniente a la Cámara Oficial de la Industria de Barcelona para crear en la ciudad un claro ambiente favorable al resurgimiento de la Feria Oficial de Muestras. La Comisión de Incorporación Industrial y Mercantil, que se había hecho cargo provisionalmente de la Feria, en unión de las Cámaras de Comercio y Navegación y otros organismos barceloneses constituyó una Ponencia que bien pronto vió reafirmada su labor por el Ministerio de Industria y Comercio. Rápidamente se modificaron los estatutos y se normalizaron los organismos rectores de la nueva Feria de Muestras, siendo nombrado presidente del Comité Ejecutivo don Antonio M. Llopis. Todo esto era por el verano de 1941, acordando más tarde el Ministerio

de Industria y Comercio que la X Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona se celebrara en los días 5 al 24 de junio de 1942.

Había que empezar por el principio. Había que comunicar al mundo —un mundo en guerra— que la Feria reanudaba sus certámenes y que tratar de hacer concurrir a ella al mayor número de expositores nacionales. Había, sobre todo, que reconstruir los palacios del Parque de Montjuich.

Un estudio preliminar del estado del recinto hizo estipular las primeras materias necesarias para intentar la primera cura de los derruidos pabellones en más de 900 metros cúbicos de madera, 21.000 metros de chapa de fibrocemento para techumbres y unos 60.000 de cable conductor de diversos diámetros.

Era el año 1942. Lo que hoy día tendríamos a la puerta de nuestra casa un par de horas después de haber hecho unas cuantas llamadas por teléfono, conseguirlo entonces parecía cosa casi imposible. Y, sin embargo, todo se hizo, aunque no hubo más remedio que aplazar la Feria hasta el 8 de septiembre, día en que don Demetrio Carceller, entonces Ministro de Industria y Comercio, inauguró solemnemente, en nombre del Jefe del Estado, la X Feria Oficial e Internacional de Muestras de Barcelona.

CADA AÑO, UN NUEVO RECORD

A partir de entonces, las Ferias de Muestras de Barcelona han venido sucediéndose ininterrumpidamente. La primera después de la Cruzada, esta de 1942 fué un éxito rotundo. Prueba de la gran demanda de productos que había en el mercado nacional fué el importe global de las transacciones efectuadas, que ascendió casi a doce millones de

pesetas, en tanto que el valor de las mercancías expuestas en los 50.000 metros cuadrados de la Feria apenas llegaba a los cuatro millones y pico repartidas entre dos mil expositores.

El número de visitantes fué del orden de los 600.000, y la participación extranjera estuvo a cargo de Alemania, Francia, Italia, Manchukuo, Rumania y Suiza, países que enviaron interesantes representaciones de su industria.

Entre lo nacional, aparte del tradicionalmente excelente y completo Pabellón de la Industria Texil, despertaron mucho la atención los aparatos de radio fabricados en serie que presentaba por primera vez en un certamen de este tipo la industria barcelonesa Iberia Radio, S. A., cuando todavía tener un receptor era casi un lujo. Otra curiosidad de la Feria fueron los grandes stands repletos de gasógenos para vehículos de turismo y camiones, la amarga y caricaturesca fruta del tiempo que nos había traído la guerra mundial.

La Feria de Muestras del 1943, celebrada del 10 al 25 de junio, es decir, otra vez en su época tradicional, como era de esperar, significó una superación de la anterior. Fué inaugurada una Sección Especial de Arte Cinematográfico Español y se organizaron diversos concursos entre los expositores, siendo más nutrida que la anterior la participación extranjera.

LOS STANDS DE LAS PROVINCIAS Y EL PABELLON DEL MAR

El año 1944 conoció una nueva ampliación de la superficie de la Feria, y brindó, entre otras, la novedad de un gran stand montado por el Ayuntamiento de Madrid, que acogía a una gran representación de las industrias de la capital.

La participación oficial de las Cámaras de Comercio de las provincias españolas no se llevó a cabo hasta el año siguiente, en que fueron presentadas magníficas instalaciones, en las que rimaba limpiamente la claridad de lo expuesto con un exquisito buen gusto, mostrando a los visitantes la mayoría de los productos industriales y artesanos de todas las tierras de España.

Otra novedad de esa XIII Feria de Muestras del año 1945 fué el Pabellón del Mar, importante aspecto de la industria nacional, que hasta entonces, por diversas causas no había tenido una representación en el certamen de acuerdo con su categoría.

Una gran maqueta que reproducía una hermosa fragata dieciochesca ocupaba el centro de amplio stand, estando ocupado todo el foro por un veraz diorama del puerto barcelonés y, a un lado y otro, numerosas maquetas de modernos buques, representando a las más importantes Empresas españolas de construcción naval y líneas marítimas.

Esta gran Feria de 1945 tuvo también una buena participación extranjera, pese a las dificultades políticas del momento. Los países que montaron stands, aparte de los que enviaron mercancías de una manera no oficial, fueron Chile, Estados Unidos, Francia, Suecia y Suiza.

Y así, cada año por primavera,

La gran avenida de María Cristina ofrece durante los veinte días del certamen este animadísimo aspecto. Dos millones de personas se calcula que visitarán este año la XXV Feria Internacional de Muestras de Barcelona



la Feria siguió abriendo sus palacios y recintos al público, mostrando cada vez nuevas ampliaciones, que respondieron siempre a la creciente demanda de sitio por los expositores. Igualmente, la representación de países extranjeros ha sido cada vez mayor, llegando a concurrir trece naciones en 1950, cifra que, invariablemente cada año, es siempre record, alcanzando en el pasado de 1956 el número de veintitrés.

BUENA FERIA, BUEN AÑO

Frente a los 1.700 expositores en 9.000 metros cuadrados el año 1920, la XXIV manifestación de la Feria de Muestras ocupó una extensión de más de veintisiete veces mayor con 9.189 expositores, de ellos, 2.350 extranjeros.

Las transacciones efectuadas el pasado año ascendieron al orden de los 704 millones y medio de pesetas, y el valor de las mercancías expuestas fué de cerca de 613 millones.

Pese a este enorme volumen de dinero en movimiento, las cifras que se calculan para el presente año superan aún todas las anteriores. Por lo pronto, el Comité directivo ha decidido cerrar todo el recinto de la Feria, al igual que se hizo en 1929 en la Exposición Internacional, lo cual, aparte de facilitar al público el libre acceso a todos los pabellones, permitirá la utilización de mayor espacio libre para stands.

Las banderas de quince países de todo el mundo lucirán en los mástiles repartidos por todo el recinto del certamen internacional, presentándose, además, mercancías de otras once naciones sin carácter oficial, lo que hace ascender, prácticamente, la representación extranjera a veintitrés países.

Alcalde de las principales ciudades españolas y de muchas otras de Europa, relevantes personalidades de la industria mundial, dignatarios extranjeros, embajadores, políticos y hombres de negocios, visitarán este año el magno certamen.

La Medalla conmemorativa que ha creado la Feria en la celebración de sus bodas de plata al servicio de la industria y economía nacional, será el más importante galardón internacional que podrá recibir una Empresa durante el presente año económico.

El Alcalde de Barcelona, don José María Porciles, y don Félix Escalas, presidente de la XXV Feria Internacional de Muestras, pueden sentirse satisfechos.

CIENTOS DE TONELADAS DE PAPEL IMPRESO

La fama de los certámenes barceloneses se ha extendido por todo el planeta, Países incluso que no mantienen relaciones diplomáticas con nuestra Patria, tales Polonia, Checoslovaquia y Méjico, han enviado sus mercancías para el gran certamen. Los 100.000 carteles propagandísticos que ha editado la Feria en siete idiomas —francés, inglés, alemán, sueco, árabe y japonés—, con un peso total de siete toneladas, han sido esparcidos por todo el mundo, por todos los centros industriales y financieros de Europa, Asia, África y América.

Todo está ya listo. Dos millones de ejemplares de «Guías de la Feria», con un peso total de 100 toneladas, aguardan junto a las



En cien mil personas se calcula el número de visitantes que recibirá la Feria cada día. Esta larga cola se formó el pasado año ante un espectacular stand



Entre la alegría al viento de las banderas, el público fluye incansable recorriendo palacios, pabellones y avenidas a lo largo de un recorrido total de treinta y dos kilómetros y medio

taquillas de acceso para ser entregados a otros tantos visitantes que se esperan. Además, se ha impreso un millón de folletos en cuatro idiomas, sin contar un sin fin de hojas sueltas, prospectos, carteles, diagramas, e.c., que en cada stand suelen repartir las casas comerciales a los visitantes.

Por otra parte, inmediatamente entrará en prensa el «Catálogo Oficial» del que se hará una tirada de 10.000 ejemplares. En él se incluirán los índices de la Feria y las listas de expositores, cuya mera enumeración ocupará más de 1.500 páginas, con un peso superior a los dos kilogramos y medio.

Todo este enorme tren de las Artes Gráficas al servicio de la Feria de Muestras tiene su definición más ecuaníme en el «Diario Oficial», que estará dirigido este año por el subdirector de la Escuela de Periodismo de Barcelona, don Claudio Colomer Marqués.

Esta es la Feria, la fabulosa Feria Internacional de la ciudad

que hay quien dice fué fundada por el mismo Hércules en su viaje a las islas Hespérides, o, al menos, por el gran cartaginés Amílcar Barca.

Si todos sus stands pudieran ser puestos en fila, seguidos uno tras otro, formarían una fachada de diecisiete kilómetros de largo. Para tener una idea de la magnitud del certamen, sepa aquel visitante que pretenda conocer toda la Feria que tendrá que recorrer por avenidas paseos y pabellones, una distancia no menor de treinta y dos kilómetros y medio.

Esta es la gran Feria Internacional de Muestras, y ésta es Barcelona, pluriforme, mercantil, marinera, industrial y sofiadora. La ciudad que, escoliada por la policromía al viento de las banderas extranjeras, sabe erigir la alada fantasía de su fuente monumental, entre la tensión férrea de tornos mecánicos y fresadoras, bielas enormes y grandes poleas, símbolos del trabajo y resurgir de ésta nuestra España.

Federico VILLAGRAN

TRES CIUDADES EN LA VIDA DE AGUSTINA DE ARAGON

EL día 2 de julio de 1808 una mujer se encontraba plácidamente dedicada a las faenas propias de una humilde ama de casa. De pronto, una violenta sacudida hizo trepidar su vivienda, y todos los cristales de las ventanas cayeron al suelo. Las gentes corrían por las calles en todas direcciones con los gritos de «¡Viva España!» y «¡Viva Fernando VII!» en los labios. ¿Qué sucedía? Lisa y llanamente, que las tropas de Napoleón pretendían tomar Zaragoza.

Quien presenció cómo su vivienda se vió conmovida por el estruendo de las explosiones y se lanzó a la calle para ver lo que pasaba no era otra que Agustina Zaragoza Domenech, a quien la Historia habría de inmortalizar poco después como Agustina de Aragón o la «artillera» del Portillo.

Se va a rendir homenaje a esta mujer. Su airosa silueta (falda blanca hasta el tobillo y blusa del mismo color, con media toca negra sobre las hombros hasta la mitad de su espalda y antebrazo, peinado de medio moño sobre el cuello, atado el pelo a la altura de la nuca), permanece en la retina de la generación del ayer y la de hoy como artífice de una de las más grandes gestas en defensa del solar patrio. Desaparecida el día 29 de mayo de 1857, ahora se cumple el primer centenario de su muerte.

NATURAL DE BARCELONA

La vida de esta gran heroína se inicia en Barcelona. Creen muchos, equivocadamente, que era natural de Zaragoza, sin duda por ser en la capital aragonesa donde habría de cubrirse de gloria, pero documentos oficiales y referencias familiares aclararon suficientemente que Agustina Zaragoza Domenech vió la luz del día en la Ciudad Condal, siendo bautizada el 6 de marzo de 1786 en la parroquia de Santa María del Mar. Sus padres fueron Pedro Zaragoza y Zaragoza y Raimunda Domenech y Gassull, ambos naturales de Fullela (Lérida). La tradición incluso señala una vieja casa de la calle de Sombreres, esquina a la de Moncada, como lugar de nacimiento de nuestra heroína. También es Barcelona donde Agustina contrae su primer matrimonio, siendo su esposo el cabo de Artillería Juan Roca Vilaseca, así como donde nace su primer hijo.

ZARAGOZA, LUGAR DE SU HEROISMO

A Zaragoza Agustina se trasladó en el año 1807. Ya había comenzado la guerra contra el invasor francés. Como su marido se encontraba ya en plena lucha y a ella le resultaba bastante difícil vivir sola con su pequeño hijo, tomó la decisión de cambiar de residencia y fué a casa de sus padres, que residían allí junto a su hermana Elena.

Antes, sin embargo, de llegar a la capital del Ebro, nuestra heroína ya mostró su elevado concepto del honor y de la justicia. Sucedió en Esparraguera, donde se vió necesitada a hacer noche. El pueblo se encontraba amotinado y pretendía derribar una puerta de la casa donde se habían re-

fugiado unos soldados invasores. Agustina rogó a sus compatriotas que no eran esas hazañas propias de españoles y que ella se encargaría de hablar con los escudados, pidiendo el más justo castigo si así se lo merecían. Agradó la idea al gentío y Agustina, resueltamente, se aventuró a penetrar allí donde estaban escondidos los soldados extranjeros. Al verla, estos se le arrodillaron en señal de agradecimiento por haberles librado de la muerte. No eran franceses, como se había creído. Se trataba de un cabo y cuatro soldados austriacos que luchaban a la fuerza con las tropas de Napoleón y que no deseaban permanecer en sus filas. Explicado esto al gentío, entre perseguidos y perseguidores se repartieron abrazos, uniéndose los extranjeros a la causa del pueblo español desde aquel instante. La serena y justa acción de Agustina no sólo impidió aquí un auténtico crimen, sino que contribuyó a reforzar las filas de los que luchaban por su libertad.

AGUSTINA RELATA SU INTERVENCION EN EL PORTILLO

Ya en Zaragoza, Agustina toma parte en la batalla que la Historia denomina el Sitio de Zaragoza. De cómo sucedió aquella gesta existen diversas versiones. La que hay que considerar verídica es la que la propia Agustina Zaragoza relata a su gran amiga íntima doña A. Roza Arrabal. Dice así la carta que dirigió a dicha amiga:

«... me encontraba una mañana, la memorable del 2 de julio del año que te he dicho, haciendo los menesteres de mi casa, cuando un terrible ruido hizo temblar el edificio. Lo había producido una granada tremenda... Los zaragozanos corrían por las calles en todas direcciones, dando ruidos de rabia. Los franceses intentaban entonces un ataque general. Los súbditos de Bonaparte querían tomar Zaragoza. «¡A ellos!» «¡Vamos al ataque!» «¡Viva Fernando VII!» Estas o parecidas voces se oían a coro por toda la heroica ciudad. Yo me acordé de mi hombre, mi querido Juan, que estaba en el Portillo de San Agustín... El deber de esposa y el deber de patriota —pensé— me exigen poner a precio mi vida. ¿Dónde mejor puesto que en las baterías de San Agustín? Pensado y hecho. Animé a algunas vecinas y, como tocada por Dios en el corazón, dirigime presurosa al Portillo.

«La metralla enemiga había abierto brecha en las murallas y los sitiadores tenían ventaja sobre nuestros soldados y el pueblo... Un artillero, gallardo, guapo, de arrogante postura, surge de aquella masa sangrante de carne humana, pero al aproximarse para prender la mecha al cañón, muere gloriosamente por una bala enemiga. Los indignos franceses se aproximan más y más a la brecha y en aquel momento solemne, yo, enardecida, como subyugada por una fuerza extraña y sobrenatural, me lanzo con fiereza sobre el cuerpo del artillero agonizante, le arranco de sus manos la ensangrentada mecha y, al grito de «¡Viva España!», la aplico al cañón... y una descarga de metralla hace verdaderos estragos en las filas de los sitiadores. El general Palafox, que mandaba nuestras fuerzas, me manda llamar, pero yo, embriagada por aquella atmósfera de polvo y sangre, contesto: «Agustina Zaragoza no abandonará su puesto mientras la batalla continúe». El general en jefe se presentó poco después en el Portillo y me felicitó públicamente por mi conducta.»

DOS VECES HERIDA Y PRISIONERA

Después de su heroica gesta, Agustina sigue luchando por su Patria. Ya es un soldado más. Se le conceden honores, interviene poco después en el

Lea usted
"LA ESTAFETA LITERARIA"
LA MEJOR REVISTA LITERARIA
QUE SOLO CUESTA TRES PESETAS

segundo sitio de Zaragoza y resulta herida, teniendo que refugiarse en un convento. Los franceses la hacen prisionera junto a su esposo y son llevados al extranjero. Pero los dos logran fugarse y regresar nuevamente a España para seguir peleando. Su hijo, de cuatro años, muere en plena carretera cuando volvían a la Madre Patria. Ahora toma parte en la defensa de Tolosa y de nuevo es hecha prisionera, recibiendo una herida al darle con la bayoneta uno de los invasores que la conducían a Francia. También consigue esta vez hacerse con la libertad y vuelve a España, incorporándose al Ejército del Norte para tomar parte en la batalla de Vitoria. Así, en lucha constante y heroica, Agustina ve acabarse la guerra.

RECIBIDA POR FERNANDO VII.

Fernando VII la manda llamar a Palacio. Agustina reside entonces en Valencia, donde recibe la siguiente misiva del general Palafox:

«Noticioso el Rey Nuestro Señor de su esforzado heroísmo en esta guerra, cuyos hechos ha sabido con admiración, ha manifestado deseos de conocer a usted y, por tanto, está usted precisada a complacer a nuestro Monarca pasando a la Corte; creo que no se negará usted a recibir tanto honor.»

Conociendo bien a la heroína, Palafox recalca bien sus palabras: «Está usted precisada» y «creo que no se negará usted a recibir tanto honor». Como se sabe, Agustina ya contestó una vez al general en forma tal que fué el mismo general el que tuvo que molestarse en ir a felicitarla.

Pero Agustina no rehúsa el alto honor y es recibida por Fernando VII, el cual al final de su entrevista le concede un sobresueldo de 1.200 reales anuales.

Dos nuevos acontecimientos en la vida de Agustina Domenech, ya Agustina de Aragón para todos los españoles. Uno es el de 1823, año en que muere su esposo en Barcelona. Esta desgracia cambia los planes de Agustina que pasa a vivir otra vez con sus padres, entonces residente en Almería.

El otro acontecimiento lo constituye su segundo matrimonio. En Almería conoce a un joven médico—trece años de diferencia existe entre ellos—llamado Juan Cobos y Mesperuza. La cosa comienza en admiración y poco después termina en amor. Contraen al fin matrimonio y fijan residencia en Valencia. Pero por razones de su profesión, Juan Cobos tiene que marchar a Sevilla y allí va también su esposa.

ULTIMA ETAPA DE LA HEROINA: CEUTA

La última etapa de la vida de Agustina de Aragón tiene por nombre Ceuta, Agustina se traslada a Ceuta en 1847 y en Ceuta muere en 1857.

Green muchos también que Agustina se trasladó a Ceuta por razones de su servicio militar. Nada de eso. Su residencia en la población española del Norte de Africa se debió a que una de sus hijas se casó con don Francisco Atienza y Morillo, jefe de Administración militar con destino en dicha plaza, y Agustina marcha a vivir con su hija y yerno. Su marido continúa en Sevilla y de vez en cuando va a Ceuta a visitarla.

En Ceuta, la mansión de la gran heroína es primeramente la casa número 10 de la antigua calle de la Muralla, pasando luego a la finca número 37 de la calle Real, donde fallece. Se conserva en dicha finca una placa conmemorativa que dice:

«En esta casa falleció cristianamente el 29 de mayo de 1857 doña Agustina Zaragossa Domenech, heroína del Sitio de Zaragoza, natural de Barcelona. 1808-1809. La colonia catalana de Ceuta le dedica esta memoria. 1913.»

Agustina murió víctima de una afección pulmonar, recibiendo cristianamente los últimos Sacramentos a los setenta y un años de edad. Fué amortajada con su uniforme, colocándose su morrión y sable sobre el ataúd. Recibió sepultura en el cementerio de Santa Catalina, departamento de San Cayetano, nicho número 1. En junio del año 1870 el Ayuntamiento de Zaragoza trasladó sus restos a la ciudad donde realizó su gran gesta y en 1909 quedaron depositados en la capilla que la Junta del Cementerio de los Sitios de Zaragoza levantó en la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Portillo.

Esta es la biografía de una mujer que tuvo como honor máximo el de ser española.

José M.^a GUERRA

La pintura que
decora y protege



INSECTOX, la pintura emulsionada con poder insecticida permanente, se fabrica en seis tonos: blanco, crema, rosa, gris, azul pálido y verde pálido. Es completamente inodora, de acción penetrante y aplicable directamente sobre yeso, cemento, madera, etc.

PINTURAS INSECTICIDAS

insectox



Distribuidor exclusivo para DROGUERIAS en la zona Centro: HIJOS DE ALFREDO ALEIX BEAIN
Calle del Prado, 15-MADRID-Tels. 215336-212159
Es un producto de PINTURAS **SMEYERS**
Sierra de Cameros, 17 - MADRID - Tel. 39 27 00



Fotógrafos y operadores de cine esperan a los políticos encargados de solucionar la crisis francesa



René Pleven, encargado de las consultas para formar Gobierno

EL MERIDIANO DE LA CRISIS PASA POR PARÍS Y ROMA

FRANCIA: LA CULPA FUE DE 80.000 MILLONES DE FRANCO

ITALIA: UN MOVIMIENTO TACTICO CON VISTAS A LAS PROXIMAS ELECCIONES

PARA asestar el golpe de gracia al Gobierno Guy Mollet, el mecanismo parlamentario francés tiene bien engrasados y a punto sus engranajes. Es en la noche del 21 de mayo cuando cae derribado por la cuenta de 213 votos a favor y 250 en contra. Así deja el Poder el más duradero de los 22 Gobiernos que ha tenido la IV República, ostentando esa plusmarca por sus dieciséis meses de existencia.

Guy Mollet, visiblemente alterado, toma la palabra en el hemicycle para tratar, en un último

alarde de oratoria, de apuntalar el Gobierno contra la ofensiva desencadenada. Su primera descarga dialéctica apunta al sector que ocupan los diputados comunistas:

—Monsieur Waldeck Rochet ha dicho que la guerra de Argelia es imbécil y que no se terminará con ella. Sin embargo, no se trata de una guerra, y desearía que ese señor se lo dijera así a los jefes rebeldes cuando tenga la oportunidad de entrevistarse con ellos.

Se escucha una salva de aplausos, y el grupo formado por los diputados comunistas encaja este embate sin inmutarse.

—Este Gobierno de asesinos, como decís vosotros; este Gobierno que echáis por tierra lo habéis tenido a merced de vuestros votos y lo habéis dejado vivir como a monsieur Pierre Cot, que propugna la unión de las izquierdas, os diría también que el partido comunista no está a la izquierda, sino al Este.

Más aplausos y el mismo silencio del grupo aludido.

—El Gobierno está dispuesto a

mantener, salvaguardar y conservar la independencia francesa, la patria y su grandeza. Nosotros somos patriotas, y voy a leeros lo que se dice a este respecto en el manual entregado a cada adherido a nuestro partido socialista.

Estas palabras son ahogadas por un gran murmullo de desaprobación. Varios diputados se ponen en pie y vociferan frases que nadie entiende. El escándalo es más que regular. Monsieur Moustier, del grupo independiente, dice con voz de trueno:

—¡Usted es ahora presidente del Consejo y no líder socialista! Haced menos política de partido.

—Un Gobierno como el suyo, que se apoya en una minoría, está poco calificado para hacer reinar la democracia en Argelia—le grita monsieur Bone, del grupo pujadista.

Poco después Le Troquer anuncia que se va a celebrar la votación. Los diputados deben ir pasando ante la mesa presidencial. Se comienza por los apellidos cuya letra inicial es la V. A medida que las papeletas blancas (a favor del Gobierno) y las azules

(en contra) van cayendo en la urna, el resultado final se advierte con más precisión. La derrota del equipo de Guy Mollet es ya un hecho. A las once y media de la noche Le Troquer anuncia el balance: «Número de votantes: 463. A favor, 213. En contra, 250.»

—Según la Constitución, no se ha negado la confianza al Gobierno, pues para ello se requería una mayoría absoluta de 298 votos, pero el proyecto de reformas fiscales ha quedado rechazado—explica Le Troquer.

Es entonces cuando Guy Mollet se retira del salón de sesiones, seguido de todos los ministros. Los socialistas aplauden al presidente, que va a presentar su dimisión al primer magistrado del país. El Gobierno de Francia está en crisis.

DEBE Y HABER DE UN GOBIERNO

A medianoche Guy Mollet se ha entrevistado ya con el Presidente de la República, y éste pu-

blica un comunicado. «No habiendo retirado la Asamblea Nacional su confianza al jefe del Gobierno, en la forma que determina la Constitución, la Presidencia no puede manifestar si acepta su dimisión hasta que se proceda a la consultas de rigor.»

Significan estas palabras que Guy Mollet y los ministros conservan todas sus prerrogativas y su poder de decisión en tanto que no se designe a un sucesor.

—Comprendo la actitud del Presidente de la República y los motivos que le mueven—declara Guy Mollet al salir del Eliseo—. Es cierto que no se ha retirado la confianza al Gobierno en los términos constitucionales. Me doy cuenta de las dificultades que va a encontrar el Presidente a lo largo de las consultas y las que habrá que hacer frente para constituir un nuevo Gobierno. Pero confirmo mi voluntad absoluta de mantener mi dimisión y la del Gobierno entero.

Termina así una noche del mes de mayo la historia del Gabinete Guy Mollet, que tenía en sus manos las riendas del Poder des-

de el primero de febrero de 1956, cuando recibió la investidura de la Asamblea Nacional, a raíz de las elecciones generales, por 420 votos favorables contra la mínima cifra de 71 papeletas contrarias.

En esa historia de casi dieciséis meses de duración se encierran problemas tan espinosos como Argelia y Suez. Como el Estatuto para los territorios de Ultramar y las reformas fiscales. Guy Mollet y sus ministros han tenido que encararse con muchos y graves problemas, y hora es en estos momentos de llevarlos a las columnas del haber y del deber antes de cerrar la cuenta que explica su caída.

En el activo del equipo Guy Mollet pueden consignarse algunas realizaciones de orden social, como son la nueva reglamentación de las vacaciones anuales de los trabajadores franceses, y sobre las pensiones de retiro. No gran cosa, en verdad, para el ambicioso programa electoral que había ofrecido a los votantes el partido socialista.

Se viene considerando en el país vecino como otra «conquista» del Gobierno Mollet el Estatuto para los territorios de Ultramar. Según él, y teóricamente, el Africa Negra asociada a Francia está dotada de una cierta autonomía rica en promesas y que abre el camino para desarrollar su libertad sin romper los vínculos con la metrópoli. Son citadas como ejemplo las evoluciones experimentadas por los territorios de Togo y del Camerún. Los nuevos planes para el Sahara se añaden también al haber del Gobierno ahora derribado. El reconocimiento de la independencia de Marruecos y Túnez correspondió asimismo a esos dieciséis meses de Guy Mollet, aunque en estos asuntos no hizo sino rematar una política determinada por otros equipos gubernamentales que le precedieron.

TROPIEZO EN ARGELIA Y EN SUEZ

El resto corresponde ya al pasivo. En primer lugar está el problema argelino. Guy Mollet encontró al llegar al Poder una situación en este territorio enconada de tiempos atrás, y emprendió al instante una constante política llamada de pacificación, que habría de ser el preludio de futuras reformas, negociadas con los dirigentes argelinos.

A la hora en que deja el Poder, esa pacificación no se ha logrado, y lo que es más alarmante para el país vecino, su fin no asoma en el horizonte próximo. Las reformas y el futuro Estatuto de Argelia han quedado en la misma zona nebulosa que se hallaban al ocupar la presidencia del Gobierno. El juicio más benévolo que se hace acerca de su política en este territorio del norte de Africa es que nada ha logrado para solucionar el problema y que nada permite prever un arreglo más o menos lejano.

En política extranjera los resultados son aún más decepcionantes. Si en su etapa se han firmado los tratados del Mercado Común y del Euratom, no hay

que olvidar tampoco que esos tratados han quedado sin ratificar. En el plano diplomático el Gobierno Mollet ha cosechado estrepitosos descalabros. Vayan a la lista los infructuosos viajes del ministro de Asuntos Exteriores, Pineau, a la India y a Egipto y del mismo Mollet a Washington y Moscú. Francia en este tiempo no ha desempeñado ningún papel brillante en política internacional y su prestigio ha quedado gravemente malparado tras las operaciones de Suez.

En esta acción Mollet y su equipo se han desenvuelto con falta de acierto y han situado a Francia en difícil situación respecto a los países árabes. En vísperas mismo de su derrota parlamentaria Mollet, sin haber aprendido la lección de los hechos recientes, recurría a la ONU para preconizar un boicót contra el canal de Suez, que, de haberse llevado a la práctica, habría supuesto otro serio quebranto para la economía francesa.

Ya no en el capítulo de sus realizaciones desfavorables, sino en el de problemas no afrontados, dejados al aire, está la prometida reforma constitucional, como está también la modificación de la ley electoral. Inédita quedó asimismo la reforma fiscal y la de la enseñanza. Y aunque no inédita y sí fracasada, está su política financiera. Es en el campo de este problema donde hay que buscar las raíces más importantes de la caída de Mollet, según reconoce la mayoría de la Prensa francesa.

MOLLET ES ABANDONADO

Guy Mollet chocó desde el primer momento con muy difíciles conflictos financieros de la ba-

lanza de pagos y del déficit interior. Las medidas, esporádicas de su ministro de Hacienda, Ramadier, a pesar de los buenos resultados del empréstito del pasado mes de septiembre, y a pesar también de los nuevos impuestos, no han bastado para cubrir la amenazante brecha de los déficits del interior y del exterior.

Empujado por las necesidades siempre crecientes de la campaña de Argelia y de las atenciones públicas, Ramadier quería ahora ingresar en la Tesorería nada menos que 80.000 millones de francos suplementarios que habría de pagar, billete a billete, las empresas industriales. Y esta pretensión es la que ha precipitado la caída de Mollet y de sus ministros.

Ante este proyecto, Mollet sentía ya que el terreno que pisaba cedía peligrosamente. Por su política en Argelia, la extrema izquierda, incluidos los comunistas y sus seguidores de Mendes France le habían retirado toda clase de apoyo. Su política financiera ahora le privaría del sostén de los moderados. Por motivos tan diversos el mecanismo parlamentario llevaría a votar juntos, en contra de Mollet, a los independientes y a los comunistas, a los radicales y los grupos que defienden los intereses agrarios.

Con estos antecedentes la vida del Gobierno Mollet no se podía salvar cuando el presidente sube a la tribuna de la Asamblea para ganar con su oratoria el voto favorable de ésta. De la derecha y de la izquierda salían voces de protesta contra sus palabras. Con muchas de sus frases daba la impresión de que defendía al partido socialista antes que al Gobierno. Y los moderados no vacilaron en retirar su apoyo a un Gobier-



Guy Mollet, en minoría, sale del palacio del Elíseo después de presentar la dimisión

no socialista con mayoría de este partido en los titulares de las carteras. Así se sumaron a los votos contra Mollet los de 134 diputados comunistas, los de 52 independientes, los de 12 diputados agrarios. Y los votos de 36 pujadistas, con los 28 votos de los republicanos sociales, además de los seis votos de los progresistas. A su lado tuvo Guy Mollet 92 socialistas y 68 del M. R. P., entre los grupos más numerosos.

PIENSAN LOS FRANCESES EN RICHELIEU

Sobre las repercusiones de esta crisis en la vida francesa, habla con estas palabras el diario «L'Aurore» del día 24 de mayo: «Los grupos parlamentarios pueden, por el momento, arrojarse mutuamente a la cabeza las responsabilidades que, en justicia, deben repararse entre todos. Es la barahunda tradicional de toda crisis. No tomemos trágicamente ni los reproches ni las acusaciones. Pero hay que decirlo con precisión: estas vanas disputas no pueden prolongarse; ellas no continuarán, sino a expensas de los intereses franceses. Las circunstancias actuales son de tal gravedad, que las peores catástrofes pueden abatirse sobre nosotros, fulminantes, si queda vacante el Poder más tiempo o si traemos un Poder débil y provisional bajo la forma de uno de esos ministerios de transición, en equilibrio siempre inestable, de los que tenemos experiencia bien frecuente y triste en nuestra historia parlamentaria.»

Sobre la situación planteada en Francia por esta crisis abundan los presagios pesimistas. Ha sido M. Bonnefous quien ha lanzado esta advertencia:



Giuseppe Pella, ante las cámaras de la televisión

—Si nuestras divergencias internas se prolongan, nos exponemos, de crisis en crisis, a desembocar en una verdadera crisis de régimen.

Mientras se pronuncian estas palabras, los comunistas franceses dan su solución; una solución que entra dentro de las normas clásicas de los Frentes Populares. Barajando cifras, llegan al

resultado de que si la mayoría parlamentaria exige 298 votos, nada mejor para el país que recogerlos de los grupos comunista y progresista, que suman 149; de los socialistas, con 100, y de los seguidores de Mendes-France, que totalizan 46. Así se amasan 295 votos, y los pocos que faltan para llegar a la cifra mágica —tres votos— cuentan fácilmente sacarlos con creces entre los partidos menores que se mueven por los senderos vecinos al comunismo.

Los comentarios que merecen estos acontecimientos políticos a muchos otros franceses tienen un signo bien diferente. Escribe así el semanario «Rivarol»: «¿Cambiará este vals político nuestro hasta, nuestras miserias y nuestro descontento? Nada de nada. Con vistas únicamente a la salud del país, nos limitamos a recordar, una vez más, que Richelieu se mantuvo en el Poder cerca de veinticinco años, y Colbert, un poco más tiempo. Pero estos señores parlamentarios se alzan de hombros. «Es que queréis quitarnos el pan de la boca», dirían. Hay que contestarles de una vez para siempre: «Cierto, señores; es la única forma de que se salve Francia.» Lleva el número 332 y fecha 23 de mayo de 1957, el número del semanario donde se recogen esos comentarios sobre la política del país vecino.

ROMA: LA HORA DE ZOLI

Enlazada cronológicamente con la crisis francesa, en Italia se ha producido también la caída del Gobierno Segni. Pero las causas de esta sustitución no guardan semejanza alguna con las que han determinado la de Guy Mollet.



Segni y Zoli se dan la mano amistosamente después de la crisis italiana. Dos maneras de sonreír

Nada autoriza a pensar que la actual situación de la economía italiana haya provocado la crisis. Aunque en este país el ritmo de la expansión económica ha aminorado notablemente, las perspectivas en este orden no son igualmente sombrías como en Francia.

Hace exactamente dos meses que el nuevo presidente del Gobierno de Roma leía su informe sobre el año 1955 ante el Parlamento, en calidad de ministro del Presupuesto. Señalaba entonces Zoli que la renta nacional se había incrementado durante aquel período, aunque el ritmo del crecimiento era sensiblemente inferior en relación con el de años precedentes. En 1953, el aumento real había sido de un 4.1 por 100, mientras que en 1955 fué de un 7.2.

No hay que buscar, pues, la gestación de la crisis italiana en razones de índole económica, sino en un movimiento táctico con vistas al nuevo período electoral. La habitual coalición de cuatro partidos que respaldaban los anteriores Gobiernos estaba prácticamente rota desde el pasado mes de febrero. Integrada por los demócratas cristianos, liberales, republicanos y socialdemócratas, el grupo socialista capitaneado por Saragat buscó la ruptura para deslizarse hacia el sector izquierdista de Nenni, actualmente en la oposición. Así espera Saragat ganar adeptos en sus filas, que se traducirá, según su punto de vista, en un aumento de votos en las próximas elecciones de 1958.

Al rechazar el partido republicano mantener la coalición con los demócratacristianos, para resolver la crisis sólo había una solución viable: que la democracia cristiana se resolviera a afrontar sola las tareas de gobierno. El Presidente Gronchi no tenía en su mano otra alternativa que entregar el Poder a ese partido. Su único problema en tales circunstancias era elegir al hombre más indicado de las filas de aquella agrupación política. Y la decisión recayó sobre el senador Abdón Zoli.

Otra salida no era posible en esos momentos, si se tiene en cuenta que el cuadro político de Italia es ahora extremadamente complicado. Los tres más importantes partidos que formaban la anterior coalición se hallan divididos entre sí y en relación con los otros grupos. La posición de los afiliados al bando de Pietro Nenni está cada vez más cerca de la postura comunista, aunque no renuncien al «flirt» con los socialdemócratas. La extrema derecha, monárquicos y liberales, por sí sola carece de fuerza. Los

demócratacristianos cubren así un vasto campo que linda a un lado con las izquierdas avanzadas y por el otro con los conservadores. Más que un grupo compacto constituyen un mosaico que sólo la habilidad de un Fanfani, secretario general del partido, es capaz de aglutinar y mantener en cohesión.

DOS MINISTROS CLAVE EN ITALIA

Poniendo en el candelero a uno de los hombres de más prestigio en las filas de la democracia cristiana se ha resuelto la crisis italiana. Se considera a Zoli como el más indicado para el puesto por la experiencia que tiene en su haber.

—Desde que mi marido empezó a dedicarse a la política, nunca he tenido una vida tranquila —decía a los periodistas la mujer de Zoli cuando éstos acudieron a su casa de Florencia para obtener noticias de primera mano sobre la vida familiar del nuevo presidente del Gobierno. Una vida que se inicia en 1911, cuando el abogado florentino Zoli contrae matrimonio.

En la actualidad tiene seis hijos, uno de los cuales es periodista al servicio del diario «Giornale del Matino». Es un experto Zoli en política, en Derecho y en cuestiones financieras. Fanfani está unido a él por una especial amistad; es un convencido seguidor de los postulados de De Gasperi.

En la lista de ministros del Gobierno ha incluido 17 miembros del partido demócratacristiano y uno solo ajeno a él, que es el del titular de la cartera de Comercio Exterior, Guido Carle, un técnico, no un parlamentario.

Las personalidades clave del nuevo Gabinete, juntamente con el presidente Zoli, son Pella y Gonella. El primero ha sido colocado al frente del departamento de Asuntos Exteriores y es, además, vicepresidente del Gobierno. Se ha dado a conocer como defensor a ultranza de las ideas europeístas, presidiendo durante dos años la Asamblea parlamentaria de la Comunidad del Carbón y del Acero. Giuseppe Pella es el más caracterizado representante del ala derecha del partido.

Gonella, en cambio, representa dentro de la democracia cristiana al sector izquierdista.

Antiguo periodista y profesor de Universidad, ha sido ministro varias veces y fué secretario del partido en tiempos de De Gasperi. Está encargado de Justicia y Coordinación de disposiciones constitucionales.

La inclusión de Giuseppe Pella

se viene interpretando como un síntoma de cambio en la política exterior de Italia, de un cambio hacia una mayor firmeza en las orientaciones, como la que puso de manifiesto el actual ministro cuando estaba en su momento álgido el problema de Trieste. También es él uno de los que mejor han orientado en la posguerra la economía nacional del país.

Cree la Prensa italiana y opinan los observadores, que con Giuseppe Pella en el palacio Chigi, al frente del ministerio del Exterior, la política internacional de Italia será en el futuro más realista y más firme. Más prooccidental y más en favor de la N. A. T. O. Todo ello si el Gobierno logra apoyo en el Parlamento.

EL GOBIERNO DE LA BATALLA DIARIA

Zoli y su equipo van a probar las posibilidades que tiene en Italia la democracia cristiana de gobernar el país sola, sin aliarse con la izquierda ni con la derecha.

Como se da la circunstancia de que ese partido no cuenta con mayoría previa en el Parlamento, por eso al repasar la lista de los ministros del Gobierno se descubre en ella la preocupación de Zoli por incluir en ella nombres que arrastren votos fuera del partido, lo mismo de la derecha como de la izquierda. Así se contrapesan influencias y matices, en opinión de su presidente. Prácticamente se trata de un Gobierno que necesitará en cada batalla parlamentaria la alianza de otros que no se podrán mover sin el apoyo de los demás partidos o, al menos, sin su condescendencia.

Esta fórmula deja abiertas las más amplias perspectivas y al mismo tiempo abre paso a las más complicadas maquinaciones. Deja el mayor margen al imprevisto. Será Gobierno de la batalla de cada día.

Y frente al programa político que pretende este Gobierno estará siempre la oposición de la extrema izquierda, que tendrá buen cuidado de obstaculizar su labor para que el partido no llegue a las próximas elecciones robustecido por el prestigio que pudiera ganar hasta entonces. El hecho de que el Gobierno de Italia haya recaído en ese grupo parlamentario no significa un triunfo para éste, sino un gran riesgo. El mismo Zoli lo ha manifestado así. Pero el mecanismo de la política tiene sus exigencias y ha impuesto ahora que le corresponda a ese grupo el jugar la carta integralista, cogiendo al toro de la República por los cuernos.

Alfonso BARRA

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTÍSTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 3 PESETAS



DEL CAMPO AL ESCAPARATE



DEL ESCAPARATE A LA CALLE

SIETE DIAS PARA EL ALGODON EN MADRID Y BARCELONA

UN FUTURO LIBRE DE IMPORTACIONES PARA EL CONSUMO INDUSTRIAL

YA no es el algodón para los españoles una planta exótica. Al pensar en la fibra más noble de la industria textil no tenemos necesidad de volar con la imaginación hasta las orillas del Nilo legendario. Ni tenemos que recor-

dar los campos asiáticos de un país donde los bueyes y las vacas son mirados con respeto y simpatía. Las tierras que riega el Mississippi y los campos de la Tejas novelada, con cuatrerros que no existen y sabores a música de

jazz, que por allí tuvo su origen, no nos son tan fantásticos desde que España ha vestido también de blanco sus campos por septiembre.

La importación del algodón ha dejado de ser venturosamente el

mas fuerte capital de nuestro comercio exterior. Son muchos los que aún no se explican el cómo. Pero lo cierto es que aquellos cien millones de pesetas oro que salían cada año de las arcas españolas, para pagar el algodón que necesitábamos, se han reducido fabulosamente. De cuatro partes necesarias para alimentar nuestra industria textil, ya sólo es necesario importar poco más de una de ellas. Las 210.000 bales recogidas en la última campaña han venido a demostrar que muy pronto España no necesitará acudir a comprar esta materia en mercados extranjeros. Unos dos mil millones de pesetas es el valor aproximado de esta producción. Una cantidad más que respetable que ha logrado romper aquel clásico 75 por 100 que su importación suponía en el déficit nacional. El milagro está hecho. El 1 de enero pasado ha entrado en vigor un convenio firmado entre el Servicio Español de la Industria Textil Algodonera y el Cotton Council International de los Estados Unidos. El Cotton Council es el Departamento exterior del National Cotton Council con sede en la ciudad de Memphis. Esta Institución fué fundada ahora hace dieciocho años con el fin de incrementar el consumo de los artículos de algodón en los mercados del mundo, fomentando el uso de estas prendas mediante un estudio realista de esos mercados.

SIETE DIAS DEDICADOS A LA FIBRA CAPITAL DE NUESTRA INDUSTRIA TEXTIL

La II Semana Nacional del Algodón que va a celebrarse conjuntamente en Madrid y Barcelona del 3 al 9 de este mes—la anterior tuvo como escenario solamente la Ciudad Condal—es una consecuencia de este convenio reciente. Este tratado, que elevará sin duda el tono económico de la industria, sólo ha sido posible porque nuestra rama textil algodouera ha alcanzado una gran importancia. Su consideración en el mercado mundial es tan alta que el Cotton Council ha firmado este convenio dejando en proyecto para más adelante otros parecidos con Austria, Bélgica, Holanda, Italia, Suiza y Alemania.

La celebración de esta Semana Nacional tiene una finalidad concreta que afecta tan sólo a un sector determinado de la industria textil algodouera. Los confeccionistas y los detallistas son los más directamente interesados en ella. Se pretende esencialmente «actualizar en el pensamiento la consideración de nuestra fibra básica, valorizando sus cualidades y llevando al ánimo del consumidor—a través de sus proveedores naturales y directamente—las razones de su auténtica e indeclinable primacía». Aumentar la venta de los artículos de algodón en los grandes almacenes de las ciudades y convencer a los confeccionistas y a los consumidores de las ventajas que reporta el uso de estas prendas es casi únicamente el fin de la Semana. Crear un ambiente algodouero. Este es, en pocas palabras, su verdadero fin. Algo que merece la pena y con lo cual van a beneficiarse los industriales, los comerciantes, los obreros textiles y los consumidores.

Para lograr este deseo se celebrarán en Madrid y Barcelona diversos actos con objeto de dar a conocer todo lo referente al algodón manufacturado. Dos famosos dermatólogos disertarán, en centros culturales de estas capitales, explicando las ventajas y conveniencias del uso del algodón desde el punto de vista de la Medicina.

LA LUZ, LAS TIJERAS Y UNA MISS: TRES PROPAGANDISTAS DEL ALGODON

Cientos de escaparates en Madrid y Barcelona encenderán durante estos días, bajo las luces en colores, la envidia y la admiración de los que pasan. Dos premios para cada una de estas ciudades—de quince mil pesetas el primero y diez mil el segundo—son la gran tentación para que los escaparates se luzan combinando los vichies con los cutíes y damascos, los chester y satenes con las mantelerías, las sábanas y los blanqueados, todos ellos de algodón. Escaparatistas y modistas van a hacer el panegirico del algodón manufacturado. Al final, un desfile de modelos—también de algodón, ¡pues no faltaba más!—. Helen Landon, la joven elegida por los magnates de la

industria algodouera de los Estados Unidos como Miss Algodón 1957, asistirá a este desfile que se organiza en su honor. La señorita Landon fué elegida para el título después de dos días de liberación entre veintidós finalistas que representaban a los trece Estados del Cinturón Algodouero. Unos rasgados ojos verdeazules, su formación y personalidad junto a cuarenta y cinco kilos armónicamente repartidos, y el 1,72 de estatura, la hicieron acreedora al galardón. Esta rubia y bellísima muchacha es en la actualidad estudiante universitaria. Ha sido capitana de un gran equipo femenino de baloncesto. Le encanta la cocina, y su especialidad son los pollos al estilo del Sur. Forma parte del «ballet» acuático «Dolphin Club». Su título le da derecho a recorrer el mundo como embajadora de la industria algodouera de su país. Más de cuarenta diseñadores norteamericanos han competido en la realización de su espectacular vestuario. Cuarenta y dos trajes para todas las estaciones componen su colección. Veinticinco voluminosas maletas, forradas de algodón, la siguen a todas partes. Cuando acabe la gira la Delegación Ford de Memphis le regalará uno de sus coches, modelo 1957, descapotable. Barcelona y Madrid hospedarán dentro de unos días a esta extraña embajadora americana. ¿Motivo de su visita? La celebración de esta Semana. Mientras dura todo esto seguirán su camino, sin casarse, los hombres y las máquinas, que han hecho con su trabajo de cientos de semanas, con minúscula, que tenga sentido y resonancia la II Nacional del Algodón.

DE LA TIERRA, PASANDO POR LAS FABRICAS, AL SERVICIO DEL HOMBRE

Este es el camino del algodón. Un camino sembrado de curvas hasta el fin. Miles de manos campesinas se cierran y se abren en épocas de recogida, para arrancar de la planta el cogollo con la fibra y la semilla. Así, poco a poco, van llenando unos sacos de trás de otros. Los carros o los camiones los transportan después por caminos y carreteras que bordean los pueblos y aldeas, hasta los almacenes y factorías. Otros hombres se encargan de irles cortando el vientre con cuchillas, sacándole a los sacos sus blancas entrañas de algodón. Las máquinas luego van tragando los montones para quitar, en sus revoluciones diabólicas con chorros de aire fuerte, el polvillo, la hojarasca y cualquier impureza que haya venido envuelta. Otras máquinas pasan vertiginosas sus rastrillos finísimos arrancando a la semilla sus fibras. Terminado el desgrane o despepitado las fibras se juntan en bloques como mantas extendidas que se enrollan. Ya están de este modo las balas preparadas—más de 200 kilogramos pesa cada una—para el transporte hasta otras fábricas. En ellas la mecánica, aliada con la química, se entiende con las balas. Un proceso complejo consigue su final. Ha terminado la elaboración industrial del algodón. En mil colores diferentes, di-



La fibra de algodón se convierte en bobinas, cuyos hilos tejerán preciosas telas

bujada a capricho o en cromática lisa, llega a los almacenes, a los comerciantes, a los escaparares. Después presencia el juego de la oferta y la demanda. Las tijeras, por último, le dan formas de cuerpo, longitudes de cama, medidas exactas de mesas, sillones...

Allá quedó la semilla esperando la eligiesen para ser enterrada en la tierra o aguardando el momento de ser útil convirtiéndose en harina y aceite de algodón. Porque esta planta tiene empeño en ser provechosa en muchos más aspectos. Rica de celulosa, no la importa sustituirla cuando falta en la fabricación del papel y sus derivados. El algodón pólvora y el rayón son otras formas de servicio que esta planta nos ofrece. Ese algodón hidrófilo, sediento de alcohol, yodo o agua oxigenada, para curar heridas de la carne, de esta planta nos llega. Las gasas y compresas—caricias blancas que esconden y calman el dolor—suelen ser casi siempre de esta materia. De los residuos de su cardadura—ni siquiera el residuo es desperdicio—se obtiene la guata o borra, que sirve de relleno en la confección de los trajes. El algodón es, además, un excelente aislante térmico. Por los pueblos de España donde los «chisqueros de mecha» siguen funcionando y los candiles continúan iluminando la bajada de los cestos con uvas al lagar o la bodega, saben que la mecha y la torcida deben ser de algodón.

Pero son los tejidos su aplicación principal. El algodón viste. Una gama de nombres prestados por las modas y las lenguas de fuera, sirve para llamar de mil maneras a las distintas formas con que se presenta el algodón: solo o en mezclas. La escala de colores que lo visten—el blanco es una nota fundamental—se alarga con dibujos y bordados, calados caprichosos, espesor y hasta precio. Su calidad es como un índice de posibilidades económicas. Su color, un pregón de la persona que lo viste.

Estas aplicaciones del algodón son el fin de su camino iniciado en la siembra.

LA INDUSTRIA TEXTIL ESPAÑOLA DEL ALGODÓN MANUFACTURADO, EN NUMEROS

Por tierras de las cuatro provincias catalanas está asentada casi toda la industria textil. El 91 por 100 del total de las hilaturas y el 77 por 100 de los telares españoles se levantan a orillas del Ter, del Fluviá, del Llobregat y del Cardener. Nada menos que 212 son las fábricas que hay por allí destinadas a la hilatura del algodón con 2.158.436 husos y 51.161 telares. La situación geográfica del puerto de Barcelona, la fuerza motriz que ofrecen los ríos que cruzan la región, la tradicional dedicación de sus hombres a la industria textil, sedera y lanera, el contar con mano de obra especializada y la existencia de técnicos y empresarios familiarizados con esta producción han sido la causa de esta concentración de la industria textil algodонера en el nordeste de España. El 80 por 100 en la producción nacional de géneros de punto y el 82 por 100 en las fá-



Helen Landon, «Miss Algodón 1957», de Estados Unidos, vendrá a España con motivo de la celebración de la II Semana Nacional del Algodón

bricas del «ramo del agua» son algunos de los índices que corresponden a la industria textil catalana. Otras muchas provincias españolas se han incorporado en los últimos años—otras hace ya mucho—al mapa nacional de esta industria.

En 1954—la variación numérica es hoy apenas sensible—existían en España 1.763 fábricas textiles de algodón. De ellas, 249 están dedicadas a la preparación de hilaturas, las mismas a hilaturas, 217 a doblado y torcido, 48 a peinado, 44 a gaseado, 855 a tejido, 487 a géneros de punto, 195 a tejidos especiales, 42 a la sección de cordones y trencillas y 85 a paquetería y pasamanería.

Las 249 fábricas de hilaturas disponen en total de 2.364.000 husos de hilar. Las de tejidos tie-

nen 66.456 telares, de los cuales 11.254 son automáticos, 54.873 mecánicos y el resto de aplicación manual. Dieciocho mil telares—más de 13.400 circulares y 4.000 rectilíneos—ponen en funcionamiento las fábricas de tejidos de algodón. Para la fabricación de tejidos especiales funcionan 7.197 telares; 6.961 máquinas se encargan de preparar cordones y trencillas.

La producción de las hilaturas de algodón en España es la siguiente: La de algodón virgen se elevó a 60.127 toneladas métricas en el año 1953 para descender en los dos siguientes a poco más de 53.000. En el 56 volvió a ascender ligeramente. La producción de viscosilla ha ido elevándose de 8.279 a 10.826, 12.444 y 13.500 a través de los últimos cuatro años.



Instalaciones de una moderna factoria algodонера española en plena producción

Cuatro mil cuatrocientas treinta y dos toneladas de algodón regenerado lanzó nuestra industria en 1953. Con un ligerísimo aumento han salido las 5.654 T. del año 1956. Las mezclas tienen un índice mayor de crecimiento saltando de las 4.479 toneladas en el 53 a 11.564 en el año pasado. La producción del 56 ha sido de 86.121 toneladas en total, superando así en 5.000 toneladas la del año anterior. La importancia de la viscosilla y de las mezclas va en aumento, mientras desciende la producción de hilados de algodón virgen.

La producción general ha experimentado en 1956 un aumento del 6 por 100 en relación con el anterior. De la producción total última de hilados de algodón virgen los hilados peinados y gaseados se llevaron su 15 por 100.

La producción de tejidos, teniendo en cuenta que el promedio mensual de telares activos es de unos 50.000, se eleva a las 55.000 toneladas. Un 85 por 100 de esta producción corresponde a los llamados «tejidos corrientes», de los cuales el 65 por 100 son de algodón puro, el 18 de fibra cortada y el resto de mezclas. De los tejidos especiales, más de un 70 por 100 se destinan a usos industriales, además de los tejidos de rizos y paños. También los géneros de punto toman su parte en la producción textil, interviniendo activamente en la exportación de sus manufacturas. La producción de fibras artificiales va cada año a más, siendo la causa de la bajada en la de algodón virgen. El rayón y, sobre todo, la fibra cortada están alcanzando índices muy altos, gracias a su pre-

cio más bajo en la venta. El año 1956 trajo para estas producciones un descenso apreciable, que favoreció la de algodón virgen. 147 toneladas de fibras al acetato y 573 de sintéticos lanzaron el año pasado al mercado nuestras fábricas textiles. Un gran porvenir se le abre en España a esta producción de fibras artificiales.

A pesar de todo, la producción total de algodón manufacturado no alcanza las cifras que nuestra industria es capaz de ofrecernos. La producción de hilados de algodón virgen se calcula que podría elevarse a las 130.000 toneladas. Sin embargo, el promedio logrado en el quinquenio 1950-54 fué de 57.500. Demasiado poco para lo mucho que ha debido ser.

LAS MAQUINAS TAMBIEN SE HACEN VIEJAS

La dispersión de nuestra industria textil en pequeños establecimientos es una de las causas de que la producción de algodones manufacturados no se acerque más a las cifras calculadas. El tipo medio de las Empresas de hilados no dispone en España de más de 9.500 husos, mientras que en Italia en Empresas parecidas funcionan los 38.000, y en Francia, 59.000, siendo Inglaterra, por sólo citar países europeos, la que va a la cabeza, con nada menos que 111.000 husos por Empresa de tipo medio. Todavía está más fraccionado el ramo de tejidos. El 78 por 100 de nuestras fábricas disponen de menos de 100 telares. Esta dispersión da origen a otro problema de importancia mayor. En España una gran mayoría de estas Empresas carecen de los me-

dios necesarios para adquirir o renovar su maquinaria. Una buena parte de la que está en uso actualmente o es demasiado antigua o no rinde lo que debe, de acuerdo con los progresos mecánicos. Los números pregonan esta verdad. El 30 por 100 de la maquinaria hoy en uso tiene más de veinticinco años; un 45 por 100 es el índice de las que llevan trabajando más de veinticinco años y menos de cincuenta. Las que lo llevan haciendo desde hace más de medio siglo se reservan el 21 por 100, y el 4 por 100 para las que ni siquiera han dado a conocer su edad. Ni más ni menos que un 20 por 100 de las máquinas al servicio de la industria textil algodona son del siglo pasado. Y sólo el 15 por 100 es posterior al año 41 del presente. Aunque los datos son de 1954, valen para dar la lección. La más antigua de toda esta maquinaria es la destinada a los tejidos. El 77 por 100 es anterior al año 30.

El sector de hilados tiene el ramo de peinado y gaseado, con la maquinaria más moderna. Sólo un 57 por 100 es anterior a esa fecha. Los otros ramos de esta sección emplean maquinaria con su cuarto de siglo como mínimo. En las fábricas de géneros de punto, un 58 por 100 de la maquinaria es gemela de la anterior. Todos estos números dicen demasiado. Cierto que las máquinas pueden presentar un estado y condiciones técnicas inmejorables. Pero en esta carrera que la exportación exige y la competencia impone hay que ir mejorando la productividad. Y esto se consigue sólo mejorando la maquinaria.

En 1945 la industria textil española designó una Comisión de Estudio para la Modernización y Racionalización de la Industria Textil. La Comisión estimó que era necesario invertir 480 millones de pesetas si se quería renovar el utillaje. Propuso que esta renovación se llevase a efecto en los cinco años siguientes. Pero hasta el año 1950 sólo se emplearon en estos menesteres 91 millones. Poco más de 80 millones al valor monetario del 46. Hoy esa reposición costaría bastante más de mil millones.

La maquinaria envejece. Eso tiene su culpa en que nuestra producción no se duplique.

Al servicio de esta rama de la industria textil, dirigiéndola y cuidando de sus máquinas, hay más de 160.000 personas. 2.222 hombres forman el cuerpo directivo; 5.316, el administrativo. 4.783 son los técnicos que a ella se dedican; 135.136, los obreros que gracias a ella viven. Los aprendices pasan de los 7.500, y 6.117 están encuadrados como auxiliares. Más de 239.000 caballos de vapor ponen en funcionamiento a esta industria. El 71 por 100 está reservado a la electricidad.

CARA Y CRUZ

Las cifras de producción están siempre determinadas por el consumo. 68.597 toneladas de algodón consumieron nuestras fábricas en la temporada última. Para la presente se espera un salto hasta las 73.000.

El aspecto más interesante de la oferta de esta materia en España lo constituye la bondad de

¿Por qué estar GORDA?

La Cosmética Moderna ha lanzado un tratamiento exclusivamente externo que, sin tomar nada por boca, sin régimen debilitante, sin gimnasia fatigosa, os permitirá recuperar vuestra silueta en menos de un mes.

¡SOLAMENTE EL EQUILIBRIO EN LAS PROPORCIONES DA LA GRACIA, EL ATRACTIVO Y LA JUVENTUD!

¡NO RENUNCIÉIS POR IGNORANCIA!

No os pedimos una fe ciega, pero os proponemos probar sobre vosotras mismas, sin pagar nada si no quedáis completamente satisfechas, el tratamiento SVELTOR, que ha devuelto la alegría de vivir a centenares de miles de mujeres de doce países de tres continentes, mujeres que se han visto libres de acumulaciones de grasa que las envejecía y las deformaba. Para enviaros esta oferta única, enviadnos enseguida el vale adjunto o su copia.





Haced una prueba gratuita a nuestras expensas.

VALE GRATUITO N.º EE

PARIS-BRUSELAS-MILAN-LISBOA-LAUSANA-CARACAS-AMSTERDAM

Envieme sin ningún compromiso por mi parte, la información sobre el tratamiento SVELTOR, así como la oferta de prueba a sus expensas.

Enviad el vale a las señas siguientes: **LABORATORIO SVELTOR**
NO MANDEIS DINERO, SOLAMENTE SELLOS DE CORREO PARA LA RESPUESTA. **Osia, 27 BARCELONA (Somid)**

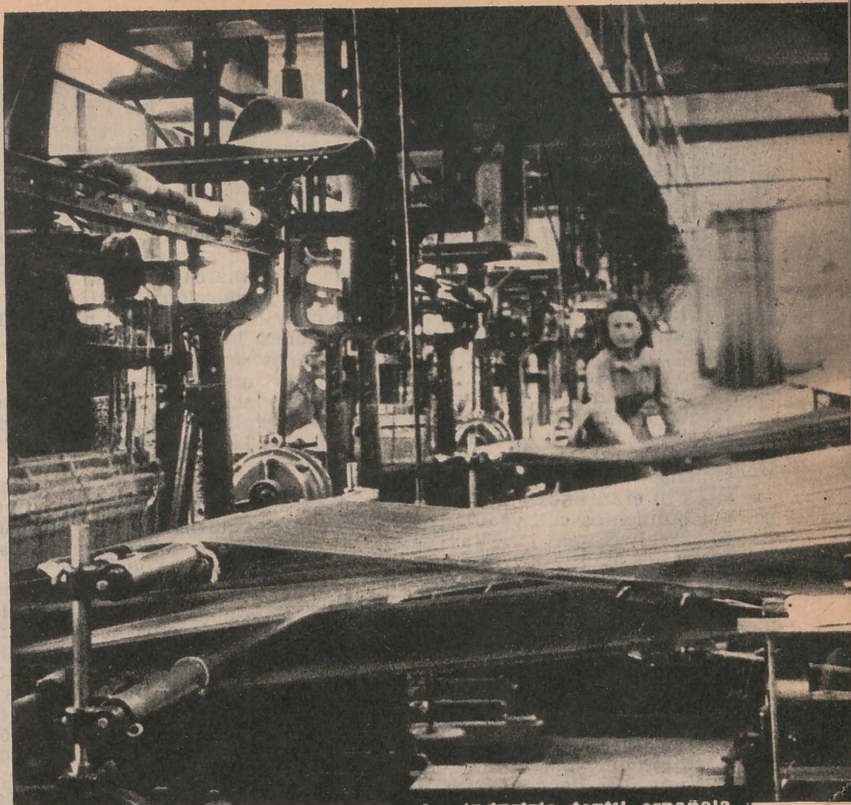
las calidades que se han puesto a disposición de los industriales.

De las 166.760 balas de algodón norteamericano que se repartieron entre ellos en la temporada 1955-56, un 79 por 100 de ellas era de «Strict Middling», algodón de muy buena calidad. Se distribuyó también una cantidad importante de fibras extra largas egipcias y americanas del tipo 2. Estos últimos algodones son muy parecidos a los de Egipto, aunque cultivados en Norteamérica. En la presente campaña se ha prescindido casi por completo de los tipos egipcios por el americano. Su calidad no es sensiblemente diferente, siendo su adquisición más económica.

Las hilaturas de algodón han consumido en el año 1956, según estimación aproximada, 73.760 toneladas métricas de algodón virgen, 7.862 de algodón regenerado, y 20.814 de viscosilla (rayón cortado). Dentro del consumo total de nuestra industria es aún ya sumadas las 48.502 toneladas métricas importadas en 1956, 37.677 fueron importadas de los Estados Unidos, 10.057 del Brasil, 435 de Egipto y 333 de Siria. En los últimos años ha aumentado, absolutamente y relativamente, la importación de algodón americano, descendiendo en otros países y hasta desapareciendo con Pakistán, México y Turquía. La cruz tiene su cara y el envés su revés. La producción de manufacturas de algodón supera nuestro consumo interior, imponiéndose la necesidad de exportarlas. En el quinquenio 1946-50, el promedio anual de toneladas exportadas fué de 8.321. A partir del 52, se origina un descenso considerable, que ha venido a romper 1956, con 3.240, por un valor equivalente en dólares, de 7.857.373. El grueso de la exportación en este año lo constituyen los estampados, con un 52 por 100 del total. Les siguen las paños y los veludillos y los géneros de punto. En los diez primeros meses del pasado año, los países asiáticos importaron un 33 por 100 de esas manufacturas nuestras, Europa el 27 por 100 y Africa el 21. Turquía iba en cabeza hasta esa fecha, con 294 toneladas métricas, seguida de Inglaterra, Australia, Líbano, Grecia, Irlanda y Africa del Sur. Entre esas materias exportadas están: los artículos de color, las confecciones, cuties y damascos, empesos (crudos), estampados, géneros de punto, hilos de coser, mantelerías, pañuelos, Popelines, las sábanas, etcétera —2.810.656 kilogramos, por un valor de 6.880.977 dólares—. Una cifra que no hay que despreciar.

EL ALGODON ESPAÑOL TIENE YA SU HISTORIA

Las máquinas y los hombres que se gastan y sudan en acto de servicio a la industria textil son los que hacen posible el proceso industrial de la producción. Pero son otros hombres que sudan más abajo, encorvados sobre las tierras que fecundizan la semilla, es la planta misma, los que hacen posible, en definitiva, los prodigios de belleza en la ciudad. Esa planta y esos hombres españoles con agobios desde siglos, hoy importantes por razones del acierto que tuvieron al incrementar su producción, dan su motivo y responsabilidad a esta Semana del Algodón. De veinte mil hectáreas de superficie cultivada se ha



La industria textil española tiene aseguradas sus necesidades con la producción nacional de algodón

pasado en muy pocos años a más de las doscientas mil. Ayer no había lugar para estas celebraciones. Pero producir hoy la tercera parte del consumo nacional de algodón es algo más que un motivo para destinarle a esta fibra una Semana. Necesidad sería la palabra que respondiese a un ilógico porqué. Recordar el proceso algodonero de España es algo más que hacer historia. Quizá sea descubrir para ella una labor gigantesca. El origen del cultivo del algodón en nuestro suelo se pierde, por tierras andaluzas, en la zona de los tiempos sin control. Pero fué al terminar la primera guerra mundial cuando se lleva a cabo el primer esfuerzo de consideración a fin de cubrir con producciones propias las urgentes llamadas de la industria catalana no atendidas más allá de los mares. Pero todo se quedó en el intento. El algodón volvió a llegar a España a cambio de nuestras reservas de oro. Durante la Dictadura hubo un meritorio empeño de hacer algo práctico en este sentido. La creación de la Comisaría Regia del Algodón es el primer paso por este camino. La relativa prosperidad española, esa indolencia tan nuestra y sin razones, hace de este intento un segundo fracaso. Dos nuevas guerras despertaron otra vez la conciencia española de la responsabilidad. La industria textil quedó situada en el 36 más allá de las líneas nacionales. Entonces y después, cuando la segunda guerra universal dejó desabastecida a la industria total, se volvió a caer en la cuenta de lo urgente que era producir en nuestros campos, al precio que fuese, el algodón que consumíamos. Por ley de agosto de 1940, se crea el Instituto de Fomento de la Producción de Fibras Textiles. El nuevo Estado echa sobre la espalda el trabajo de sondear todas las posibilidades abandonadas para alcanzar los caminos del progreso por los atajos más cortos. La creación del Instituto fué, más que un paso, una larga zancada decidida que nos plantó de pronto en el camino verdadero. Y ése ha sido

el mejor servicio que ha podido prestar. Porque las compañías concesionarias, bajo su dirección, inspirando la obra en tal sentido de nuestros mejores y más esforzados soldados al servicio de la tierra han sido, en realidad, los que han hecho posible —salvadas las desconfinzas del principio— el salto gigantesco que se ha dado en los últimos años. Treinta y cuatro mil quinientas veintinueve balas se recogieron en 1951. Al siguiente, la producción se dobla con ventaja. Setenta y tres seiscientos ochenta y ocho es la cifra alcanzada. Mil novecientos cincuenta y tres se encarama hasta las 84.141, para llegar en el siguiente a las 97.179. Mil novecientos cincuenta y cinco nos trae la primera esperanza de borrar no tardando el algodón de la lista de materias a importar. Ciento sesenta mil balas ya es una cifra que impresiona. Pero 1956 no quiso ser menos y se fué dejándonos 210.000 balas. Un último esfuerzo nos ha de permitir, dentro de poco, autoabastecernos de algodón. Las 210.000 balas alcanzadas en la última campaña están pregonando que esta esperanza no es sueño ni quimera. La realidad se toca, es tan gorda que se palpa, tan extensa y tan cercana que los ojos de cualquiera pueden verla con sólo escapar a unos kilómetros de Madrid y adentrarse por tierras de España. Más de nueve millones de kilos de aceite y alrededor de los 30 millones de kilos de harina de semilla han dejado esos miles de balas recogidas. España, escasa en esta clase de materias, va a verse pronto abastecida de ellas por completo.

LA GEOGRAFIA VESTIDA CON TRAJE DE PRIMERA COMUNION

Aragón, Navarra, Logroño. Esta trilogía de nombres forma la zona algodonera más inverosímil de España. Los campos de Aragón, antes desnudos todos los otoños, se

visten hoy de blanco con algodones inmensos.

Un grupo de trece, allá por el 40, se lanzaron atrevidos a una empresa de aventura. La Algodonera del Ebro, S. A., nació como sociedad concesionaria de aquella zona donde el clima y la tierra jugaban a impedir que los hombres lograsen aquel sueño. En la campaña del 46, la compañía inscribió 183 hectáreas, de las cuales sólo 30 nacieron con el ridículo rendimiento de 510 kilos de algodón bruto por cada una. Fué necesario que pasaran muchos años para que la Algodonera del Ebro recogiese sus frutos. La campaña del 55 vino a demostrar que aquellos valientes del año 46 no estaban locos ni eran unos quijotes. Cinco mil quinientos cultivadores, cerca de 3.000 hectáreas inscritas, de las cuales nacieron 2.500, con un rendimiento de 1.020 kilogramos, son cifras demasiado elocuentes. Y, por si fuera poco, el año 56 vino a confirmar más a las claras la excelente visión de los primeros. Hoy son 124 los pueblos cultivadores de algodón, 8.500 los cultivadores, 5.000 las hectáreas inscritas y una cosecha recogida de cinco millones de kilos aproximadamente. La Algodonera del Ebro no se equivocó. En Zaragoza y Binéfar se alzan desde ha tiempo factorías que demuestran al visitante el sentido previsor y realista de su construcción. La de Binéfar, pueblecito de Huesca, es famosa universalmente por ser la situada más al Norte del mundo. Esta verdad pregonan los algodones de Aragón.

Cataluña, sembrada toda ella de fábricas, donde la industria textil es capitana por importancia y antigüedad, necesita el algodón. Porque lo sabe, ha ido abriendo sus tierras al cultivo, enfrentando a sus hombres con el campo y el clima, para ofrecernos hoy la realidad de 1.200 balas recogidas en la campaña del 55, con una producción de cerca de novecientos mil kilos de algodón bruto. En la del 56 se sembraron unas 1.200 hectáreas, que rebasan en más de doscientos mil el millón de kilos producidos. Atrás quedaron aquellas cifras ridículas de la primera campaña. Menos de cien balas, cuando Cataluña consume la mayor parte de las cuatrocientas mil y pico que necesitamos. Una historia antigua que Cataluña no quiere recordar. Las factorías desmotadoras de Reus para el tipo egipcio, y la de Lérida, para el americano, las diez mil familias que se dedican a su cultivo y la Algodonera de Cataluña, S. A., están diciendo a gritos que harán lo imposible porque dentro de poco sus fábricas textiles tengan ante sus puertas cantidades importantes de algodón regional.

Levante nos ofrece hoy un paisaje de algodones blancos. La fibra alcanza por el Este longitudes superiores a los 35 centímetros y ha enriquecido considerablemente nuestra producción logrando casi abastecer la necesidad de fibra larga que tiene nuestro mercado. La Historia de la concesionaria de esta zona es altamente ejemplar por lo mucho que tiene de heroica; 1945: primera campaña algodonería de Levante; 1.100 hectáreas sembradas, de las que sólo nacieron 775.

Resultado: 771.545 kilos de algodón bruto; 1.008 kilos por hectárea Año 1955: 3.009 hectáreas sembradas. Resultado: 2.758.861 kilos. Ya tiene Cartagena por entonces su fábrica de desmotación automática. Cullera se incorpora a la lucha mecánica con otra segunda de desmotación y desbordado; 1953 marca la meta más alta en la producción: 18.916 son las hectáreas sembradas y más de 21 millones los kilos recogidos. En los años siguientes las cifras han sufrido un descenso apreciable por diversas razones. Pero los números explican su lección. Levante se ha lanzado y ya no retrocederá.

La Costa del Sol y la Vega granadina. Bordenándolas hoy una cinta blanquísima que cada año se essancha en todas direcciones. El año 1945, la «Industria Malagueña» se encarga de introducir en esas tierras el cultivo del algodón. Los números nos cuentan el proceso. Las producciones últimas son las siguientes: El año 1953 se recogieron 190.440 kilos; el 52 306.237; el 53, 77.988; el 54, 1.063.828; el 55, 1.699.488, y el 56, 1.187.569. Un gusanillo rosado, con nombre femenino, fué causa del descenso producido en la última campaña. Pero el cultivo sigue en pie como una nueva promesa de que la reconquista industrial española va a tener otra vez su final por tierras granadinas.

EL ALGODON TAMBIEN LLEGO A CANARIAS

Porque sus campesinos se lo permitieron, a deseos de la Algodonera de Canarias, dejando de sus tierras algo más que un buen hueco para que pudiera cultivarlo. Y hoy, allí están la factoría de desmotación de Tacco, en Santa Cruz de Tenerife, y una hilatura de algodón por la misma ciudad, que mira en la alto al Teide, y una fábrica de aceites y harina de semilla. Todo cerca de casa y tan a mano, que esos más de 700.000 kilos que produce salen al mar, camino del mercado, preparados del todo.

Córdoba y Jaén. Tercera zona algodonería española. Una calurosa mañana andaluza, la Compañía Española Productora de Algodón Nacional, S. A., se lanza a una empresa donde el riesgo es grande. Es la primera concesión definitiva que hace el Estado. Pero C. E. P. A. N. S. A., sabe bien qué se trae entre manos. Una siembra de 9.000 hectáreas da cuatro millones de kilos. Durante la última campaña se han conseguido cerca de treinta millones de kilos. A pesar de todo, esto no dice nada. Porque hay más abajo de los números un camino sembrado de fracasos, de lucha y de esfuerzos. Hoy se alzan las factorías de El Carpio, Palma del Río y Montilla. En el mismo corazón de esas tierras se alza ya una industria floreciente que sigue su desarrollo a pasos de gigante.

DE SEVILLA A CASTILLA LA NUEVA

Sevilla es el corazón de la primera zona algodonería. La historia nos dirá lo que allí ha sucedido. Allá por el 24, el al-

godón nació por estos campos como un juego de luces que se termina pronto. Hay que saltar al año 42 para dar una cifra que ya asuste: 2.987.739 kilos de algodón en bruto fueron recogidos por Textiles Algodoneras Unidas, S. A., la Compañía que ha hecho el milagro por tierras de Marchena, Morón de la Frontera, Fuentes de Andalucía y en muchas más docenas de pueblos, a los que ha dado vida llevándoles millones de pesetas. Todo no ha sido fácil; pero ahí están los números diciendo lo bastante: 3.368.532 kilos en 1943, que cada año se agrandan, para llegar al último muy cerca de los dieciséis millones de kilos, por valor de 193 millones de pesetas. Y ahí están, en Ecija, Algeciras, Jerez, Fuentes de Andalucía y Las Cabezas de San Juan, las factorías y los almacenes levantados para sentar en ellos una prometedora industria algodonería.

Va no es Extremadura una estepa sin límites. Hoy enseña su riqueza como una conquista nacional que brinda a todos. Y viste para hacerlo un manto blanco, del mejor algodón, que se extiende por su carne a través de 11.000 hectáreas de secano y 32.000 de regadío, con una producción total de cerca de cuarenta y cinco millones de kilos al año. También aquí C. E. P. A. N. S. A. ha marchado en vanguardia de este triunfo.

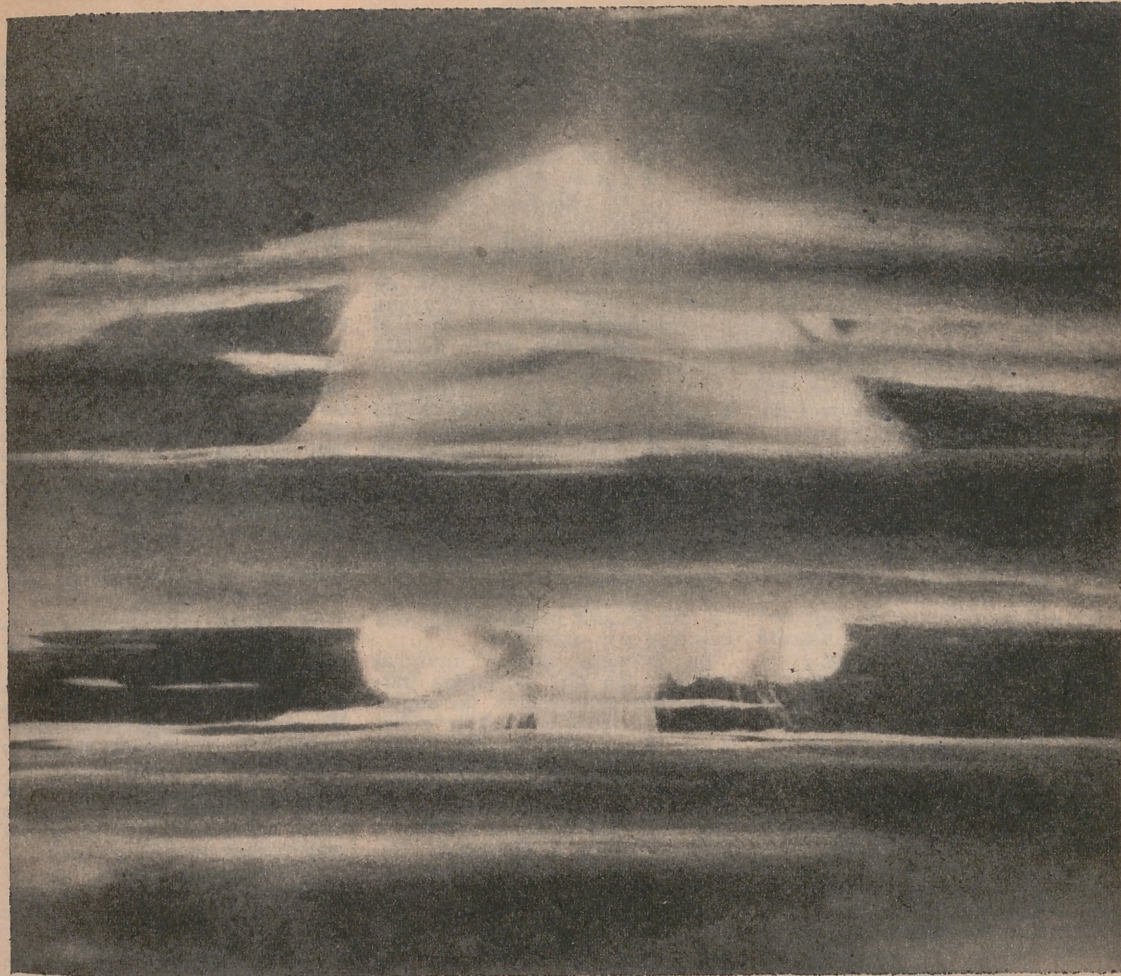
Va casi están pasadas todas las cuentas del rosario algodonería. Sólo faltan las cuentas de Castilla. Daimiel, Valdepeñas, Alcázar de San Juan, Argamasilla de Alba, Manzanares... muchos más pueblos alzados junto al Tajo, al Tajuña, al Jarama y al Henares. Una procesión de pueblos y de ríos que se levantan y cruzan por campos de Madrid, de Cuenca, de Ciudad Real y de Guadalajara.

Ciento sesenta hectáreas de superficie sembrada. Así empezó, en el año 1947, la historia algodonería de Castilla. Seis mil hectáreas sembradas, con seis millones de kilos de algodón en bruto recogido, son las cifras que corresponden a la campaña de 1956. El salto impresionante, que Algodonera de Castilla se empeña en superar. Y hay hoy en esta zona más de 30.000 hectáreas que han dejado de ser de secano para convertirse en regadío. Treinta mil hectáreas que esperan como una bendición verdes llenas de copos blancos todos los meses de agosto.

El algodón, la exótica semilla que nos hacía pensar en el país de los Faraones o en las inmensidades sin linderos de las Américas, ha conquistado definitivamente a España.

¿Frutos de esa victoria? Doscientas mil hectáreas que se visten de blanco en mitad de otoño; 210.000 balas recogidas en la última campaña; la tercera parte de nuestro consumo asegurado; más de cuarenta millones de jornales repartidos; un puesto de excepción en el mercado internacional y el motivo y posibilidad de que se celebre esta II Semana Nacional del Algodón.

Carlos PRIETO HERNANDEZ



Fotografía desde un avión a 80 kilómetros de distancia, después de la explosión de una bomba atómica en las Islas Marshall

¿SE PUEDE DESARMAR EL ATOMO?

MEJORES ARMAS FRENTE A MAYOR NUMERO DE SOLDADOS

La «Operación Garabato» desde doce mil metros de altura



Un nuevo cañón de 280 mm. de calibre, para proyectiles atómicos, probado por el Ejército norteamericano

SON los adelantados y, por tanto, muy principalmente, las nuevas armas, los que impulsan el arte de la guerra. He aquí por qué en la historia de ésta estamos de momento en un punto crucial o singular. No es, ciertamente, la primera vez que el arte militar sufre una crisis. La sufrió ya, definitiva, con la invención de la pólvora, que desplazó el uso de las armas blancas para entronizar, como suprema razón de la victoria, las de fuego. Sólo que entonces, cuando la pólvora debiera hacer esta trans-

formación radical y a fondo, la evolución fué lenta. Tan lenta que alguien ha dicho, no sin falta de razón, que la pólvora tardó casi mil años en transformar la ciencia militar. Ahora, sin duda, los armamentos atómicos —aun en el período que con buena voluntad podríamos llamar de paz— la están transformando velozmente. Pero salvo en el dato del ritmo de la evolución —de la rapidez inusitada actual a la lentitud premiosa de antaño—, la verdad es que el fenómeno de la transformación del arte de la gue-

rra no es, en su esencia, cosa muy diferente el que impuso la pólvora antes y el que está imponiendo ahora el arma atómica.

A principios del siglo XVII, el genio de Cervantes había visto clara esta evolución, antaño en marcha, por el imperativo del poder de las armas de fuego. Cuando nuestro glorioso manco escribió el «Quijote», hacia el año cinco de aquella centuria, ya el genial autor había estado cautivo en

Argel y se había, sobre todo, batido en Lepanto, recibiendo dos heridas en el pecho y otra en la mano izquierda, que le quedara inútil. Cervantes era, pues, un soldado tan heroico como experimentado. He aquí por qué, en el prodigioso discurso de las Armas y las Letras hace decir así a Don Quijote:

Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquellos endemoniados instrumentos de la artillería, a cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invención, con lo cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero y que sin saber cómo o por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima a los valientes pechos, llega una demandada bala (disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina) y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos.

A Cervantes le resultaba ya claro a la sazón que las armas de fuego, endiabladas o no, se imponían en la batalla. Justamente lo que no comprendieron bien los profesionales de la guerra. Porque casi cuarenta años después de haberse escrito el «Quijote», Rocoí no significó más que esto: el error de los que profesionalmente pugnan aún por la relativa supremacía de las picas frente a los arcabuces; de los que confiaban demasiado en las armas clásicas; de los que no estaban, por así decirlo, a tono con la terrible innovación de los momentos.

Al cabo de más de tres siglos, nos encontramos ante una situación semejante. He aquí lo más probable. Las armas atómicas están dando al traste, en plena paz, con el proceso orgánico y el estatuto táctico, hasta aquí tradicional, de los Ejércitos. Nadie quiere sufrir esta vez y es natural, el nuevo Rocoí de mañana. Sería mucho más penoso que el de antaño. Significaría para el que le padeciera, la esclavitud y el terror del aniquilamiento general. He aquí por lo que, pese a los horrores de las armas nuevas, sin embargo, no se dude en producir, ensayar y experimentar nuevos y catastróficos ingenios ante los cuales la verdad es que aquella espanable artillería del escritor más ilustre de todos los tiempos, parece un arma de juguete, ineficaz y ridícula.

El mundo, la defensa occidental, tiene ante sí un problema de trascendencia singular. La garantía propia, la seguridad de sí mismo, la evidencia de que sólo siendo fuerte, más fuertes que el rival soviético, podrá vivir en paz. Todo un problema capitalismo de vida o muerte. He aquí toda la colosal trascendencia del momento y la enorme responsabilidad de los encargados de mantener la paz en la tierra: los hombres de Estado, los rectores de la política internacional y los militares encargados de la defensa del mundo libre. ¿Qué es menester hacer en consecuencia? Tal es la pregunta planteada en

el instante. Una pregunta llena de angustia, cuya respuesta no admite, por otra parte, demora.

«EN LA PAZ SE FRAGUAN LOS CAÑONES PARA GANAR LA GUERRA»

La cuestión es tanto más apremiante por cuanto «es en la paz —según la célebre expresión de Bismarck— en donde se fraguan los cañones para ganar la guerra». Y añadamos, como apuntó sagazmente el general Marshall al terminar la última conflagración en su «Memoria» a las Cámaras americanas, que en la próxima contienda, si alguna vez deberá estallar —lo que desgraciadamente vemos hoy que no es en modo alguno imposible— no habrá tiempo para prepararse, los Estados Unidos no serán ya entonces dueños de la hora para poder elegir su momento. Ni los Estados Unidos ni nadie, digamos nosotros por extensión.

La primera guerra mundial terminó con dos incógnitas parcialmente esclarecidas. La supremacía que parecían lograr en el campo de batalla las dos armas nuevas de la época surgidas en aquel conflicto: los carros y la aviación. Los carros, que aparecieron en Cambrai, se iban a plasmar al fin en el modelo «Renault» de la primera guerra, que desplazaban ¡seis toneladas! En la segunda guerra mundial los hubo de ¡sesenta! Los aviones, que en la primera conflagración no pudieron más que arrojar 7.117 pequeñas bombas sobre Alemania, lanzaban 80.000 toneladas sobre Inglaterra apenas iniciada la segunda y más tarde pudieron arrojar bombas «revienta-manzanas», de diez y doce toneladas, y aún proyectaron otras colosales de 25 ¡Las armas que insinuaban apenas su eficacia entre 1914-1918 alcanzaban toda esta eficacia entre 1939-1945!... ¿Y mañana?

No se olvide un hecho trascendental en el campo bélico: ¡Hiroshima! Termina la última conflagración mundial con el lanzamiento de una nueva bomba sobre la ciudad nipona. ¡Un impacto terrible, que causa 80.000 muertos! La potencia explosiva de la bomba era equivalente a ¡20.000 toneladas de trilita! Nace una medida nueva: el «kilotón», en la técnica bélica. El mundo se estremece de horror. Pero llega la paz. Durante ella los americanos ensayan nuevas armas en el Pacífico, entre ellas una aún mucho más terrible: la bomba de hidrógeno. Su potencia destructora es equivalente a 600 veces la atómica de Hiroshima. Esto es, 12.000 «kilotones». Surge otra nueva medida para representar el valor del millar de kilotones: se llama el «megatón». ¿A dónde va el mundo? La humanidad parece decidida a suicidarse. Surgen las condenas por todo el mundo, aterrado ante la presencia de esta carrera escalofriante de armamentos diabólicos.

Sin embargo, es posible que este mismo armamento americano haya garantizado la paz en la posguerra. Es muy probable en efecto que a estas pruebas de Los Alamos, de Bikini y Eniwe-

tok le daba, sin saberlo, la humanidad la paz, relativa paz, que ha disfrutado desde Potsdam, acá. Sin semejante poderoso armamento en poder de la gran República norteamericana, ¿quién, en efecto, hubiera contenido el alud rojo, al colosal y gigantesco Ejército soviético, dueño de media Europa, imponiéndose en Asia y listo a lanzarse sobre el resto del mundo que salía maltrecho de la guerra? Si el Estado Mayor rojo, si el Kremlin moscovita no desecadenó en aquella ocasión una nueva contienda y el asalto al resto del orbe, debió ser, sin duda alguna, porque tenía, con razón sobrada, al enorme poderío americano concentrado en esos extraños y terribles artefactos que acumulaban tras esas terribles iniciales trágicas «A» y «H», los «kilotones» y los «megatones» suficientes para arrasar países y ciudades por entero.

Es verdad que merced a la traición de Fuchs, los rusos lograron pronto el secreto del proyectil atómico, y que apenas en 1949 —cuatro años después de Hiroshima y Nagasaki— experimentaban su primera bomba de esta clase en Siberia. Pero verdad es también que cuando los rusos lograban esta su primera arma, los americanos caminaban muy firmes para la obtención de la bomba de hidrógeno, que debería estallar, en efecto, en pleno Gran Océano, apenas cinco años después.

Desde entonces Rusia ha mantenido un retraso notable sobre los americanos en lo que se refiere a las nuevas armas: menos «stocks», menos disponibilidades, menor producción; técnica inferior, muy probablemente; menos medios, desde luego. He aquí por qué la paz se ha mantenido inalterable, sin más que alguno que otro intento para alterarla. Rusia se guarda bien de provocar una guerra que sabe perfectamente le sería fatal. «Por la pena el loco se hace cuerdo», dice el refrán. Y Moscú no olvida este consejo. He aquí lo que ha pasado hasta la fecha. ¿Pero y mañana? ¿Seguirá pasando y ocurriendo así en lo sucesivo? He aquí el interrogante. Un interrogante angustioso, porque todos están ciertos que sólo ante el temor de los mejores armamentos rivales, Rusia se sentirá pacífica.

LA BOMBA «H» BRITÁNICA Y LA «OPERACION HILO DE PLOMO»

En estos mismos días, cuando no hace aún mucho que Rusia hizo estallar uno de sus más tremendos artefactos y los Estados Unidos disponen la explosión en cadena de otros varios —la llamada «Operación Hilo de Plomo», retrasada solamente por circunstancias meteorológicas ocasionales, los ingleses acaban a su vez de experimentar en el centro del lejano Pacífico su primera bomba de hidrógeno. He aquí la tercera potencia atómica, pues, presente en la palestra internacional! No es de extrañar; la técnica británica y el intercambio de sus informaciones con América deberían lograr este éxito, al fin un éxito más de la

carrera de los armamentos mundiales, lejos de contenerse.

Un caricaturista británico, incluso pinta, en efecto, en un diario de su país la entrada en el campo de los triunfadores anteriores —americanos y rusos— de John Bull con su nuevo artefacto, sonriente, mientras que a la puerta guardan cola, impacientes y próximos a entrar, Francia, Alemania, España... Las armas nuevas dejan, naturalmente, de ser un privilegio de uno o de unos pocos para convertirse en armas para todos. En último caso, el detalle importa menos en estos tiempos de guerras de coalición que antaño, cuando los pueblos luchaban aisladamente. A la postre se ha calificado esta vez el éxito británico, sin duda por cuanto se dice, mucho más de político que de militar. Al fin, los aliados yanquis tenían ya bombas en abundancia de esta clase y no faltaban armas tampoco en Europa occidental, provista de esta clase de proyectiles e incluso de campos de aviación en las islas de allá del Canal aptos para la aviación de gran bombardeo destinada a arrojar tales bombas.

Justamente el 15 de mayo la bomba inglesa acaba de ser lanzada, según decimos. Previamente se había declarado peligrosa el área encerrada en una circunferencia de 1.600 kilómetros de radio, procurando evitar los daños causados por la radiactividad y asegurando una zona de 5.000 millas. Y hecho todo ello, la bomba fué, al fin, lanzada desde un avión «Valiant» por el teniente Walbrook, en la llamada «Operación Garabato», desde 12.000 metros de altura, esto es, casi vez y media la altitud del gigantesco Everest. La bomba se dispuso para que hiciera explosión a los 3.000 metros del suelo, esto es, 400 veces menos que la altitud de nuestro coloso pirenaico el monte Aneto. El avión tuvo un corto plazo de medio minuto para escapar del campo de acción de la bomba y de su intensa seta. Pero medio minuto en un avión de este tipo significa los kilómetros precisos para salir con éxito del intento. Al parecer no se ha oído, esta vez al menos, a alguna distancia relativamente corta ni la explosión ni se ha visto tampoco llamarrada el artefacto, se añade, ha debido tener una fuerza explosiva quizá equivalente a un millón de toneladas de trilita.

El campo experimental inglés ha sido en esta ocasión, como decimos, el centro del Pacífico. Una isla situada sobre el Ecuador mismo de la Tierra; no lejos del meridiano 160, Oeste de Greenwich; es decir, no lejos de la convencional línea trazada en la esfera terrestre que se llama «Cambio de fecha», porque a un lado de ella el almanaque va adelantado o retrasado con respecto al otro —según sea al Este o al Oeste— un día exactamente. Esta isla pertenece al grupo Espóradas de la Polinesia central, tierra inglesa todas ellas, formadas por las de Palmira, Fanning, Washington y Christmas citada. Por cierto, que la erudición geográfica de la Prensa, en esta ocasión ha sido magnífica.



Impresionante aspecto del campo de tiro durante unas pruebas nocturnas de nuevas armas antiaereas

Christmas, Pascua y aun Navidad son los nombres barajados, con gran aportación de referencias a sus descubrimientos en esta oportunidad por los informadores. Váyase por el descuido de otras veces, cuando nos habla de Aix La Chapelle o Aachen para nombrarnos a Aquisgrán, o se confunde Gêneve (Ginebra) con Génova y se cita a Bale, que en español se dice Basilea o Mónaco de Baviera, que para nosotros, los hispanos, es simplemente Munich. Pero no interesa el escarceo geográfico del momento. Lo que importa es ¡la bomba!

Inglaterra ha acogido, en general, con júbilo su explosión. Ha dado más prestigio a Macmillan, se dice. Y la Prensa londinense no oculta, en consecuencia, cuánto ha subido el prestigio de Albión tras la prueba. La opinión de Inglaterra —piensa «Daily Telegraph»— tendrá en lo sucesivo —¡y cómo no!— más fuerza. Nuestra posición negociadora —repite, por su parte, «Glasgow Herald»— será ahora también mucho más fuerte.

Naturalmente, no han faltado los detractores. Desde esa inominada inglesa que ha estrellado por su parte una botella de vino en la puerta del número 10 de Downing Street, el consabido domicilio del «premier», para dar la impresión que en la liberal Britania todos pueden «resellar» algo, hasta esa algarabía de 350.000 estudiantes nipones que aprovecharon la oportunidad de protestar contra las experiencias nucleares para dejar, naturalmente de ir a clase.

POLEMICA SOBRE LA RADIATIVIDAD

Sin duda alguna hay un movimiento general contra las armas nuevas. Realmente se trata de ingenios brutales, de ingenios capaces de motivar colosales genocidios; la desaparición de ciudades enteras, el arrasamiento de comarcas extensas inclusive. La radiactividad de las pruebas nucleares producirá 50.000 muertos de cáncer y leucemia en los pró-

ximos treinta años, asegura el profesor de Bristol C. F. Powell. Los propios laboristas han pedido la suspensión de las pruebas. En el Japón han producido indignación. El Gobierno británico, que se apunta a sí mismo un éxito, asegura formalmente que la radiación ha sido esta vez insignificante. No se olvide, añadimos nosotros a este respecto, un dato: las explosiones producidas en el aire —caso de esta experiencia— producen una onda explosiva fuerte, calor intenso; pero radiactividad, aunque considerable, muy rápida. Justamente al revés de cuando estalla bajo la superficie del suelo, en cuyo caso la radiactividad es poca, pero mucha la residual.

Adentrados, en fin, por la discusión amplia y enconada sobre los efectos radiactivos de estas experiencias, las cosas parecen muy complicadas. Las coincidencias son tan grandes que se llega a creer, fundadamente, o que faltan argumentos bien contrastados o que, al revés, sobra pasión en el debate. Para unos el peligro radiactivo es fatal y terrible. Para otros apenas hay mayor aumento de radiación que cuando nos elevamos en una montaña, donde la acción de los rayos cósmicos es mucho más fuerte. El «estroncio 90», he aquí el gran peligro, gritan unos. Otros nos tranquilizan, sin embargo, a su vez, porque, insistimos, la coincidencia no existe en modo alguno entre los bandos en discusión. Incluso si para unos estos estragos deben alcanzar ineudablemente a las generaciones siguientes, para otra autoridad, esta vez la del doctor inglés J. Ford Thompson, los resultados de las experiencias al efecto han probado sobradamente que el «estroncio 90» hace a los niños mucho más inteligentes...!

No hemos de adentrarnos por el camino de esta disputa. No es tema nuestro. Ni vemos la cuestión clara. Que las armas atómicas son terribles, aniquiladoras en

ciernes de ciudades y pueblos, es cosa, sin embargo, que nadie discute. Pero en torno de esta evidencia es menester apuntar dos posturas. Dejemos al lado a los nipones, al fin las primeras víctimas de las nuevas armas, recordando siempre la historia terrible de sus ciudades de Hiroshima y Nagasaki. Fuera de este y algún otro caso, de opinión neutral y acertada o no, sana e imparcial, la verdad es también que se ha metido mucho «la política» —llamarémosla así— en este pleito de las armas atómicas. Rusia, naturalmente, no permanece al margen de la discusión. Al revés, está de lleno metida en ella. Cabe asegurar más: la dirige. Es indudable que, como en tanta otra cosa en debate, muchos sabios o no, políticos, militares, etc., coinciden con la opinión soviética. Pero ello no excluye la dirección que Moscú ha tomado en el movimiento antiatomista. Le vino muy bien el movimiento y el escrito de los sabios alemanes, últimamente, para combatir a Adenauer y llevar por el instante la desazón al país. Le ha venido muy bien esta postura exterior, como le ha venido muy bien su campaña procaz y sus manejos, por ejemplo, en los Congresos de paz de Estocolmo. ¡Ella, la U. R. S. S., hablando de la paz, cuando es quien única y verdaderamente la amenaza! Pero en el Kremlin usan de la propaganda a placer y de la mentira como arma predilecta de confusión y razonamiento. No descubrimos aquí, ciertamente ahora, el juego; la receta es de Lenin.

Coincidiendo con la experiencia británica, la agencia soviética «Tass» ha dado a conocer una carta firmada por varios científicos rusos pidiendo que se supriman las armas atómicas y de hidrógeno. ¡Qué casualidad! La información añade que lo primero que exigen estos sabios soviéticos es que se supriman, desde luego, las experiencias, posición añadimos que ha adoptado el Kremlin como inspiración de su campaña desde el primer momento. ¿Obedece esta postura a un anhelo de paz o siquiera de humanización de la guerra del comunismo soviético? ¡Bah! nadie será tan ingenuo en creerlo así. Los de Kályn, los de las «chekas», los de las «depuraciones» y «las purgas», los de los «campos de concentración», los desalmados agentes y dirigentes del tinglado comunista soviético no abrigan semejante propósito. ¡Ellos van a lo suyo! A intentar, con pretendidos pretextos de tranquilizar el mundo, de asegurar la paz, de hacer en su caso la guerra menos cruenta, para engañar al resto del mundo y para hacer prevalecer la fuerza brutal de sus armamentos clásicos. Porque si se elimina el arma atómica del campo de batalla la victoria seguirá siendo de los carros de «los grandes batallones» —como diría Napoleón—, de «la masa», en fin; del «número» de los soldados, y sólo Rusia tiene sobre las armas cuatro millones y medio y es capaz de levantar, en un mes, contra el famélico Pacto Atlántico, ante las «veintitantas Divisiones» de éste, en Europa, «¡¡¡cuatrocientas rusas!!!» ¿Está claro? Rusia sabe bien que, sin armas atómicas que

pueden hacer el milagro—el tremendo milagro, desde luego, de que «dos menos puedan contener y aun derrotar a los más—, el Occidente sería así arrasado por el bárbaro rojo de nuestros días, por la masa armada de Rusia y de Asia, por otro Gengis Khan a la cabeza de eslavos y de chinos. He aquí la gran verdad. La que hay que considerar en todo su horror, frente al otro, el de las bombas atómicas. He aquí por qué el Occidente no quiere descartar el arma atómica del campo de batalla, aunque pueda hablarse de estas armas cosa distinta en el campo estratégico. El distingo es interesante y vamos a intentar resaltarle.

LA CARRERA DE LAS ARMAS TÁCTICAS Y ESTRATÉGICAS

Porque, en efecto, en el arma atómica hay que diferenciar netamente sus dos empleos: el táctico y el estratégico. El primero, esto es el del campo de batalla, debe de interpretarse con cierta amplitud, sin embargo. No se trata de combatir solamente dentro del campo estricto determinado por dimensiones ilimitadas, como antaño. La guerra se engrandece y la táctica, en consecuencia, también. La estrategia se irradia sobre una superficie de amplitud geográfica; naciones enteras, incluso casi continentes y mares extensos. Alcanza a la retaguardia enemiga susceptible de atacar merced al colosal radio de acción de los grandes aviones de bombardeo e incluso de los cohetes de máxima potencia.

Dejemos la alusión a estas armas estratégicas para después y comencemos por las armas atómicas tácticas. Nacen con el cañón de 280 yanqui. Baterías de seis piezas de esta nueva arma están ya destacadas en Europa desde hace un par de años. No es, por tanto, una «lucubración». Es una realidad bien contrastada. Estos cañones de 280, de calibre análogo, por tanto, a los de los antiguos cruceros de la Marina, tiran horizontalmente en todas direcciones, y en la verticalidad alcanzan ángulos de 50 grados. El peso del tubo—del cañón estrictamente—es de 20 toneladas. El de la pieza completa, de 46. Y el de ésta y el vehículo que la transporta, de 80. El proyectil, en cambio, no pesa más que 135 kilogramos. No mucho, ciertamente, si se compara con los 1.000 kilos, una tonelada, que pesan los de 381 milímetros de calibre de la Marina. El alcance del proyectil atómico de la pieza de 280 es apenas de 30 kilómetros, esto es, el de un cañón corriente de este calibre. Pero, eso sí, su potencia explosiva equivale a la de 12.000 toneladas de trilita, esto es, el 60 por 100 de la bomba atómica de Hiroshima. Bastaría un impacto de esta pieza para aniquilar una ciudad entera de 50.000 habitantes. Un disparo exacto anula por entero a una división. Tres cañones de esta pieza equivalen a la destrucción que producirían 2600 aviones de bombardeo y 35 grupos de artillería normal—560 cañones—empleados sin cesar durante cuarenta y ocho horas. Sin duda,

bien se ve, se trata de una pieza excepcional. Pero... ¡El tiempo es implacable en su progreso! Y resulta que ahora parece pesada y que su velocidad de fuego se antoja pequeña... Y, en consecuencia, ya está en trance de semirretirada este primer cañón atómico que ha existido en el mundo. El que va a sustituirle tendrá un calibre aproximadamente la mitad menor. Pesará quizá una tercera parte, pero la potencia destructiva de su proyectil no será más pequeña en ningún caso. Mas al périto de la artillería naciente de proyectil atómico se ha venido a añadir el de los ingenios de largo alcance, bien contra aviones, bien entre aviones, bien terrestres, para batir blancos terrestres también. Los americanos se han puesto a la cabeza de esta nueva arma partiendo de las investigaciones alemanas de la última guerra. En Alemania se había iniciado, en efecto, el cohete llamado «Nebelwerfer», o sea el «lanzanieblas», denominación que se le dió simplemente para ocultar su real destino, del mismo modo que los ingleses llamaron «tanques» (depósito para agua) a los primeros «carros» que construyeron en la primera guerra mundial, y de modo exacto a como los llamados «organillos de Stalin», de la segunda, que eran a su vez cohetes idénticamente también. Los alemanes construyeron entonces con éxito las famosas «V-1» y «V-2» del final de la contienda, con las que bombardearon a placer parte de Inglaterra, desde la Mancha de acá del canal de la Mancha. Pero los americanos han perfeccionado mucho estos trabajos originales, incluso con técnica alemana, del mismo modo que también lo han hecho los rusos. El «Neptun» fué el primer cohete americano, que duplicó el alcance de la «V-1». Luego se logró ya el «Nike», contra aviones, ahora ya en retirada, y, en fin, el «Matador», para blancos terrestres, capaz de un alcance de 900 kilómetros. Más de una treintena de proyectiles de diferentes clases construyen los Estados Unidos en serie para dotar de armamento a sus fuerzas armadas. El «Honest John», entre otros, está en trance de sustituir a la propia artillería tradicional. Los ingleses han retirado el artillado de las costas y lo han reemplazado por cohetes. Está en trance de hacerse lo mismo con la defensa anti-aérea, en donde el cohete resulta ya desde luego mucho más eficaz que la artillería y, por añadidura, los cruceros abandonan a su vez sus cañones y se especializan en armamentos de esta clase, del mismo modo que los submarinos comienzan a abandonar sus torpedos para estar dotados sencillamente de cohetes capaces de actuar, bien en superficie, bien en inmersión.

Pero el cohete es solamente un proyectil, esto es, es un portador de explosivo. Lo importante es la carga. Y mientras que las «V-1» y «V-2» de la última etapa de la guerra portaban simplemente cabezas explosivas de trilita, ahora los cohetes portan cabezas atómicas y son como

bombas de esta clase lanzadas, no desde aviones, sino por tales cohetes portadores. He aquí, pues, la gran revolución. Tan grande, tan grandel, que alguien ha pensado que la técnica de los proyectiles de superalcance puede dar al traste un día quizá no lejano con la aviación de guerra, porque siempre resultará más fácil lanzar estos a modo de «aviones sin piloto», centros navegantes, por gracia de la tele-dirección, que no otros tripulados, en que las más de las veces implicará su empleo un notorio riesgo para sus propios hombres.

Estamos ciertamente en la carrera más espectacular de armamentos que el mundo conoció jamás; de un lado la singular potencia de destrucción, que pasa así de unos pocos kilogramos de trilita de la artillería clásica a la docena de toneladas de este explosivo, en la aviación de gran bombardeo de la guerra última, a los 20 kilotonnes de la bomba atómica y a los 12 ó 14 megatonnes de las experimentales de hidrógeno después. Pasamos paralelamente al mismo tiempo también del alcance de la gran artillería de 30 a 40 kilómetros de antaño de las piezas de los acorazados o sobre vía férrea, a los prodigiosos records que logran sucesivamente los cohetes. Hemos llegado al millar y pico de kilómetros, a los dos millares si se quiere. Pero mañana se habrá logrado, sin duda alguna, el I. B. M. El proyectil decisivo que se ha llamado el arma única séalo o no, capaz de salvar el espacio a una velocidad pasmosa de 13.000 kilómetros por hora y con un alcance prodigioso de 8.000 kilómetros. El salto por el aire del Atlántico no exigirá más tiempo de una treintena de minutos, apenas una media hora mal contada para este proyectil en estudio, que sin duda alguna se logrará quizá sin tardar demasiado. ¿Y entonces?

LOS MEJORES ARMADOS FRENTE A LOS MAS NUMEROSOS

No hemos de ir tan lejos. Ahora, de momento, en este instante mismo la batalla futura en el campo táctico está planteada mediante el empleo de armas atómicas—tácticas también—en los ejércitos nuevos. Los Estados Unidos están transformando su organización militar rápidamente sobre esta concepción. El «Libro Blanco» inglés, recientemente aparecido, justifica las reducciones británicas en el ejército clásico, incluso la supresión del servicio militar obligatorio, fundándose en los éxitos del armamento atómico en el campo de batalla. Por semejante camino siguen otros ejércitos también. Alemania acabará indudablemente por adoptar este derrotero tan pronto las circunstancias políticas lo permitan. Francia e Italia misma, los países pequeños del «Benelux» a su vez, han pedido la cooperación yanqui para dotar de armas atómicas tácticas a sus tropas. ¿Suprimirlas en el porvenir? Parece más que difícil. ¿Ra-

zones? Que eliminados los nuevos armamentos y reducidos los Ejércitos del Oeste, los de América inclusive, a una mera reiteración de la organización hasta aquí clásica—fusiles, cañones normales, carros, aviones tácticos, pizas antiáerías, sin más explosivo que la trilita—, la verdad es que pondría la decisión de la guerra futura en manos del que con iguales armas tuviera los mayores efectivos. A armamentos idénticos ganaría en caso de una guerra futura el que tuviera más y más soldados. Es decir, la U. R. S. S., con 2.500.000 hombres según el plan de «reducción» propuesto por los rusos, pero que, unidos con los chinos todos, al fin y a la postre, comunistas—en una guerra mundial contra el Oeste, sumarían un efectivo muy superior al de todos los Ejércitos de los países libres juntos. La derrota resultaría así fatalmente ineludible. He aquí, por tanto, por lo que todos los responsables de la defensa occidental rechazan la fórmula de la supresión de las armas atómicas tácticas. Últimamente Norstad, la suprema autoridad en la cuestión, hizo públicas manifestaciones terminantes en este sentido. En realidad las ha repetido, como su antecesor Gruenther, en toda ocasión. La nueva división con armas atómicas es capaz de cubrir un frente dos, tres o cuatro veces superior al de las clásicas llamadas de infantería. Cubren idénticamente superficies tres o cuatro veces superiores. Su capacidad de resistencia es infinitamente mayor. Necesitan menos de la mitad de soldados, y con un solo disparo de su artillería atómica afortunado pueden poner fuera de combate a un enemigo muchas veces superior. Un ejército atómico pequeño puede así contener y aun derrotar a otro clásico mucho más numeroso. La diferencia de armamentos puede hacer el milagro. Como ha ocurrido tantas veces en la historia militar de todos los tiempos.

EL DESARME NUCLEAR FUERA DEL CAMPO DE BATALLA

Queda, es verdad, por plantear el desarme nuclear en el campo estratégico; esto es fuera del campo de batalla, lo que significaría evitar los bombardeos «a lo Hiroshima», destruyendo ciudades enteras en la retaguardia, evitando así los horrores del aniquilamiento en masa. Sin duda ello es posible. Hace treinta años, por ejemplo, las potencias acor-

daron limitar el tonelaje de ciertas construcciones navales a 10.000 toneladas, y la medida tuvo éxito. Bien que por poco tiempo. Podría convenirse aquí quizá la limitación al campo de batalla del empleo de estas nuevas armas atómicas y de hidrógeno, fabricándolas de menor potencia. Pero el distinguo, convengamos que es difícil. Y con facilidad indudable el acuerdo sería vulnerado al llegar la guerra, sin contar con el cuantioso almacenamiento de bombas atómicas existentes a la fecha. Un total de proyectiles de todo tipo de esta clase está calculado en 30.000 para los Estados Unidos y en 10.000 para Rusia. Nadie sabe, naturalmente, que semejante cálculo pueda ser exacto. Pero, sin duda, el stock debe ser ya cuantioso. A la postre las medidas que Rusia ofrece y brinda para controlar el aire son ilusorias. Se sometería, según ellas, a un campo de investigación casi equivalente en el orden superficial a la U. R. S. S. y los Estados Unidos, sin tener en cuenta que la primera es tres veces más extensa que los segundos. Dicho de otra manera, quedaría de este modo fuera del control propuesto casi las dos terceras partes del suelo de la Unión Soviética. ¡El engaño es patente!

En resumen, la cuestión está así planteada. La guerra atómica es brutal, terrible, horrorosa. Sin armas atómicas de campo de batalla, esto es, tácticas, los ejércitos coaligados serían incapaces a toda luces de contener «el rulo» ruso cuando éste se pusiera en marcha. El número de divisiones sería, en efecto, en la proporción aproximada, al mes de guerra—si se llegaba a resistir hasta esa fecha—de una división occidental por cada ocho rojas. El arte de la guerra puede, sin duda, realizar el milagro de que los menos venzan a los más. Pero jamás Clausewitz admitiría semejante proporción en su interpretación filosófica de la influencia de lo que se llama «la ley del número». Solo la superioridad de los armamentos atómicos de los ejércitos de Occidente son capaces de realizar semejante milagro: contener a Rusia, aplastar a sus soldados si atacaran. Pero la guerra atómica de campo de batalla implica con seguridad la guerra atómica también en la retaguardia, esto es, estratégica. ¡Parece lo más probable! Aunque quizá pudiera lograrse eliminar este terrible riesgo. He aquí, sin embargo, lo que queda por ver. ¡Ojalá fuera así! Pero...

HISPANUS



El ingeniero español don Francisco Javier Golcotea de la Comisión de Energía Nuclear, figura en este grupo de técnicos europeos que visitan en Estados Unidos instalaciones atómicas



CARMEN BRAVO-VILLASANTE SIGUE, PASO A PASO, UN ITINERARIO HISTORICO-SENTIMENTAL

LA MUJER MAS ROMANTICA DEL SIGLO

BETTINA BRENTANO, INSPIRADORA DE GOETHE Y DE BEETHOVEN

PISO quinto en el número 10 de la avenida de América, Madrid. Abajo, un seto perfectamente geométrico divide en dos la autopista de Barajas. La sala es grande, contigua a una biblioteca donde lucen tomos bien encuadernados. En una repisa, barquitos de madera y figurillas de bronce. En un rincón, una preciosa ánfora verde, y en frente recibiendo la luz que entra a borbotones por el inmenso ventana, diecinueve elefantitos de marfil rosa. En la biblioteca hay títulos de muchas materias, pero predomina la literatura. Veo estantes

repletos de literatura infantil. Cuando pido un soporte para apoyar las cuartillas se me ofre-

ce «La princesa que tenía los dedos mágicos».

Frente por frente la ganadora del último Premio «Aedos», la autora de «Vida de Bettina Brentano, de Goethe a Beethoven», una de las mejores biografías de nuestro tiempo. Carmen Bravo-Villasante es mujer de amena conversación. Su profunda erudición en temas literarios queda un poco velada por la humildad y la sencillez que se descubre en su gesto y en su sonrisa.

Merecía Bettina Brentano que una mano amiga—amiga fuera del tiempo—desempolvase su vida, llena de atractivos, de ejemplar alegría y de misterio, y la presentase a nuestra mirada con el sublime ropaje con que Carmen Bravo-Villasante ha sabido presentarla.

«Dios—pocas veces los designios providenciales son más evidentes—te puso en el justo momento en el sitio exacto. Cuando tu Alemania, de repente, había saltado a un increíble florecimiento cultural (la modesta colina convertida en Himalaya), tú naciste y te encontraste en medio de los máximos héroes de la literatura, de las artes, de la ciencia de tu país, en medio de un equipo espiritual que posiblemente no se ha dado reunido (en tan pocos años) en ninguna parte del mun-



Carmen Bravo-Villasante nos dice que su tarea más apremiante es la próxima publicación de su «Historia de la Literatura Infantil Española»



Los cuatro hijos de Carmen Bravo-Villasante tienen a su disposición la mejor colección particular de libros y publicaciones españolas para niños, que ha ido formando su madre

do Y fuiste vínculo para todos ellos, excitadora para todos ellos, tú, encantadora, fantástica, inquieta, simpática, generosa, embustera, apasionada..., seguramente la única mujer que hubiera podido cumplir ese destino.»

Así define a Bettina Brentano el poeta Dámaso Alonso en su prólogo a la obra de Carmen Bravo-Villasante. Y Humboldt, en 1809, después de haberla conocido, escribe: «Tanto espíritu, tanta locura son increíbles. La joven Brentano me ha producido un asombro enorme. Tanta vivacidad, tales pensamientos, tales saltos... Parece como si uno estuviera en otro mundo.»

Como escritora Bettina pasa por las páginas de la literatura alemana como un meteoro. Deslumbrante y fugaz. El lector cierra el libro, olvida las geniales constelaciones y sigue la encendida aparición. Queda el rastro luminoso de su amistad con Goethe, la devota pasión de Beethoven, la hermandad con Clemente Brentano, el matrimonio con Arnim y los destellos de unas cartas únicas en el género epistolar.

Como mujer y como escritora, Bettina Brentano es un ser fascinador, problemático y desconcertante. Envidiable y fantásticamente encantador. Así aparece también en la obra de Carmen Bravo-Villasante.

LA SAL DEL ENTUSIASMO

Son palabras de una frase de Bettina y aparecen al frente del libro. Son como el lema o como el cristal finísimo a través del cual Carmen Bravo-Villasante ha querido ver a su biografiada, pero podrían servir también como lacónica definición de esta escritora, cuyas respuestas voy anotando en el papel.

Carmen Bravo-Villasante nace en Madrid, en la calle de Arrieta, un precioso barrio del Madrid antiguo. En el colegio de la

Alianza Francesa hace sus primeros estudios. Más tarde pasa al Instituto Escuela, que es por entonces el centro escolar más selecto, el de los más avanzados métodos y sistemas pedagógicos.

Durante los años del bachillerato Carmen Bravo-Villasante siente dos grandes pasiones: el deporte y los viajes:

—Esto de viajar es como una enfermedad crónica de la que no me curaré nunca.

Cuando en el año 1939 llega a la Universidad, a la Facultad de Filosofía y Letras, Carmen ha practicado la natación, el tenis, el esquí y el excursionismo.

—Entonces era un poco distinto. Practicábamos el deporte solo por el deporte. No fomentábamos el espíritu de campeonato.

Y a la Universidad lleva sus primeras impresiones de Francia, de Bélgica, Alemania, Portugal, Marruecos.

—De Alemania me encantaba el paisaje, lo que yo llamo ahora en mi libro «la espesa selva germánica», y el estilo de vida de los alemanes de entonces. De Francia me encantaban su arquitectura y sus museos. De Bélgica, sus pequeñas ciudades, como Brujas y todo lo que Bélgica tiene de Edad Media. De Portugal, su tipismo y su lenguaje.

Seis años después de casada, Carmen Bravo-Villasante, que en la Facultad ha estudiado Filología Románica, lee su tesis doctoral.

—No había pensado nunca ponerme a ello, pero un día, estando en la playa de Santander, estaban por allí algunas amigas y amigos y juntos recordamos qué había sido de los otros compañeros. En aquel mismo instante, y posiblemente animada por el

ejemplo de los demás, decidí hacer mi tesis doctoral. Cuando terminé la licenciatura fui becaria en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Fué en este tiempo cuando lei casi todo el teatro clásico español. Entre otras cosas me di cuenta de que las mujeres del pasado, las protagonistas de nuestras obras clásicas, eran estupendas. Al pensar en la tesis creí que lo más acertado sería ir por ese camino y buscando un tema no tratado, la hice sobre «La mujer vestida de hombre en el teatro español» que apareció publicada por la «Revista de Occidente».

Carmen Bravo-Villasante tiene hoy unas cuantas obras publicadas, a las que luego aludiré, y es madre de cuatro niños. Los libros están en los estantes. Los niños esperan aquí, impacientes de que el reloj dé seis campanadas.

—A esa hora me los llevaré a todos al circo.

Ahí, sentados en un amplio sofá, muy serrecitos, esperan Juan Miguel, que es el mayor; Carmencita, una niña preciosa de diez años a quien su madre ha dedicado el libro; Alvaro y Arturo, que todavía no ha cumplido los seis años.

«ME LLAMO CATALINA ISABEL LUDOVICA MAGDALENA Y VULGARMENTE ME DICEN BETTINA»

El 4 de abril de 1785 nace Bettina Brentano en Francfort del Main. Su padre es Pietro Antonio Brentano, un italiano de Tramezzo, pueblito junto al lago de Como. Su madre es alemana: Maximiliana La Roche. Es la famosa Maxe, amada de Goethe, hija de Sofía La Roche, la conocida autora de novelas sentimentales.

Por línea materna desde el primer día la literatura vive en ca-



La ganadora del último Premio «Aedos», autora de «Vida de Bettina Brentano, de Goethe a Beethoven»

sa de Bettina, aunque su padre sea copropietario de una acreditada tienda de coloniales. «Der Goldene Kopf», «La cabeza de oro», en la Sandgasse.

La Lotte del «Werther» tiene muchos rasgos de Maxe, y Alberto, del esposo Brentano. El mismo Goethe, que es amigo del matrimonio, después de una escena muy wertheriana, se verá obligado a abandonar la casa. Antonio Brentano casa con Maximiliana cuatro años después de la muerte de su primera mujer. El es católico, ella protestante. El matrimonio tiene catorce hijos. Cuando Bettina tiene solo ocho años muere la madre; Bettina la recordará como un prodigio de belleza: «Era tan fina, tan noble; no se parecía su rostro a ninguno de los que acostumbramos a ver; parecía estar hecha para vivir entre ángeles y jugar con ellos.»

—Años más tarde—añade la autora—la madre de Goethe referirá a Bettina que la última vez que Goethe la vio junto las manos asombrado de su belleza. Carmen Bravo-Villas ante me

cuenta ahora algo de la pequeña historia de su obra:

—He estado dos años, traduciendo cartas y releiendo las obras de mi biografiada, al mismo tiempo que documentándome en la literatura de los contemporáneos de Bettina. Pero creo que una e las cosas que más me han servido para la auténtica interpretación del espíritu y de la obra de Bettina ha sido mi último viaje a Alemania. Lo hice en la primavera pasada y ya con ánimos de escribir esto biografía. Recorrí Baviera en el mes de abril, y el 11 de mayo, el mismo día en que hace muchos años llegara Bettina a Viena, la ciudad de los vales, llegaba yo también a esta ciudad, casi recién liberada de los rusos. En este camino vi los mismos pasajes, los mismos lugares, los mismos pueblecitos por los que ella pasó y que tan maravillosamente describe en sus cartas. Visité Heidelberg, de la que ella tanto habla, y la Selva Negra, que tanto me impulsó.

Carmen Bravo-Villasante ha traducido al español cartas de mujeres escritoras de varios países.

—¿Cuáles de estas cartas le

han impresionado o gustado más?

La escritora no vacila en responder:

—Indudablemente, las de Bettina. El lirismo musical de las cartas de Bettina hará que sus cartas se diferencien de las que escribieron las más famosas escritoras epistolares. Es un lirismo romántico de la mejor estirpe románica. A su lado las cartas de madame Sevigné son simples cotillerías de mujeres. Sevigné, cuando escribe, lo hace para un público que la está escuchando, que la va a leer en los salones azules. Más que para su hija escribe para la Corte de Versalles. Bettina es más ingenua, aunque en alguna ocasión exista alguna afectación forzada. El buen sentido francés de una mujer metódica y razonable frente a la exaltación de un temperamento apasionado. Frente a la moral didáctica de la francesa cortesana y algo burguesa, las divagaciones líricas y exaltadas de Bettina. Nunca escribirá como madame de Sevigné, «cuyas cartas—dice la misma Bettina—son como una danza elegante ante un público que la apremia con sus aplausos. Nunca escribiré esas cartas». Son artificiales.

—¿Cuáles son para usted las principales cualidades de una buena biografía?

—Toda biografía es una interpretación. En esa interpretación la veracidad es fundamental. Después, amenidad, pero sin caer en lo novelesco, que sea auténtica y que el documento erudito exista y esté por debajo de cada afirmación o cada negación del biógrafo. Que la erudición nunca se transparente, que se dé sensación de vida, que quien nos lea se crea, que nuestro personaje está junto a él, en su habitación, que no sea algo arqueológico. Escribir con apasionamiento y con una enorme simpatía por el personaje que hemos elegido.

—¿Existían traducidas al castellano las obras de Bettina Brentano?

—No. Me las enviaron de la Biblioteca de Munich. Recibí los siete volúmenes de sus obras en un préstamo de solo mes y medio. Como era poco el tiempo tuve que encerrarme y dedicarme a leer, a extractar y a copiar cartas. Cuando tuve todo el material dejé pasar algún tiempo, y un día, en Santander, en un pisito que alquilamos todos los veranos, junto al Sardinero, me puse a escribir. Escribí durante unos cuarenta días. Entonces no sabía yo escribir a máquina y todo lo hacía a mano. Al llegar a Madrid después, del verano me faltaban aún dos capítulos por terminar. Los hice y a toda prisa los fui pasando a máquina. Dos días antes de que se cumpliera el plazo marcado por la convocatoria del Premio «Aedos» envié un original a Barcelona. Apenas si tenía ninguna esperanza de obtener el premio. Cuando leí la convocatoria vi una cláusula que decía que solo en caso excepcional se daría el premio a una biografía de personaje extranjero.

—¿Cómo se enteró del premio?

—Por un telegrama que recibí del Jurado a las tres de la ma-

drugada de la noche en que se fallaba.

—¿Y las 25.000 pesetas?

Carmen Bravo-Villasante sonríe y responde:

—Ya me las he gastado. Primero me compré una cocina estúpida, de esas de escaparate. Luego, libros, muchos libros. Pensaba haber hecho un viaje a Inglaterra con el dinero del primer premio: cuando llegó el día del viaje sólo me quedaban 3.000 pesetas.

Carmen Bravo-Villasante me habla de Goethe y Bettina. Bettina era como la heredera de una maravillosa inquietud más literaria que amorosa hacia el supremo maestro de las letras alemanas. Carmen Bravo-Villasante me ha definido así a Bettina:

—Una mujer que tiene una vocación profunda de escritora y busca al mejor maestro que que éste le lance al difícil mundo de la pluma y de las letras. Bettina es la discípula de Goethe.

Una de las cualidades de Bettina es la persistencia en sus deseos. Veleidosa e inconstante para tantas cosas, Bettina, cuando de verdad quiere algo, persevera hasta lograr el fin. Ella misma dirá más tarde que toda su vida anterior no había sido más que una preparación para el gran día en que le fué concedido ver a Goethe.

—En la primavera de 1807 Bettina vivía en Cassel con su hermana Lulú, casada con el banquero Jordi. Desde allí proyecta el viaje a Weimar. No se sabe por qué motivo el viaje no se efectúa. Pero Bettina persiste en la idea. Desea ver a Goethe. No se conforma con la lectura de sus obras, que se sabe de memoria, ni con las conversaciones de la madre, no le bastan ya las anécdotas de la juventud. Quiere verle tal como es ahora, y en la mañana del 16 de mayo de 1807 Bettina sale de Cassel, camino de Weimar. Ella misma nos relata, en una carta dirigida a la madre de Goethe, las peripecias de que se vale para lograr el acceso hasta la presencia del divo de las letras alemanas. Ante todo tendrá que vencer y convencer a Wieland, el anciano poeta, secretario de Goethe:

«A Wieland nunca le había visto. Dice como si fuera una antigua conocida suya. El reflexionó un instante y luego dijo: «Sí, seguro que sois un ángel encantador, antiguo conocido mío, aunque no puedo recordar cuándo ni cómo os he conocido.» Bromé con él y dije: «Bueno, ya he conseguido que me imaginéis, pues en realidad es imposible que me hayas visto en ninguna parte.» Le pedí una carta para que se la diese a Goethe, que he convertido como recuerdo. Transcribo lo que ponía: «Bettina Brentano, hermana de Sofía, hija de Maximiliana, nieta de Sofía La Roche, desea verte, hermano mío, y como dice que tiene miedo me pide que te entregue esta cartita, que obrará como un talismán y le dará ánimo. Como estoy convencido de que me gasta una broma, hago lo que me ordena y espero que a ti te sucederá lo mismo. 23 de abril de 1807. Wieland»

Bettina describe después el preciso momento en que Goethe, «majestuosamente serio y con mirada impassible», se presenta.

—Bettina justifica todo su pasado con este instante de su primer contacto con Goethe. Así está pasión, esta goethelatria de Bettina, tan parecida a un sentimiento amoroso, es la razón definitiva de su vida anterior. Sus estudios, sus lecturas, su música, sus paseos por el bosque, sus largas cartas sirvieron para algo. Todo fué para Goethe. Y Bettina feliz, comprende que nada ha sido inútil. Desde ahora en adelante el futuro también tiene una finalidad: conservar el afecto de Goethe. Pero, así como antes no le bastaban sus lecturas, ahora no se conforma con su presencia. Desea que piense en ella, y para ello nada mejor que una carta, muchas cartas. Así surge la correspondencia entre Goethe y Bettina, que más tarde ésta publicará en un precioso libro titulado «Correspondencia de Goethe con una niña», en tres volúmenes.

La primera carta que Goethe le escribe está fechada el 9 de enero de 1808. Goethe responde para agradecer a Bettina los regalos con que ha obsequiado a toda la familia con motivo de las festividades navideñas. El tono de la carta es paternal, aunque indudablemente Goethe debe sentirse rejuvenecido en sus cincuenta y ocho años al lado de la joven de veintiuno.

A esta primera carta siguieron muchas. Los críticos no saben cómo explicar estas relaciones entre Bettina y Goethe. Unos hablan de amistad, otros de simple discipulado, otros de encendido amor. Tal vez el juicio más acertado sea el de Sainte-Beuve, experto psicólogo y buen conocedor del corazón femenino: «El amor que sintió Bettina por Goethe no fué un amor corriente ni fué un sentimiento amoroso natural como los que sintieron Dido, Julia o Virginia; no fué ese amor que inflama y consume antes de que se acallen los deseos. No fué un amor ideal que, después de brotar del cerebro, hizo partícipe al corazón. Yo no podría explicar bien en qué consiste ese sentimiento; ni siquiera la misma Bettina pudo explicárselo.»

BETTINA Y BEETHOVEN

Si no tuviera otros, buen mérito sería para la joven Bettina Brentano el haber servido de medio para que Goethe y Beethoven se conocieran personalmente.

—Es en Viena donde Bettina conoce a Beethoven. Para ella es el verdadero acontecimiento vienés. Olvida Viena por él y más tarde recordará la ciudad. Sólo gracias a él. De nuevo la joven Brentano adivina el genio, como antes lo había hecho con el poeta Hölderlin, y se rinde ante él con admiración de discípula, como hace diariamente con Goethe.

De esta nueva amistad nacen preciosas cartas. Bettina no dominó ningún género literario más que el epistolar, pero aquí se manifiesta insuperable. Por mucho tiempo Bettina se convierte en la más firme defensa del genio de la música. En una ocasión sale al frente de algunas patrañas in-

ventadas contra Beethoven.

«Se ha hecho mucha burla de su desorden. La gente debe saber que no siempre tiene el dinero necesario para comprarse lo que necesita. Los hermanos y los amigos gastan todo su caudal; sus vestidos, están rotos, su aspecto es harapiento; pero a pesar de todo su semblante es soberbio y expresivo. Añádase a esto que está muy sordo y casi apenas ve.»

—De todas las cartas de Bettina, ¿cuál la gusta más a usted?

—La del ruiseñor. Después, la de los tres besos. Luego... todas.

En el libro aparecen transcritas. Cada una de estas dos primeras que la escritora menciona son de un género distinto. Cada una tiene su timbre diferente, pero las dos son preciosas, extraordinariamente bellas.

—¿Cree usted que Bettina tiene muchas parecidos con la mujer de nuestro tiempo?

—Sí. Creo que bastantes, aunque la mujer moderna, como ha conseguido ya muchas cosas, no tiene necesidad de hacer las extravagancias que Bettina hizo en su juventud.

En los estudios que Carmen Bravo-Villasante ha presentado en varias publicaciones sobre mujeres de diversos países y épocas existe siempre un deseo de ejemplaridad, de proponer un ejemplo claro y concreto. En «Bettina Brentano» la ejemplaridad está conseguida.

UNA HISTORIA DE LA LITERATURA INFANTIL ESPAÑOLA

Desde hace algún tiempo Carmen Bravo-Villasante tiene emprendida la tarea de vertier al castellano a los grandes románticos alemanes. Entre sus traducciones se cuentan las «Poesías» de Goethe; el «Empédocles», de Hölderlin, y las «Memorias del señor de Schnabelewopki», de Heine.

Pero la tarea más apremiante de la escritora se cifra en la próxima publicación de su «Historia de la Literatura Infantil Española».

—Va a ser un libro de más de 300 páginas y es posible que cause algunas sorpresas. Muchas veces se piensa que en España escaseamos de abundante y buena literatura infantil. Y es falso. Yo creo demostrarlo con este volumen. Nuestra literatura para niños es además viejísima. «El libro de los proverbios», del marqués de Santillana, por ejemplo, fué escrito por un niño de doce años. En este trabajo he tenido hallazgos muy buenos. Hace algún tiempo encontré el primer periódico infantil publicado en España. Se titulaba «La Gazeta de los niños» y apareció en 1798. De esta publicación no he encontrado ejemplares ni en la Hemeroteca ni en la Biblioteca Nacional. Yo lo encontré en una librería de viejo.

Carmen Bravo-Villasante posee hoy la mejor colección particular de libros y publicaciones españolas infantiles. Su próximo libro vendrá a llenar un hueco bastante sensible en nuestra historia literaria.

Ernesto SALCEDO

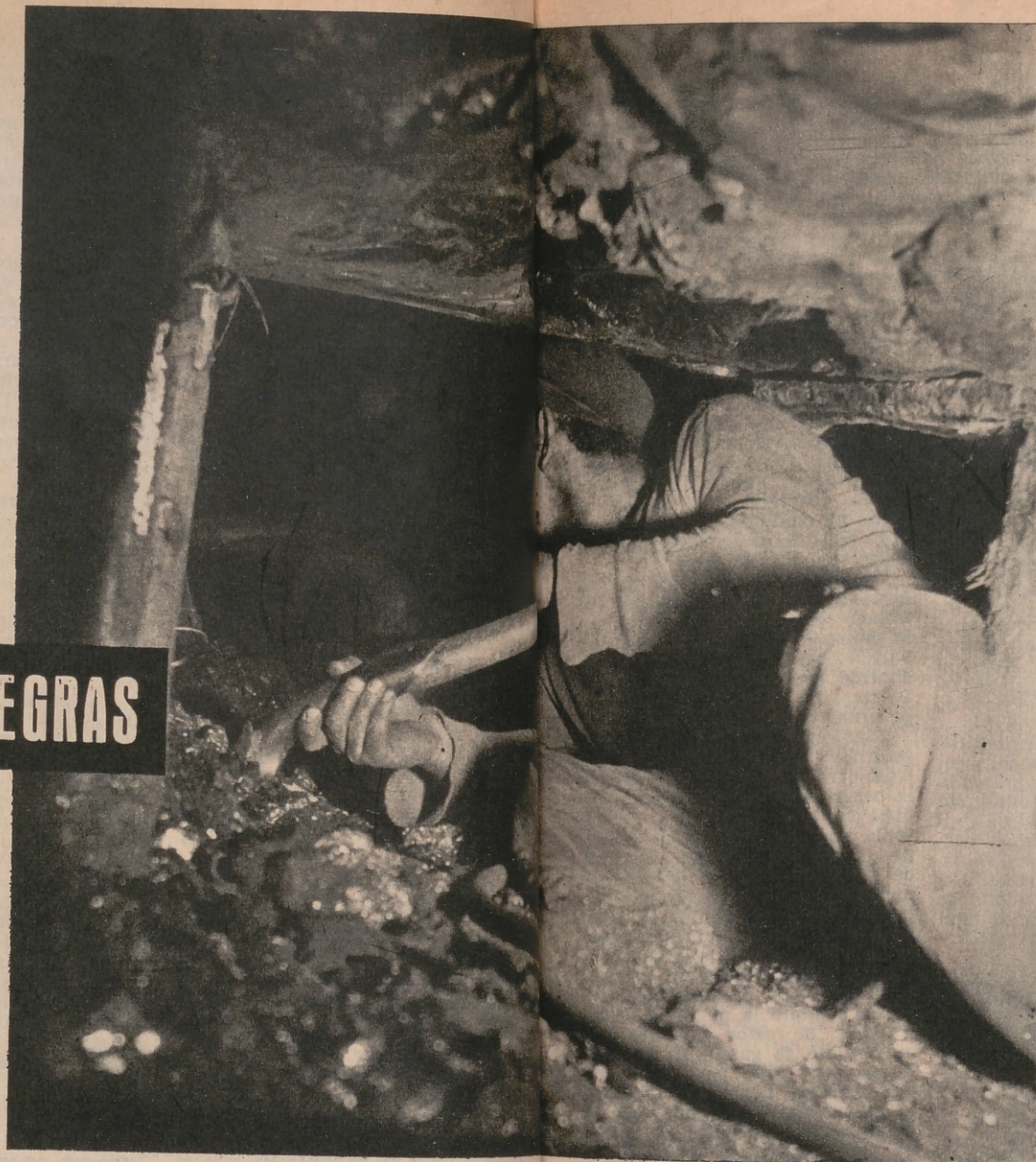
(Fotografías de Mora.)

CON LOS HOMBRES DE LA MINA EN LA CUENCA DEL CARBÓN

LAS AGUAS BAJAN NEGRAS

Entre el Condal y el Nalón, las tierras de Mieres y de Langreo

CONTRASTE Y SIMBOLO DE ASTURIAS



La gran plataforma se había puesto en marcha. Era casi el mediodía, pero el sol se quedaba atrás entre una maraña de cables que llegaban hasta arriba. La

«jaula» de la minero, con el descenso, con lentitud, después. La claridad duró soltantes y pronto brillantes de minero.

Arriba, junto a del ascensor, quedaba con unos nombres: ar de la mina Mariana, social de una empresa de Mieres, S. A.

Ya todo era con la jaula. Las manos, son veteranas en esto se aprietan a las biver-sales con un poco de desconocido. Entre la jaula bajaba y bajaba otros. Pronto se sintió se aproximaba al lugar: doscientos metros de profundidad, y por fin, las que no provenían de las minas; allí se abrían galerías. Pozo abajo, el ascensor continúa hasta los seiscientos metros bajo la superficie terrestre.

La salida de la mina era una diminuta red de un conjunto de rallestas el lugar donde se encontraba la plataforma. Por aquí se iban las vagonetas cargadas de

Más allá de estas luces, otra vez la oscuridad espera desde varias bocas de distintas galerías. Hay que seguir por una cualquiera el paso rápido de los destellos de linternas, sorteando el par de ralles que recorre la estrecha galería. De tiempo en tiempo, una desviación, a veces, una detención, porque pasa un tren de vagonetas

Se camina de prisa y parece como si el aire faltara. En realidad, el aire viene por la espalda, desde la bocamina, y no es fácil acostumbrarse instantáneamente a esta aparente ausencia de oxígeno.

Hay que venir preparado para esta expedición que al novato se le antoja intrascendente. Allí arriba, en las oficinas de la mina, todo parece mucho más fácil y hasta un poco pueril. La vestimenta, que es preciso endosarse previamente: un mono, una camisa y todo cerrado por el cuello y las muñecas. En los pies, unos calcetines de lana y unas botas de goma que se ajustan casi a la altura de la rodilla sobre el pantalón del mono.

¡Ah!, y detalle indispensable, el amplio pañuelo para secar el sudor y apartar de la cara el polvillo de carbón. Un casco y la luz individual, y ya está todo dispuesto. Ahora, abajo, cada uno piensa que aquello era completamente necesario, que nada sobraba ni nada faltaba.

Se oye a lo lejos un rumor sordo que va creciendo al paso de la aproximación. Es agua, un chorro que brota de una cañería de desagüe. Las botas de goma cumplen ahora su misión, porque el barro que se adivina negro casi llena el suelo de la galería. Otras veces, el agua viene de arriba en diminutas gotas que mojan la cara sudorosa. Se queda atrás la humedad y llega el polvo seco, que convierte el aire en algo irrespirable. Los hombres que trabajan en las minas necesitan un temple duro, una resistencia excepcional a unas condiciones de trabajo, imposibles de transformar, porque, pese a todos los perfeccionamientos, en cualquier parte del mundo el trabajo del minero sigue siendo uno de los más difíciles y que mejor revelan la reciedumbre de un hombre.

ALERTA AL ENTIBADO

Y no son sólo los hombres; también las bestias cuentan. Los mulos tiran aquí de las vagonetas en algunos casos. En otros, cuando el pequeño tren tiene ya una considerable longitud, esta tarea corre a cargo de unas lo-

comotoras que casi parecen de juguete.

Las bestias, como los hombres, requieren también un temple especial, un «algo» que las distinga del resto de su especie. Los mulos, cuando bajan a la mina, tienen muy diverso comportamiento. Los que aguantan la oscuridad, el aire enrarecido y el trabajo duro trabajan aquí abajo. Otros, los que se encabritan alocados apenas se les ha dejado en el fondo de una galería, tienen que ser reexpedidos inmediatamente a la superficie; esos animales no sirven para este trabajo.

Las galerías son largas, porque esta mina tiene muchos años. Dos kilómetros bajo tierra, camino de Dios sabe dónde se siempre un buen paseo y una excelente experiencia para saber lo que es la vida de los hombres que cada día permanecen siete u ocho horas en estas oscuridades. De vez en cuando asoma al paso la cara negra y brillante de un minero que trabaja en alguna reparación, porque esta es una galería de transporte; las otras, las de explotación, quedan a trasmano. Estos largos conductos fueron hechos para el acarreo del mineral. Las condiciones de trabajo son en las galerías de explotación mucho más difíciles que la sim-



Jose Sols depositando una corona de flores al Minero, recientemente fallecido.

ple permanencia en una galería de transporte.

Al reflejo de las linternas se aprecia el sólido entibado de las paredes y el techo. Los troncos se afirman, sosteniendo la mole que sin ellos cegaría la vía por donde pasar los hombres y el mineral. Es una labor cuidada constantemente. El vigilante, el hombre que sabe lo que es la responsabilidad, pasea a menudo su mirada por estos troncos ennegrecidos. En su mano lleva un fajo de papeles. Cuando el ojo descubre alguna anomalía: un tronco que falla, una grieta que ponga en peligro el túnel, el vigilante pega un papel sobre el punto peligroso. Los hombres de la mina llegan después y saben bien lo que aquella señal significa. Manos a la obra, el peligro queda conjurado. Los ojos de un hombre cargado de experiencia y las manos de otros que saben su oficio salvan así a diario las vidas de sus compañeros.

La destreza de estos mineros queda bien patente en esas romerías del trabajo que son los concursos laborales. Asturias, tierra de trabajadores, fué siempre lugar propicio para este género de competiciones. Primero fueron sólo concursos pueblerinos, surgidos de una manera espontánea al calor de un acento popular.

LA NOCHE EN LA MINA

En marzo de 1955 se constituyó el Patronato Provincial de Concursos Laborales para coordinar y fomentar tales competi-

nes. Y fué naturalmente la Organización Sindical la primera en aportar todo su esfuerzo en la realización de los concursos. A la hora de recoger resultados, ahí están todavía calientes, y como un ejemplo para este año, los de 1956.

En Sama de Langreo se celebró el IX Concurso Nacional de Entibadores con 47 parejas. Fuerza y destreza se unieron en busca de las copas que testificaban una experiencia en el trabajo. Después, en metálico, los premios totalizaron 34.000 pesetas. Más arriba en el mapa, junto a Gijón en La Camocha, el IV Concurso Local de esta misma especialidad llevó a estas tierras el estímulo para un trabajo mejor y más seguro.

Los hombres de la mina piensan también en la seguridad del trabajo. Un pueblo asturiano, Caborana, es el lugar de cita en donde se reúnen cada año las mejores Brigadas de Salvamento Minero. Vestidos con un extraño atuendo, ejecutan los más variados ejercicios que pongan de relieve la superioridad de una de las Brigadas.

Estos hombres de la mina tienen la experiencia de muchas generaciones y la técnica aprendida con su esfuerzo. Para ellos, sin reloj, es posible averiguar, a quinientos metros bajo tierra, si allá afuera es de noche o de día. Ellos, a su manera sencilla, tienen siempre una explicación: de noche crujen con un ruido distinto las vigas de madera del entibado.

La sensación del peligro ha aguzado también sus sentidos. Ellos advierten con claridad la presencia del terrible enemigo, siempre presente en el recuerdo; ellos saben cuándo hay grisú.

La mina es en todo momento un lugar de vigilancia, de cuidado hasta para los trabajos más insignificantes. Es preciso controlarlo todo y medirlo todo hasta revisar, por ejemplo, los barrenos, después de una explosión, para cerciorarse de que la cosa fue bien y no quedó intacta alguna carga que reservara su potencia al contacto con un pico.

Y también hay que cuidar de que nunca falte el chorro de agua para que el mineral mojado no pueda desprender el polvo que salta al contacto de la perforadora y penetra en los pulmones. Así se evita la silicosis.

La galería de transporte ha terminado. Allí donde acaba el entibado, unos hombres trabajan en la prolongación. Junto a ellos una pareja descansa, comiendo un enorme bocadillo que repare sus fuerzas. Es la hora de tomar algo antes de que llegue la comida.

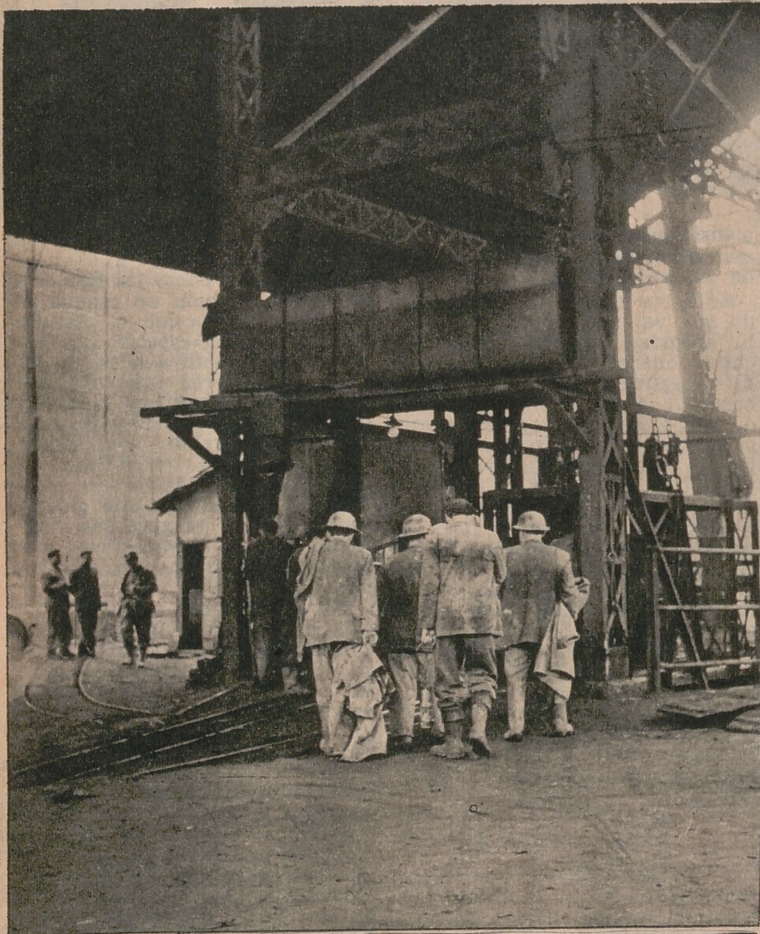
Y ahora sólo queda el viaje de retorno. Otra vez los dos kilómetros, otra vez el polvo, el agua y la oscuridad que para estos hombres es algo tan familiar. El aire sopla ahora de cara y los pulmones saben agradecerlo. Un tren de vagonetas se ha detenido en medio de una galería y hay que pasar entre las distintas unidades arrimando bien el cuerpo a la pared negra y húmeda. Cuando la jaula sube, cuando el sol comienza a ser otra vez una realidad, queda siempre la memoria de los trabajos de estos hombres que muy abajo se ganan su pan, un jornal muy alto, pero alcanzado con esfuerzo. Después la ducha y la comprobación de que, pese a todas las precauciones, el carbón ha caído, polvo en ducha sobre el cuerpo.

Dos turnos de trabajo llevan cada día a distintos grupos de mineros hasta las galerías. Ocho horas más tarde suben de nuevo para dejar paso al relevo. Únicamente en los momentos de peligro o de reparaciones urgentes se establece un tercer turno. Los días de fiesta son también días de asueto en la mina. Aquí, como en la noche, sólo la inmediata necesidad puede forzar al trabajo dominical.

TONELADAS Y MILLONES

Es difícil imaginar que hubiera un tiempo en que Asturias no tuvo minas. Bajo el verde eterno, bajo la niebla y el humo parece que siempre han existido las largas galerías adonde jamás entró el sol. Según las cifras de su producción en 1953, Oviedo figuraba con respecto al resto de las provincias españolas en el número uno de las productoras de hulla y de cobre; era la segunda en la extracción de antracita, caolín, espato flúor y mercurio, y la novena en hierro. Estos puestos forman unas buenas cartas para jugar en la palestra industrial de España.

En su suelo no faltan ninguna de las seis grandes categorías establecidas por los geólogos. Hay terrenos paleozoicos, secundarios, terciarios, diluviales, aluviales y



Camino de la jaula para bajar a la mina

plutónicos. Tras estos nombres difíciles y extraños está la riqueza. En 1954, la producción minero-metalúrgica significó para Asturias un total de 4.274 millones de pesetas, de los que 2.361 correspondían solamente al laboreo en las minas del Principado.

La hulla es el capítulo más importante de estas explotaciones. El 68,5 por 100 del total obtenido en España en 1953 correspondía a la provincia de Oviedo. Y después de la hulla está la antracita, cuya producción se valoró en ese mismo año en más de 78 millones de pesetas.

La minería asturiana no permanece estancada. Cada día un grupo de hombres trabaja para abrir nuevas galerías, para encontrar nuevas vetas. Y no es sólo la producción global la que crece con el tiempo; es también el número de minas. En 1943, Asturias contaba con 1.051 minas productivas, de un total de 135.633 hectáreas. Diez años más tarde esta cifra había ascendido a 1.554 minas productivas, de 225.863 hectáreas.

Solamente en hulla, la producción media asturiana a lo largo de los últimos años representa la cifra de unos siete millones de toneladas anuales.

EL NUEVO BARRIO DE MIERES

El Caudal pasa por Miens. Es un río corto y precipitado que tiene 20 kilómetros de longitud hasta acabar en el Nalón, su hermano mayor, que le lleva al mar. Mieres es un pueblo largo y grande; sabe de su importancia. Entre tres montes que la rodean tiene sitio sobrado para extenderse y Mieres se extiende, entre sus fábricas y sus minas.

Pero los hombres que trabajan en las minas y en las fábricas necesitan vivienda, habitaciones claras y nuevas en este pueblo con aires, tono e importancia de capital. Ciento cincuenta viviendas han sido las inauguradas por el Ministro Secretario General del Movimiento durante su visita a Mieres. Son unos bloques de casas que casi se asoman al río, a poco espacio de la carretera. Entre el Caudal y Mieres queda ya tan sólo el ferrocarril y unos hornos de coque porque el pueblo es industria y minería por sus cuatro costados.

Al otro lado del Caudal está ya la Asturias campesina y verde de otros tiempos. Hay un sendero empinado. Cuando la lluvia cae sobre esta tierra de Mieres, las campesinas bajan con las almadreñas. En la bolsa o en la mato llevan un calzado más ligero. Después, al llegar a la entrada del pueblo, calzarán sus zapatos y dejarán las almadreñas en una casa amiga hasta su regreso.

El camino lleva hasta un prado y desde allí las nuevas viviendas ofrecen una geometría de colores que resalta sobre el negro fabril de Mieres. Cada vivienda cuenta con tres dormitorios, comedor, cocina, dispensa y cuarto de aseo. Los cuatro bloques han sido construidos por la Obra Sindical del Hogar y pasarán ahora a manos de sus destinatarios. Para la distribución se ha establecido un porcentaje entre los diversos Sindicatos y son naturalmente los del Combustible y los



El Ministro Secretario General del Movimiento y Delegado Nacional de Sindicatos, recorriendo las galerías de una mina asturiana

del Metal, mineros y metalúrgicos los hombres que predominarán en el nuevo barrio.

Las calles son amplias y entre los bloques caben siempre los amplios espacios verdes, los jardines para los hijos de los trabajadores. A un paso está el centro de Mieres, cines, bares, comercios, todo el complejo ciudadano y activo nacido al calor de las minas y las fábricas. Hay dinero y trabajo bajo esta cortina de humo que gravita sobre el pueblo.

Dentro de unos días, este bloque inaugurado ahora por Solís dejará su silencio, extraño entre el ruido de las factorías y se alegrará con risas y voces. Las gentes de Mieres verán asombradas

que al pueblo le ha crecido, joven y bonita, una nueva barriada.

SOLIS DIALOGO CON ASTURIAS

Los hombres de la mina, al igual que los metalúrgicos de toda la cuenca, han tenido ahora su oportunidad; una ocasión que no es la primera ni será la última. Un Ministro del Gobierno, el Secretario General del Movimiento

Vista panorámica de La Felguera





to, don José Solís Ruiz, ha llegado hasta allí para escuchar su palabra. No fué el protocolario hablar de unas Comisiones oficiales, sino el diálogo vivo, de hombres a hombre, para contar las realidades y exponer problemas, con la íntima satisfacción de saber que están siendo escuchados.

En las Casas Sindicales de los pueblos mineros se agolparon los grupos de hombres, empresarios y trabajadores técnicos, unidos en la comunidad de los Sindicatos. Los discursos eran breves, sin preámbulos, ni freses retóricas. Inmediatamente las gentes con el Ministro pasaban a una sala cualquiera, la más grande que en la Casa hubiera, y empezaba el desfile. Todos querían hablar y todos hablaron. De nada valían los programas oficiales de visita, previamente trazados, porque, en reladida, lo más importante estaba allí en el contacto directo del Gobierno con el pueblo, a través de la Organización Sindical española.

Por eso se prolongaban las reuniones: lo mismo podían durar una hora que dos o tres. Todos los que allí estaban sentían el íntimo convencimiento de que no perdían el tiempo, de que todas aquellas conversaciones fructificarían después en realizaciones positivas, en la solución de todos esos pequeños problemas que a cada paso se presentan en la realización de una empresa por modesta que sea.

En cada pueblo son siempre las mismas escenas, continuamente renovadas y eternamente

vividas. Un hombre de la Organización Sindical, a la puerta de un salón de actos, llama por turno a las sucesivas Comisiones que desean visitar al Ministro. Se acercan los hombres, distintos en el vestir, en el habla o en la edad. Hay un olor de traje nuevo, de corbata de los domingos, porque van a hablar con el Ministro, que es al mismo tiempo Delegado Nacional de Sindicatos. Todos pasan de prisa con respeto y con una inmensa seguridad en sí mismos. Y comienzan sus palabras, un poco atropelladas al principio después, más pausadas y serenas. José Solís tercia en las frases de sus interlocutores. Se interesa quizá por algún de la exposición, por algún problema, y lo que pareció en un principio discurso acaba en charla, en reunión de amigos y compañeros, a la que sólo falta el reposo imposible porque otras Comisiones esperan afuera, un poco con impaciencia y un poco también con ese recelo natural de que a los otros, los que fueron antes que ellos, les vaya a dedicar el Ministro mayor atención y más tiempo. Después, cuando ellos entren a dialogar con el Ministro se olvidarán de sus recelos y dejarán pasar el tiempo hablando a José Solís de sus cosas, mientras otros hombres, los de las restantes Comisiones esperan afuera, pensando lo que ellos mismos pensarán antes. La historia se repite también para los pequeños gestos, pero no hay cuidado de que los temores de estos hombres pasen de eso, de simples temores. El Delegado Nacional de Sindica-

tos ha tenido puerta abierta para todos los que se acercaron. No contaron las horas de la comida o del reposo, sólo importaba aquello, el motivo de la visita, y fué la primacía para el diálogo.

En las gentes que pasan afuera por las calles se adivina algo más que curiosidad al saber que dentro está Solís. Aquí se vive el pulso de la minería y de la metalurgia y todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, conocen los problemas y realidades de la cuenca minera. En los vestíbulos, en los portales, siempre hay un grupo de hombres y de mujeres que asaltan al que acaba de salir. ¿Qué te ha dicho el Ministro? ¿Le hablaste de aquello? Y el recién salido sonríe con felicidad y saborea la impaciencia de los demás, contando con lentitud lo que pasó allá adentro, lo que ellos contaron y lo que el Ministro les dijo; toda una antología de frase viva y actual.

Una vez más, la cuenca minera ha recibido con esta visita de un Ministro el espaldarazo oficial de su importancia. Hasta los caseríos que se asoman más arriba de las escombreras ha llegado la voz de los hombres que hablaron con Solís.

Con las palabras han llegado también los hechos. No ha sido sólo Mieres el único beneficiario de las nuevas edificaciones. Durante la estancia del Ministro en Asturias fueron inauguradas 1.990 viviendas repartidas a todo lo largo y todo lo ancho de la gran Asturias.

SAMA ViSTE DE AZUL

La plaza de la Salve es un espacio irregular y bullicioso donde confluye la vida de Sama de Langreo. Por estas tierras llevo el Delegado Nacional de Sindicatos. Vino con prisas y habló despacio y tendido en uno de los salnes de la Casa Sindical, un edificio que asoma a la plaza, dando la espalda a la vía férrea. La entrada principal es urbana e importante. Al otro lado de la Casa hay ya un paisaje industrial; por los ventanales del bar se distingue muy cerca el cargadero de mineral. Los vagones llegan hasta allá y reciben el acarreo. Muy cerca, un palomar ennegrecido es un recuerdo bucólico de otra forma de vida.

Por la plaza pasan y repasan los autobuses de títulos pintorescos, como «El Molinú». Los de otras líneas recuerdan un poco nombres de barcos pesqueros; ahí está como muestra ese «Jano y Ramón», que cruza atestado de gente la enorme Sama. La provincia cuenta con muchas líneas de transporte por carretera. En 1948 su número era de 18; cinco años más tarde, la cifra de líneas regulares de transporte de viajeros por carretera ascendía a 104. En ese mismo periodo el número de Empresas dedicadas a estas explotaciones comerciales ha pasado de seis a 53.

Las paradas de los autobuses se prolongan después carretera adelante, señaladas por unos postes indicadores marcadamente urbanos. Es una invasión audaz y emprendedora del paisaje, porque nadie espera encontrar en una curva del asfalto, ante el fondo verde y negro de un paisaje, la estampa de una placa indicadora del trayecto. Pasan los autobuses que van a Oviedo, a Labiana, a Sotondio y a quien sabe cuántos sitios. Las colas son cortas porque los coches se suceden con rapidez, con eficacia.

Y al lado de esta representación de unas gentes que viven un hoy ultramoderno, queda siempre la figura de la mujeruca con su fardo sobre la cabeza, serena y pausada, como sin darle importancia a ese maravilloso equilibrio.

Las motos y bicicletas llenan siempre la plaza. No son gentes desocupadas las que tripulan los vehículos de dos ruedas. Predomina casi como un uniforme imprescindible el colorido apagado del azul de los «monos».

LAUREADA DEL TRABAJO

Sama, capital, de Langreo, tiene un parque, un espacio verde y geométrico con estilo y categoría. A un costado pasa un río. El parque es municipal, el río es el Nalón.

Hoy es un día claro y las sombras de los árboles se dibujan sobre el suelo con toda claridad. Hay grandes paseos, trazados a cordel, por los que discurren pocos paseantes. Es una hora de la mañana; la gente trabaja y sólo los muy viejos o los muy niños tienen tiempo para estar aquí, esperando la hora de la comida.

Por el río bajan hacia Oviedo las aguas negras, siempre oscuras, dejando su rastro sobre los cantos de la orilla. Es un contraste y símbolo de la Asturias

del interior; el verde de las pomaradas está aquí simbolizado en los macizos de esta vegetación reglamentada; el negro de las escombreras es ahora sólo un poco de agua que viene con prisas. Al otro lado de la corriente, un pedregal y tras él, La Felguera.

Los caminos de este parque están trazados a conciencia, con una sola idea: todos llevan al centro, y allí hay un monumento de factura moderna. Es una masa arquitectónica apaisada, combada, que descansa sobre su base a muy pocos metros del suelo. Es un monumento sencillo, que impresiona a fuerza de tanta sencillez. En el centro de la ligera concavidad, la escultura ha puesto su única nota en esta construcción. La figura de un hombre alto y magro, de contornos indecisos que sobre su cabeza sostiene con ambas manos un pico de minero. Mármol, piedra y bronce es un canto al aire libre, a la hazaña de los hombres que caen bajo tierra.

El monumento tiene todavía una corta vida. Hace muy poco tiempo que fué inaugurado. Cinco mil trabajadores de la cuenca dieron con su presencia el prebiscito unánime de adhesión a esta idea. Aquel día se crearon algo más que unos símbolos de lucha para el futuro. Nació con la inauguración una nueva condecoración: la Medalla al Sufrimiento en el Trabajo, y fueron dos mujeres, dos viudas, todavía jóvenes, quienes recogieron las distinciones. Habían sido hasta muy poco tiempo antes las esposas de dos hombres: un vigilan-

te, José Álvarez Díaz, y otro, minero, Alberto Suárez Fernández, de la Brigada de Salvamento de la Industrial Asturiana Santa Bárbara. Un mal día, los hombres que trabajaban en el pozo San Fernando se vieron cara a cara con la adversidad, con ese tremendo imponderable que siempre late en el fondo de una mina. Los dos acudieron a salvar a sus compañeros y pagaron con sus vidas el empeño heroico. Sus viudas son ahora las primeras mujeres de España que pueden ostentar con orgullo esta Laureada del Trabajo. El minero, bronce al aire de Asturias, está allí para perpetuar la memoria de los que en estas tierras y en todas las edades cayeron en accidente de trabajo. Quizá esas niñas que salen ahora de un convento de religiosas, que se asoman por las ventanas ojivales muy cerca del parque, sepan por sus padres del sacrificio diario de los hombres que bajan a la mina.

Son los hombres de las minas quienes pagan uno de los más duros tributos a su trabajo. En 1954, el 15,61 por 100 del total de accidentes mortales registrados correspondían a trabajadores de las industrias extractivas.

Allí donde el parque acaba, una vaca sofiolienta y de dulce mirar, se ha tumbado junto a una vagoneta desechada del tráfico minero. El campo y la industria se complementan y funden en esta tierra asturiana, donde la mina deja paso a la agricultura y detrás de unos prados hay una factoría.

Guillermo SOLANA ALONSO



El trabajo en el interior de la mina



para sentarse en uno de los bloques que formaban el acantilado y soñar. Cerca, el islote de Escombreras servía para identificarse con cada una de las tierras en que la fantasía del adolescente iba desembarcando.

Muchas son las vidas que se pusieron en marcha por un solo fin; para lograrlo, se bifurcaron en innumerables caminos que, al cabo, concurren unísonos en el que realizaba el anhelo inicial. Tal fué el caso de Heinrich Schliemann, que, teniendo siete años, supo de la existencia de Troya, y muchísimos años después sacrificó una enorme fortuna por hallar y desenterrar sus ruinas, guiándose de la «Iliada».

La guerra de Troya, las aventuras de Ulises y Agamenón, oídas en los versos griegos de labios de un molinero borracho, mientras el soñador despachaba en la tiendecita de ultramarinos de la ciudad alemana de Fürstenberg, pusieron en marcha el formidable mecanismo de una voluntad conquistadora, que alcanzó material y poderío en años posteriores gracias a especulaciones financieras y que se polarizó en el sueño infantil: descubrir Troya, localizar sus ruinas exactas, mostrárselas al mundo científico como la realización de una fe que se confió a la poesía de Homero.

Isidoro Conesa no oyó hablar de Troya. Su argumento de partida no era un poema, sino una tragedia en prosa hurafña. Schliemann fué marinero, vivió en Amsterdam, y el nieto del Popo quería conocer Amsterdam porque de allí era el amigo de Paco, su vecino de Santa Lucía. El hijo del pastor del Mecklenburgo trabajó en una tienda de ultramarinos, navegó de Hamburgo a Venezuela, llevó la correspondencia de una empresa comercial

en Amsterdam y acabó trabajando en Rusia. Cuando el oro se constituyó en su sirvo, se entregó a las excavaciones de Itaca. Troya era su objetivo.

Y este otro joven soñador, desconocedor de toda

cultura clásica —si bien con ella en la sangre—, coincidía con casi todas las circunstancias de Schliemann: carácter soñador, tienda de ultramarinos, navegación aventurera... ¡menos Troya! Su deseo de ir a Amsterdam se basaba en la impresión que le causara la historia de Peter. Y bastaba, sin duda, para realizarlo todo. Las grandes cosas las hacen las criaturas, generalmente, por muy pequeños motivos.

Funcionaba en Cartagena una Escuela de Pilotos, y en ella se inscribió el joven Isidoro.

En ella estudiaría con entusiasmo hasta conseguir embarcar en uno de los buques que admitían alumnos para la práctica de navegación y que le llevó, por fin, hasta Holanda.

Inesperadamente, entretanto, la sierra minera se reanimó. El agonizante mercado de plomo dió la sorpresa de una considerable alza. Una compañía nueva arrendó los tajos y aplicó modernos procedimientos en su explotación. Se instalaron lavaderos nuevos para el mineral. Los desaharrapados se movilizaron en torno a la esperanza de trabajar con fruto y ganar lo necesario para subsistir. De aquellas casas en ruinas, por las cuales pareció anticiparse la guerra con sus bombardeos destructores.

HACIA LA PROPIA ESTRELLA

NOVELA ● Por Carmen CONDE

I

EL nieto del Popo viejo soñaba con el mar. Desde que nació tuvo ante sus ojos la gran bocana cartagenera poblada de barcos extranjeros, de flota pesquera y de navios de guerra nacidos, en su mayor parte, de los arsenales locales, militar y civil, que trabajaban con eficiencia. Cuando venían barcos de guerra de otros países, el muchacho se las componía para visitarlos a sus anchas. Su deseo era ser marino, recorrer el mar, saltar con avaricia a la tierra deseada desde enormes distancias de agua azul, el azul que, por verlo siempre terso desde el muelle de su infancia, creía que sería el de todos los mares del mundo.

Una cierta historia que supo de un marino holandés llamado Peter impulsó sus afanes viajeros. Buscó en la Geografía la situación de Holanda, y supo, leyendo en la Historia escolar que ampliaba sus conocimientos, que los españoles llegaron hasta ella, dominándola. Era grato comprobar a cuántos sitios llegaron antaño los españoles, cuando sus afanes de conquista salían fuera de la Península... Si él, Isidoro Conesa, lograra su título de piloto, podría visitar todos los puntos geográficos conocidos por los antepasados nacionales. La tienda le molestaba. El pueblo, el barrio, le asfixiaban. Siempre que podía se iba andando al faro de San Pedro

salió humo y olor a comida... Los críos, casi desnudos, comían pan en las aceras de calles arrasadas. Las mujeres, flácidas y avejentadas sonrieron de nuevo. Los hombres, los maltratados hombres, cantaron otra vez...

*¡Canta, compañero; canta.
No le temas tú al que viene.
Si tu navaja no corta,
la mía dos filos tiene...!*

No es que renaciera La Unión, no, para equipararse a su época de gran esplendor; pero algo positivo, beneficioso, vivificaba sus destrozados órganos, insuflándoles una alegría esperanzadora. Las casas derruidas cubrían sus huecos con pedazos de madera, de cartón, con sacos, que se ondulaban a impulsos del aire cálido y tonificante. Las tiendas repostaban sus existencias. Una corriente de ilusión recorría el maltratado pueblo. En las minas, los obreros se hacían a la idea de que aquello duraría mucho, lo bastante —por lo menos!— para que ellos sacaran adelante la famélica niñez de sus hijos. Otra vez las tabernas abrieron sus puertas, y en las noches de luna salían los hombres a la calle con sillas y guitarras para cantar. Las «cartageneras» volvían a oler a biznagas de jazmines clavados en los senos de mujeres provocativas y pasionales. Era raro, y estremecía, oír la media voz de un «cantador» confidencial que, en seco, sin acompañamiento musical, iba vertiendo en la sombría corriente de la madrugada:

*Por una montaña espesa
vuela una paloma triste
en busca del bien que adora.
No hay mata que no registre;
¡con qué sentimiento llora!*

Este que cantaba con misteriosa entonación lo hacía según la vieja escuela acaudillada por Rojo «el Alpargatero» y Chilares. Nada de adornos, nada de fantasías; como un canto gregoriano solemne, monótono pero cuajado de «argumento». Saltaba luego la innovación introducida por Antonio, el hijo del pontífice de la «minera», y que, sin alterar la línea básica, sustancia, de la melodía, se permitía idealizar la copla prolongando sus vocales, deshilándolas en volutas, que agrandaban, con finísimas líneas, el edificio románico del cante padre.

*Mientras el minero canta
en el pozo de un fandanguillo
sin dar tregua a su garganta.
una mujer y un chiquillo
rezan por aquel que falta.*

Si. La Unión resucitaba. Fe de ello daban sus «cantaores», que volvían. Los viejos, con su gravedad viril, sin concesiones; puro cante que apenas si necesitaba el contrapunto seco de la guitarra. Los jóvenes, con la alegría que Antonio Grau, el hijo del Rojo, «el Alpargatero», metió en su hermosa voz, capaz de todas las asimilaciones. El mineral sabía protagonizar alguna minera:

*Soy piedra que a la terrero
cualquiera me tira al verme.
Parezco escombros por fuera.
pero si llego a romperme
soy un metal de primera.*

Sin embargo, eran la mujer, el hijo del minero, los que poblaban las coplas, los que se vestían de voz espesa, ronca, velada por el oscuro latido del vino rojo:

*A la mujer del minero
se le puede llamar viuda,
que se pasa el día entero
cavando su sepultura...
¡Qué amargo gana el dinero!*

Amargo, dinero amargamente ganado por el minero. Las coplas que lo decían se habían derramado por todas las minas de España. El «cante» cartagenero fué recibiendo las influencias de cada región por donde pasaba. En las minas de Riotinto, de Peñarroya, se cantaba con nuevas aportaciones; pero el dolor, la amargura, no se perdían. Y la escuela (como en el toreo, ¡Ronda y Sevilla!), ma-



cho, seca, gregoriana, convivía con la escuela alegre, ágil, joven. La Unión renacía, y sus larguísimo ponientes desagrantes eran una cartagenera más, la suprema:

*Anda, ve y díle a mi Grabiela,
si vas a Las Herreras,
que duerma y no tenga pena,
que antes que amanezca el día
de vuelta estoy en Cartagena.*

La tienda despachaba más que nunca. Nuevas empresas fletaban barcos con mineral para lejanos países. Vinieron unos ingenieros suecos e instalaron más lavaderos de mineral, desecaron capas húmedas de los pozos; una ventolera de esperanza fundada sacudió los humanos ramajes. Ya no habría que emigrar a Barcelona, ni a Orán. Por el contrario, los que se fueron podían volver si querían hacerlo.

—Y el nieto, ¿estudia para piloto?
—Disparates. Porque, ¿no sería mejor que bajara en La Unión, a dos pasos de la familia...?
—¿Qué dices tú, Isidoro?
—¡Que quiero correr mundo, señor Pencho!

Las guitarras y los «cantaores» se dejaban oír en Santa Lucía, tan estrechamente unida a La Unión. Pitaba la sirena del Arsenal, roncaban las de los barcos, algún que otro submarino entraba o salía de la dársena apresuradamente. Los vasos de «la-

guena» corrían, los chiquillos y las moscas hacían corro. Y la voz, la voz clara, febril, transparente, cantaba:

*Ni comías ni bebías,
tú por mí te desvelabas.
Era tu amor tan sensible,
que sólo al oír mis pisadas
bajabas descalza a abrirme.*

II

El Amstel, hermosa corriente de agua que atraviesa Amsterdam, vale la pena admirarse desde el Blauwbrug. A pesar de que las exigencias urbanas han ido reduciendo su amplitud, persiste el encanto de sus orillas. Entre Muntplein y Blauwbrug se encuentran las pensiones modestas, y en una cualquiera de ellas pudo acomodarse Isidoro Conesa, que abandonó el barco donde practicaba como piloto para colocarse de humilde trabajador en una de las riberas del Amstel; precisamente cerca de su pensión.

Solo, acompañado por el recuerdo confuso de Peter, los domingos y días festivos, cómodamente instalado en una de las innumerables canoas turísticas que pueblan los canales de Amsterdam, el muchacho viajaba por el estrecho de Oudezijdsdold a través de la Edad Media: Waag, Schreierstoren, Montebaanstoren, Begijnhof... Waag se llamaba antiguamente «Puerta de San Antonio» y era una fortaleza que protegía a la ciudad de los ataques del Este; después, el ciclópeo e impresionante castillo, cuyos muros miden metro y medio de espesor, sirvió de alojamiento a pintores y médicos. Allí pintó Rembrandt su «Lección de Anatomía».

Aquél era el mundo familiar del aventurero holandés de que tuvo noticias en el puerto de Cartagena, años atrás. Aquella Torre de Montalbán sería para él la primera noticia hispánica, porque aún parecía resonar el marcial paso español por sus pasillos; a la que fué torre de combate, más tarde añadió obra propia el arquitecto De Keyser.

¿Y aquella Torre de las Lágrimas, que siempre está húmeda por el dolor de las esposas de los marinos que a ella acuden a despedirlos?...

Isidoro aprendía la historia de la ciudad a bordo de las naves turísticas, de labios de los intérpretes. ¡Cuántos arcos de puentecillos, y después, por un instante, la confluencia del Keizersgracht y del Reguliersgracht: el corazón de Amsterdam. Cerca, las enormes fachadas de los hermosos palacios levantados en el XVII por maestros tan reputados como los hermanos Vingboons, justamente en el recodo del Herengracht, con la radiante vecindad arbórea del Leidsegracht...

No una, sino muchas veces navegó Isidoro por el Singel, el canal de los marineros, y por el vastísimo puerto. Amsterdam es eso fundamentalmente: un puerto. Debe su prestigio a los arriesgados pescadores y a los aventureros negociantes, que supieron comprender su soberbia situación allí donde el río Amstel confluye con Y. Astillero del mundo, Amsterdam construye barcos infatigablemente; a pesar de su distancia de treinta kilómetros del mar del Norte, un canal le asegura su comunicación con éste, mientras otro, al presente, le pone en fusión con el Rhin. Con razón se enorgullecen de sus diques los holandeses... Cerca de la Torre de la Moneda—compás que rige los paseos de los despistados—bulle el mercado floral del Singel, delicia para el paseante. Y las flores, como tantas otras magníficas industrias holandesas, son la riqueza de Amsterdam.

¿Cómo explicar el encanto a que se sentía sujeto Isidoro, no sólo navegando por los risueños canales, sino divagando por las calles de tan alegre ciudad? Leidsestraat, Reguliersbreestraat, Vijzelstraat, Helligeweg, Nieuwendijk... y, sobre todas, la cinco veces centenaria Kalverstraat, cuajada de riquísimos comercios de perfumes, joyas, modas... ¡Cualquiera consigue evocar hoy en ella el antiguo mercado de termeras que le dió nombre! Paralela suya corre la Fleet Street de Amsterdam: la Nieuwezijds Voorburgwal. Muchas veces pudo asistir Isidoro a las representaciones que en la plaza del Dam—cerca de las calles citadas, en el centro urbano—suelen ofrecer las marionetas a la niñez durante todo el año.

Andar, recorrer toda la llamada «Venecia del Norte»... Su originalidad reside en su red de canales. ¿Quién la dispondría en círculos concéntricos: el ambicioso burgomaestre Oetgens, o Stats. o el ar-

quitecto municipal De Keyser? El escritor Hans G. Hoekstra se lo pregunta, sin hallar la respuesta. Pero fué en 1312 cuando se decidió el plano en media luna. Los burgueses poderosos se hicieron levantar sobre pilares sus moradas suntuosas sobre uno de los canales nuevamente construidos. La principalidad que hasta entonces ostentara el Keizersgracht pasó al Herengracht. Por la tarde, paseando lentamente, se admiran el Singel y el Prinsengracht, vías activas y laboriosas, a cielo abierto. «porque la Herengracht y la Keizersgracht siguen constituyendo el círculo cerrado de la dignidad, solemnidad y madurez de las grandes decisiones».

¡Qué lejos de España desde aquel café de la Rembrandtplein, en una de cuyas mesas escribía sus postales Isidoro! Pintorescos rincones los de Jordaan, Zeedijk y Waterlooplein. Al primero, palomos y pescadores de todas las edades lo pueblan. La Zeedijk, una gran calle central que señorea al puerto. Y Waterlooplein, heteróclito mercado de asombrosos recursos comerciales, muy parecido, sin duda, al londinense Coast Lane.

Para el ocio del muchacho, ansioso de conocimiento, fueron mágico y trascendental hallazgo los Museos principales: Rijksmuseum, o Rembrandt, y Stedelijk Museum, o Van Gogh. ¡Cuántas indescribibles cosas le dijeron al aprendiz de piloto las largas horas de los domingos, mientras sentado en los cómodos divanes contemplaba unas fronteras universales! A la salida, con paso sonámbulo, iba a depositar la tarjeta recién adquirida y escrita en los mismos Museos, en los buzones de los tranvías... Así, los Popos fueron recibiendo postales de «La Ronda Nocturna», del «Cuadro de los Síndicos», a más de multitud de autorretratos de Van Gogh.

Cuando los días eran claros, Isidoro sustituía los Museos por las estaciones ferroviarias—la del Amstel, con sus trenes a cien kilómetros por hora—y el aeropuerto—con sus aviones a cuatrocientos cincuenta kilómetros la hora—de Shiphof. Algunas tardes la comida solía hacerla en la Binnen Bantammerstraat, en los restaurantes chinos. Por lo regular, el huevo duro, el panecillo con mantequilla y el vaso de leche constituían su cena habitual. Y más cuando, cansado de recorrer Waterlooplein, tan diametralmente opuesto en sus olores y presencia a la de la proximidad de la Torre de la Moneda, se dejaba caer, los pies sobre el Singel, en uno de los muelles del canal de los marineros.

Hizo amistad con marineros, con muchachas que casi carecían de prejuicios, y comprendió la infranqueable barrera entre latinos y nórdicos. No obstante, con suma resolución, escribió a Santa Lucía una extensa carta, en la que anunciaba que pensaba quedarse a vivir en Amsterdam mucho tiempo. Más tarde se iría a Dinamarca, a Noruega... La Patria sería una olorosa flor de nostalgia. Isidoro no quería regresar a su casa. Saborearía por algún tiempo más el arenque preparado a la holandesa, bien rociado con la cerveza que los carros tirados por poderosos caballos llevaban a las tabernas de la Zeedijk. Los domingos, a misa, en la iglesia católica de San Nicolás, a costa, ¡ay!, de resistir el interminable sermón en holandés que—vuelto de espaldas al altar mayor—escuchaba el pueblo fiel de su animoso prelado.

Peter... Troya... Un chico sale de sí, fantasía por motor, y el mundo le deberá unas ruinas inmortales puestas a flor de tierra, o un mundo nuevo. El héroe se llamaba Aquiles, o era un marinero de Amsterdam. El soñador tuvo por nombre Heinrich Schliemann, o Isidoro Conesa. Resultado: ¡una apasionada fuga en busca del tiempo perdido!

Hermosos los tiempos perdidos, propios o ajenos. Navegar dulcemente entre las orillas estrechas, o dejar que los ojos vayan a su antojo por entre enormes navíos recién llegados de Indonesia. O asomarse a los canales desde las orillas vibrantes, para contemplarlos al atardecer, meciendo árboles, edificios; o reflejando la escandalosa iluminación de la casa Philips. Muchas veces se oía hablar español muy cerca: marineros levantinos, que traían los barcos de naranjas, o camareros, que estudiaban para poder hablar con sus clientes. Isidoro se aplicó, por su parte, al estudio del inglés, idioma que le pareció posible para entenderse con la gente del mar.

Las horas de trabajo transcurrieron pronto a diario, pues era joven y tenía buenos patronos. Alguien le instó para que adquiriera mayor cultura, y se inscribió en un Liceo nocturno donde se ha-

blaba español y que disponía de muy buena biblioteca española. Ganaba para vivir, para guardar, incluso. ¿Piloto?... No; ya no le atraía ser piloto. Un mundo confuso, desordenado, arrasó lo que le quedaba de adolescente. Cada vez acudía más a los Museos, se quedaba más horas absorto ante los cuadros; sobre todo de Van Gogh. Una muchacha rubia y alta, la hija de su mejor profesor de Amsterdam, un hispanista admirable, le enseñó a comprender al inmortal Vincent. Poco a poco, gracias al ademán suave, a la palabra exacta de Mariana, Isidoro fué sabiendo a qué atenerse en pintura holandesa. En un tiempo, el arte reflejó la vida interior de las casas; ahora, las casas reproducían los cuadros fiel, respetuosamente, hasta con perro y todo....

El mar, para el muchacho levantino, se transmutaba en pintura; su anchurosísimo aliento era ahora la inspiración que se abría camino en el alma informe; los azules de lejanías eran ya los azules marinos de Van Gogh; su rosa, sus amarillos brillantes, el colorido del cielo al amanecer. ¿No vivía él, tan oscuro muchacho del Sudeste español, en una de las habitaciones que pintara el propio maestro de Felmalle? ¿El interior holandés no había muerto en los cuadros! ¿O es que los cuadros regían la vida interior de Holanda? Poco a poco el joven aprendió a hablar de todo aquello que le turbaba. Con Mariana fué a Utrecht, a Den Haag, penetró en la intimidad de Amsterdam, y un día, alegre, resuelto, se instaló ante un caballete. Para empezar a pintar todo lo que vieran sus ojos.

Santa Lucía, Cartagena... Un avión de los que arrancaban incesantemente de Siphol conectaba Amsterdam con Madrid en cinco horas, parando a almorzar en Francfort, sobrevolando Suiza, tomando café en Niza, cuyo sol fundía en un segundo el frío del viaje. Isidoro no tomaría aún semejante avión; no tenía prisas para volverse a sus lares. Prefería alternar su trabajo de cargador, de escribiente, de apoderado de mercancías en un muelle del Amstel, con aquella súbita delicia de pintar, de pintar muy despacio, saboreando los colores, gustándolos en sus átomos infinitesimales, en las claras horas silentes de los días festivos. Con Mariana al lado.

A veces la inspiración nace con la criatura y apenas ésta tiene uso de razón sabe a qué atenerse con respecto a su vocación vital. Pero otras, como en el caso de Isidoro Conesa, todo su espíritu vibraba estremecido por nunca sabía qué corrientes de elevadísimo voltaje; iba a ciegas por la tierra, cargado de adolescencia, sin saber a dónde encaminarse para saber, por fin, a dónde iría. Fué necesario un brusco cambio de luz, de clima, de situación humana, que la gama fría de los colores nórdicos apaciguara el hervor crepitante del nacido a plena luz violenta española. Y suavemente, como quien revela un secreto delicadísimo, Amsterdam fué depositando en los ojos del que comenzaba a ver todos los misterios del color, la fragilísima y turbadora arquitectura de la línea...



quien escriba mi nombre, Fulgencio Jorquera, en un sitio tan lejano.

—Descuida, que la tendrás.

La Unión, Santa Lucía, Cartagena, Amsterdam...
 ¡No hay como ser joven, no hay como ser viejo para soñar y desear los sueños!

III

En la calle de Koninginneweg vivía ahora Isidoro Conesa. Su instalación databa de la última liquidación de la finca comercial a que servía de apoderado cerca de los abastecedores, y que fué pingüe en beneficios para él. En uno de los hoteles de tres y cuatro plantas que son la vivienda habitual de las familias holandesas de los barrios clásicos de Amsternam encontró acomodo. Toda una planta, la última, era para él. Desde ella veía el cielo nubosísimo y oía el permanente trepidar de los aviones que venían a Siphol. Sus tres habitaciones—dormitorio, guardarropa y estudio, pues el servicio, somero, estaba en la escalera de cada planta—se las arreglaba la propia dueña de la casa. Comía fuera, cerca del almacén, y por la noche cenaba—al revés que los holandeses—fiambres y té. La vida se le había ido suavizando, por fuera y por dentro, gracias a la admirable capacidad de hospitalidad y de inteligente ayuda que prestan los holandeses a sus huéspedes; pausadamente, un método, una disciplina exterior corregía el vehemente interior del muchacho de Santa Lucía. La lluvia tenaz, el frío, lo desapacible del clima empujan al hogar. Hay que pasar muchas horas encerrado, estudiando, pintando. A veces Mariana iba a hacerle compañía; preparaba café, cocinaba en un hornillito eléctrico y comían juntos, charlando felices.

El pincel había recorrido mucho lienzo, esto es, mucho camino ya. Horas de estudio ante los inmortales cuadros de los maestros, en aquellas salas que eran auténticas capillas para adorar a Dios; horas de ensayo sobre las telas que iban recogiendo su aprendizaje, y la meditación, la agu-

- ¿Carta del muchacho, abuelo Popo?
- ¡Ca! Una tarjeta.
- ¿Qué representa?
- Aquí detrás lo pone: cuadro de «Los sindicatos».
- ¿Se quedará en Holanda para siempre?
- ¡Cualquiera sabe! Gana dinero, estudia, habla de cosas raras...
- El zagal siempre tuvo idea; aún me parece estarlo viendo sentado encima de esos rollos de maroma la noche que contó aquel vagabundo su cuento de las ánimas del Purgatorio...
- Desde entonces se trastornó con los viajes; se enloqueció por culpa del holandés aquel que trabajaba en el muelle...
- ¡Toma, pues es verdad! ¿Se iría allá por eso?
- Seguro que sí. Los chiquillos tienen mucha fantasía.
- ¡Eso sí que es verdad!
- Los viejos seguían fumando, mirándose, recordando la fantasía (¡tan marchita!) de sus remotas infancias.
- Cuando le escribáis a Isidoro, dadle memorias mías.
- Se hará.
- Y a ver si me manda una postalica de esas a mi también.
- ¡Hombre! ¿Tú para qué la quieres, Pencho?
- Pues mira, para nada; por el gusto de que al-

dizada percepción de los valores plásticos y luminosos de aquel mundo.

—Cuando hay mucha luz no se ve—afirmaba Mariana.

Lo cual es verdad. Por eso allí, que había tan poca luz, se veía tanto en los cuadros.

Cuando Isidoro se puso a pintar lo que llevaba dentro, Mariana se asombró:

—Esto no lo has visto aquí, Isidoro. ¿De dónde es esto?

—¿Pero no te acuerdas del paseo que hicimos la semana pasada en Den Haag? Es la playa.

—¿Scheweningen? ¡Ca!

—Sí, criatura, sí; allá, al final, donde levantan esos bloques de casas funcionales...

Mariana contemplaba aquellas manchas violentas, contrastadas, que eran cielo y mar; los cascos fugitivos de barcas, resbalando apenas entre dos tonalidades calientes, y una bruma fuliginosa que planeaba sobre la tela...

—No, Isidoro; esto no es Holanda—decía dulcemente.

No era Holanda, naturalmente; porque una personalidad largamente contenida irrumpía en el propio muchacho, lo utilizaba para obligarle a pintar sus memorias visuales a despecho y sobre el paisaje que le rodeaba ahora. Es curioso lo que suele hacer el pasado en algunos artistas: se les asoma, estilizándose, disfrazándose de algo que se parece al presente, pero con una sublimación de sí mismo tan enorme, que vence al presente haciéndose creación. Tal el caso, además, de un gran escultor levantino, cuya modelo fué siempre su propia mujer. Muerta ésta, él se dedicó a copiar de otras modelos, a trabajar delante de otros cuerpos nuevos. El resultado fué que las piedras, los barro, eran más la modelo difunta que nunca. Aunque con un sello especial: lo modelado hoy conservaba, indeleble, la imagen primitiva grabada en el alma del escultor, pero difuminada, distante; como bajo velos impalpables y ciertos... Es decir, accedía a volver a su pose habitual ante el marido desde las sombras de la muerte y sin descolgárselas del cuerpo. Por eso las nuevas obras fueron calificadas de prodigiosa conquista técnica y espiritual por su «deshumanización», por su alivio de «materia» ¡Como que la modelo, astral ya, dictaba su perennidad a través del bloque de la muerte!

Isidoro pintaba Levante sobre la playa de Den Haag. Los pescadores, los marineros que sacaban la cabeza en sus telas tenían el color de los mediterráneos broncos, la palpación del Sudeste español en los ojos. Si alguna vez acertó a pintar una criatura de ojos azules, cabellos de lino y cebeleta figura daba la sensación de que estaba allí retenida a su pesar, ansiando libertarse del fondo denso, candante en que el pintor la colocaba.

—Tú no miras para afuera; tú piensas con los ojos hacia adentro, Isidoro.

El se acojonaba creyéndose incapacitado para pintarlo todo porque ignoraba el tremendo lastre o la maravillosa cantera que es una adolescencia cargada de vitales jugos, bebiéndose todo en torno suyo, arrasando naciones de vida circundante.

—¡Pero si creo que copio lo que tengo delante de los ojos!

Lo que tenía delante de los ojos era su propia existencia, el conglomerado de imágenes de Santa Lucía, de los muelles de minerales y de barcas pesqueras. En vano, como no fuera para definir más nítidamente los contornos de lo conocido, venían las imágenes nuevas; resbalaban los volúmenes, se arquitecturaban los sólidos.

¡Qué gloriosamente permitía la luz gris que destacaran el puro rosa, el paladeante amarillo, el

terciopelo del verde; y qué bueno era todo para extraer, arriante, un púrpura de Poniente!

Había que sacarse del alma la última gota de color, quedarse limpio, deshabitado, blanco, para que las cosas actuales hallaran su acomodo suave, su posibilidad de permanencia y de nacimiento a través de Isidoro.

Pidió una temporada de permiso y se puso a pintar con furia unos cuadros que ni él mismo sabía qué buscaban, qué se obstinaban en ser. Hizo de todo: bodegones portuarios: navaja, ancla, vaso de vino, mano crispada...; bodegones inocentes: pan y fruta, peces y aves; amasijos de flores, almendros y jazmines, clavetes y fuscias; composiciones de interior, retratos... Cuando hubo amontonado los bastidores, saturado sus lienzos, hasta no poderse revolver en el estudio, creyó que estaba liberado de su demonio levantino.

—¡Me lo he sacado todo, Mariana; no me he dejado ni una imagen vieja dentro! ¡Estoy vacío, vacío de toda mi tierra!

Anduvo ella preocupada hasta que un crítico belga, en contacto ininterrumpido con París, accedió a considerar la obra de Isidoro. Sin que éste lo supiera, mientras trabajaba de nuevo en su empleo, le llevó al pisito de la Koninginnaweg para mostrarle los cuadros lentamente...

—¿Ha pintado todo esto aquí, dice usted?

—En esta misma habitación.

—¡Si hay de todo: mar, ciudad, tabernas, campos...! Pero esto no es Holanda.

—No; es España, su tierra. El necesitaba liberarse de ella y dice que se la ha sacado ya.

—Es posible. Estos cuadros son impresionantes, enseñan la lucha feroz del hombre con su mundo interior,

—¿Le gustan...; son buenos, verdad?

—Necesito hablar con el pintor y ponernos de acuerdo para organizarle una Exposición en París.

Mariana le abrazó, le estrujó; se puso a bailar entre los cuadros de Isidoro, como si ella también fueran una criatura que él se hubiera sacado del pecho.

—¡Llámenme mañana por la mañana. Pasado me iré a París y podría llevarme ya su conformidad para iniciar gestiones. Y algún cuadro pequeño.

—¡Oh, sí, sí! Mañana mismo.

Cuando el crítico, complacido de su hallazgo, se fué, Mariana se sentó en el suelo entre los cuadros. Para verlos otra vez, como si los fuera a conocer ahora.

De todos ellos subía una incesante oleada de pasión, un calor que enrojecía de felicidad. Isidoro había luchado consigo mismo para obtenerlos resuelto, desesperado incluso; para arrancarse el que había sido y dejar libre el sitio al que podía ser. ¡Y quién sabría nunca cuál de los dos, si el aquél o el futuro, valdría más para la cultura!

Acarició con un dedo frío, tembloroso, aquel pedazo de cielo que estaba cayéndose a un mar que se lo merecía... ¡España, país donde la luz es esa cosa latigante, acuciadora; donde los hombres luchan solos por encontrar su ángel! País de hombres extraños, ebrios de vida y enamorados de la muerte. España, para sufrir, amar, sentirse arrabado, perseguido, odiado, calumniado, ensalzado cuando se muere... País del rojo y del negro, de la tarde amarilla y de la noche inescrutable. País donde se ama, a pesar de uno mismo.

El dedo de Mariana se posaba en la navaja abierta del bodegón de Isidoro. Por su filo, por sus cachas... España, te quiero.

—¿Cómo tú tan temprano, Mariana?

Mariana sonreía, azul y blanca, sonrosada, en el umbral del estudio.

LA ACTUALIDAD NACIONAL Y EXTRANJERA DEL MUNDO ARTÍSTICO Y LITERARIO LA ENCONTRARA EN LAS PAGINAS DE

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Lea usted este interesante semanario. PRECIO: 3 PESETAS

—Quiero acompañarte esta mañana. Anoche, después de ir a casa de M. Haulot, no convinimos nada para hoy; pero yo quiero que lo pasemos juntos.

—Voy a coger mi abrigo. Vámonos.

Isidoro supo la noche antes la visita del crítico y su reacción positiva; inmediatamente se fué a verle para llevarle dos cuadros, pequeños y ásperos que apretaban una alpenra de ternura...

—Se los regalo, señor. Son dos cosas que quiero mucho: un rincón de la tienda de mi abuelo y lo que se ve desde su puerta.

Ahora, esperando el tranvía que los dejaría en Mountplein, pensaba en París.

—Oye, Mariana, ¿en qué calle será la Exposición?

—En la rue Saint Honoré, en una sala nueva.

—Es un buen sitio, ¿verdad?

—Ya lo creo. Debes estar muy contento.

En el tranvía, separados, se lanzaban miradas de gozosa inteligencia. Se hallaban al principio de una gran aventura, de un mundo de posibilidades maravillosas. París es más grande que Amsterdam, una ciudad bella y alegre; triunfar allí era hacerlo sobre toda Europa.

—¿Qué pensabas en el tranvía, Isidoro? ¿Tenías unos ojos como platos!

—¿Tú conoces París?

Mariana dijo que sí, esquivando el veloz arranque de los coches. Cuando se hallaron seguros, caminando a la derecha del canal, se lo fué contando a Isidoro.

—Hace tres años que fui con un grupo de estudiantes de la Universidad. Estuvimos quince días viendo museos, bibliotecas, salas de arte... Me hubiera querido quedar allí sola una temporada larga. Pero, claro, no me dejó mi madre.

—¿Por qué?

—Tenía miedo de que me volviera tan presumida como las francesas, y tan elegante.

—¿Eso es malo?

—Para los holandeses, sí. Si ellos ven que una mujer se viste cuidadosamente temen que no preste atención a su casa y que además cueste mucho dinero a su marido.

—¿Por eso van tan mal arregladas aquí las mujeres?

—Y porque como lo hacen todo en casa... No hay criadas, ya lo sabes.

—No es una razón para descuidar la belleza.

—Así pienso yo.

Se reían felices. Isidoro se detuvo para verla caminar delante de él.

—Cuando vayamos a París—aseguró—te comprare vestidos preciosos, zapatos, sombreros, perfumes.

—Sí, sí; aunque nos quedemos sin comer.

Cogidos del brazo, cantando, avanzaban por el costado del agua. Frente a ellos se erguía la masa plomiza del Waag. Más allá...

—En esa calle comía yo antes mis buenas *lampias*.

—Con los chinos. Yo también.

Era agradable caminar por la cálida mañana; casi no encontraban gente por allí. En algún trocito más íntimo del canal pescaba un hombre, o en los escalones de las casas soñaban un niño y un perro. El agua, inmóvil, retenía un pálido sol sin bríos.

—Está lejos San Nicolás. ¿No te cansas?

—Queda poco ya, Mariana. Y—le preguntó inesperadamente—, ¿cómo vienes tú hoy a esta iglesia, si no eres católica?

—Eso no importa; ya he venido otras veces—vacilaba al hablar—. Tengo un gran problema espiritual, ¿sabes, Isidoro? Ninguno en mi casa es creyente; mi padre nos deja en libertad absoluta. Pero yo no hablo con nadie de mis ideas, pues creo que no me entenderían. Tengo inquietud. Quisiera creer. Me gustaría ser católica como tú.

El muchacho retenía el paso, oyéndola. Realmente le costaba trabajo darse cuenta exacta del problema que enunciaba Mariana. El, como español, no lo tuvo nunca. Nació, creció y vivía dentro de una fe irrefragable...

—¿Qué piensas de todo esto, Isidoro?

—No lo sé, Mariana; no estoy acostumbrado a pensar en estas cosas.

—Es que a mí me haría mucho bien que me ayudaras a resolverlo.

—¿Hoy?

Mariana hizo un gesto triste.

—No, hombre; hoy, no. Pero...

Se detuvieron antes de cruzar la calle y entrar en el templo.

—¿Has consultado con alguien?

—No.

—¿Qué sabes, pues, del catolicismo?

—Históricamente, todo. Es una gran religión la tuya. Aunque no fuera más que por cultura, yo quisiera haber nacido católica.

—Yo, ¿lo comprendes?, he nacido así, lo soy de siempre y no sé cómo hablarte de eso. Lo lamento, Mariana. ¿Por qué no hablas con un religioso?

—Quiero ir a España.

—Lo sé. Antes medítalo, entérate de todo—puso sus manos sobre los hombros de la joven—, y cuándo vengas te bautizas allí, en mi misma iglesia.

—¿Cómo me gustaría Isidoro!

Nuevamente cogidos del brazo entraron a la iglesia. Con voz muy baja le deslizó él en el oído:

—Ahora será, tú la que te enteres del sermón hija mía.

Como de costumbre, después del Evangelio, el sacerdote abandonó el altar para subirse al púlpito y hablar a los fieles, vueltos hacia él. Isidoro se puso a observar a aquellos fieles, dormidos algunos, y tuvo gran ocupación echando monedas en los varios capachos que le ponían delante. Pagó los asientos, dió para el culto, para los pobres y para otras pias intenciones. ¿Qué sacaría Mariana de su atenta escucha? Una vez ella le dió al oído:

—Había de los resentimientos que ha dejado la guerra en los corazones. Dice que se debe olvidar, perdonar y amar mucho.

Amar. Isidoro se conmovió al oír semejante exhortación en una lengua tan extraña.

—¿Yo te amo, Mariana!—susurró.

Firme la mano de la joven apretó la suya. Bajaba ya el sacerdote del púlpito—sólo veinte minutos de sermón—, y se disponía a consagrar. Una música suave, voces de niebla se alzaron como humareda de incienso para el Señor.

¡Gran nacionalidad del mundo, el catolicismo puro! Lo dió allí, cuando los visigodos regían a España, un egrejo paisano del joven pintor: «Un cristiano es ciudadano de todas partes; adonde quiera que vaya encuentra a sus hermanos.»

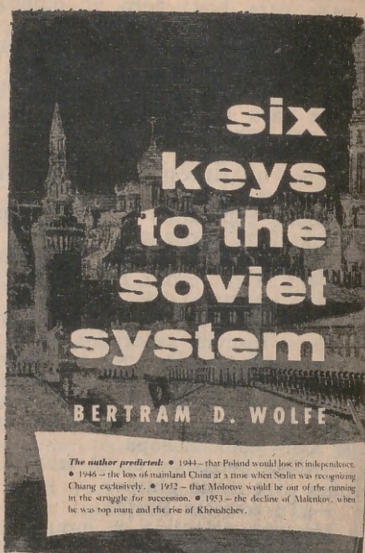
Carmen CONDE



EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

SEIS CLAVES PARA EL SISTEMA SOVIETICO

Por **BERTRAM D. WOLFE**



EL número de libros norteamericanos sobre el comunismo es verdaderamente extraordinario, y nuestra sección ha reflejado con bastante elocuencia esta preocupación de los medios académicos y periodísticos estadounidenses, dando cabida en sus páginas a un considerable número de las más representativas de estas obras. Hoy incluimos otro ejemplo más al resumir «Six keys to the Soviet system», de Wolfe, uno de los autores que goza de mayor autoridad en cuestiones soviéticas en los Estados Unidos.

«Six keys to the Soviet system» es, indiscutiblemente, un libro lleno de interés para todo el que desee conocer el comunismo en su realización concreta del actual sistema político ruso. El capítulo dedicado a la vida cultural en la U. R. S. S. es quizá el mejor e incluso el más trabajado, ya que es la parte donde logra ver las cosas desde más altura, superando las incidencias de la pugna material que opone a su país con Rusia, y viendo así al comunismo desde sus inaceptables raíces ideológicas, aspecto relativamente descuidado por muchos norteamericanos, que sólo ven en el bolchevismo sus apariencias de violencia, oponiendo estos hechos a las facilidades, de tipo material de que gozan los Estados Unidos, lo cual es plantear todo este problema desde un punto de vista harto peligroso y muy difícil de ser aceptado por un polemista exigente.

WOLFE (Bertram D.): «Six keys to the Soviet system».—Beacon Press.—Boston.

HACIA seis horas y diez minutos que José Stalin había muerto, cuando se alzó la bandera del Kremlin a media asta y la radio anunció que el dictador había dejado de existir. En una edad en la que todo se sabe con intervalos de segundos, resulta extraño este retraso. No menos extraño resultaban los comunicados oficiales de su última enfermedad: «Los mejores médicos han sido convocados para cuidar al camarada Stalin...; el tratamiento está bajo la dirección del ministro de Sanidad...; el Comité Central del partido y el Gobierno soviético ejercen una continua supervisión».

LA LUCHA POR EL PODER

Nueve médicos se vigilaban el uno al otro. El ministro de Sanidad vigilaba a los doctores y el Comité Central y el Gobierno soviético vigilaban al ministro. Y todo esto, además, se hacía público. ¿Quién duda que las leyes de la vida y de la muerte son algo diferentes tras las murallas del Kremlin?

Poco antes de la medianoche que se comunicase la noticia, los jefes del partido, reunidos en sesión permanente, llegaron a la conclusión de que lo más urgente era asegurar la dirección del país, manteniendo la más estricta disciplina, con el fin

de evitar así cualquier género de «desorden o pánico».

La palabra «pánico», escapada de los labios de los dirigentes del Gobierno más poderoso del mundo, traicionaba el temor que albergaban sus corazones. Temían al pueblo que aplastaban temían al mundo exterior que planeaban conquistar y se temían los unos a los otros.

El Gobierno soviético no es un Gobierno de «soviets», en auténtico sentido de esta palabra. Hace ya mucho tiempo que el pueblo ha cesado de elegir a sus representantes. Treinta años de poder personal había forjado todo un tinglado cuya estructura era manifiesta. Y clara. El jefe controla al Politburó, el Politburó controla al Comité Central y el Comité Central al partido. Y éste a su vez controla el imponente aparato de la Policía, del Ejército, la burocracia, la Prensa, la radio, la enseñanza, las construcciones, las fábricas, los sindicatos, las Artes, las Ciencias; en resumen, cualquier actividad humana en la que podamos pensar.

Los poderes auténticos que podían intervenir en la lucha por la sucesión del Poder eran tres: la maquinaria del partido, la Policía secreta y las fuerzas armadas. Potencialmente existían otros: la mayor parte de ellos en estado de formación: un «esprit de corps» entre la burocracia estatal, por ejemplo, o entre los industriales y los técnicos, pero todos ellos no eran más que embrionarios.

Hay que decir que los tres poderes reales no eran cosas mecánicas, sino vivientes organismos, con centenares de millares de miembros e incluso de millones. Estas fuerzas pueden ser observadas como maniobreras en una lucha movida, pero lo corriente es que lleguen entre ellas a un compromiso que les lleve a una combinación de sus posibilidades.

El aceptar al partido lleva asociado el pensar en unas tradiciones, en un programa, en un presente, un pasado y en un futuro. Algo parecido ocurre con el Ejército y la Policía. Buscando nuevas fuerzas para una alianza en la lucha por el Poder, se podrían descubrir algunas otras: los moribundos sindicatos, las regiones y las nacionalidades, los miembros de los partidos locales, el inicial «esprit de corps» de los funcionarios y técnicos, los kolkhoses, las fábricas. Pero nunca se conseguiría con ellas reemplazar al carismático jefe, que de una u otra forma es inseparable de la dirección comunista.

Las oportunidades que algunos creyeron vislumbrar con la muerte de Stalin han quedado completamente descartadas. Los hombres que gobiernan hoy la Unión Soviética son epígonos suyos. Detentan su poder por una sucesión apostólica, son discípulos de Lenin y camaradas de Stalin. La estructura y la dinámica de su Gobierno está dictada por la misma filosofía. El Gobierno continúa bajo los mismos patrones totalitarios.

En resumen, los «nuevos hombres» que han sucedido a Stalin no son tan nuevos para un atento observador, porque ellos son también stalinianos. Un examen de la supuesta «nueva línea» reconoce que tiene mucho de la antigua, tanto más cuanto que los hombres que la patrocinan colaboraron con Stalin, lo cual no lo pueden justificar con sus

afirmaciones de que no podían hacer otra cosa. Una vez muerto han sido capaces de rectificar algunos de sus más pequeños errores, los que ponían en peligro su prestigio o los que eran consecuencia de la ceguera de su antiguo jefe, pero todo su programa político, desde la «coexistencia pacífica» hasta la utilización de las tierras vírgenes, está de acuerdo con los planes de Stalin y con las consignas dadas por él. Lo que hacen es poner valores aritméticos a las fórmulas algebraicas plasmadas ya en el XIX Congreso del partido y en el llamado testamento de Stalin: «Problemas económicos del socialismo en la U. R. S. S.». Lo que hay de nuevo en todo esto es el ímpetu de gentes más jóvenes y de una mayor flexibilidad en la maniobra. Pero todo esto no impide que manifiestamente continúen su propia guerra «la revolución desde arriba» y la guerra por la dominación del mundo.

LA REVISION DE LA HISTORIA

El espíritu humano es inesperado y errante. Parece natural que los amos del comunismo totalitario no tuviesen que preocuparse del curso de los astros de las dimensiones del universo y de la medida de las notas musicales, pero lo cierto es que ellos temen y detestan el que no puedan comprender todo esto de una manera absoluta y el conseguir un completo control de las mismas. En 1937, «Pravda» e «Izvestia» hablaban de «actividades saboteadoras y desviacionistas» entre los astrónomos. Y en repetidas ocasiones los compositores de música han sido acusados de una búsqueda degenerada y parcial por la novedad, mostrando un espíritu «formalista burgués y cosmopolita», etc. La crítica principal del Kremlin se comporta partiendo del principio que el Poder conoce cómo y qué debe crear el compositor.

La teoría de que el poder total facilita un conocimiento completo llevó a Stalin y a sus sucesores a intervenir en todos los campos de la cultura y del pensamiento. Esta «Gleichaltung» o coordinación de la cultura, de acuerdo con las directrices y los propósitos de los hombres que mantienen el poder del Estado, puede analizarse sobre cuatro claves culturales representativas: la historia, la ciencia, la educación y las artes.

Llamamos a estos campos claves de la cultura porque los consideramos como aspectos esenciales de la Humanidad. Por su misma humanidad, el hombre trata de dar claridad y consistencia a todo lo que siente y puede determinar su propio pasado, a lo que entienden sobre el mundo que le rodea, a lo que les permite penetrar y dominar en el mundo de la naturaleza, de la sociedad y de su propia naturaleza. Y porque es humano, nace más irreflexo que los insectos. Ninguna otra criatura tiene una infancia tan larga ni tan desvalida, siendo precisamente la educación la que le permite vivir en el mundo y defenderse por sí mismo.

Otros animales poseen la belleza natural; pero el hombre crea su propia belleza, da forma a su espíritu y el impacto del universo sobre él origina las obras de arte. Ningún tirano del pasado pretendió poseer la omnisciencia. Ahora bien, el totalitarismo comunista nos ha dado una nueva dimensión de la tiranía.

Las indiscutibles libertades del espíritu chocan con los requerimientos ilimitados del sistema soviético. El primer esfuerzo del sistema soviético por controlar total y completamente el presente y el futuro ha sido precisamente el de dominar la Historia, lo que le ha obligado a escribirla una y otra vez de manera distinta.

Durante más de dos décadas la historiografía soviética ha vivido una continua y permanente crisis. Las historias se suceden unas a las otras como si fueran consumidas por un gigantesco incendio. Los historiadores aparecen, desaparecen y vuelven a aparecer; éstos, los más afortunados que otros, desaparecen sin dejar rastro.

En sus principios, la historia del partido estaba sometida a rígidos patrones. Todos los acontecimientos históricos tenían una interpretación determinada y obligatoria. Al poco tiempo las orientaciones cambiaron y hubo que modificar la historia. Ocurría muy a menudo que los personajes centrales de un acontecimiento desaparecían repentinamente y parecía que no habían existido nunca. Así, la historia de la guerra civil soviética tuvo que ser redactada de nuevo como si nunca hubiese existido un comisario de Guerra llamado León Trotsky. Se ha llegado a casos en los que

se habla de un informe de un determinado autor, sin mencionar el nombre de éste.

Actualmente el pueblo de los balkarios ha desaparecido del volumen B de la nueva edición de la «Gran Enciclopedia». Los alemanes del Volga no son ya un pueblo y los tártaros de Crimea, expulsados de su secular tierra a las regiones árticas, han visto los nombres locales de sus antiguas ciudades borrados del mapa y también han visto desaparecer su papel histórico en la península de Crimea hasta el punto de convertirse en una masa anónima.

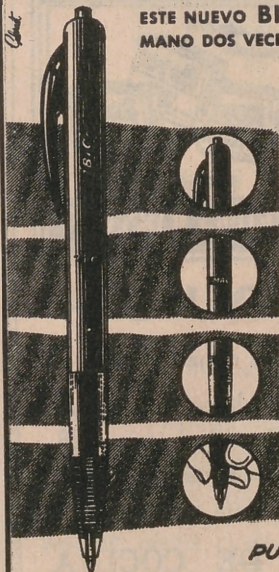
Se necesitarían muchos volúmenes para dar un relato exacto de esta continua modificación de la Historia. La Historia se ha convertido en un arma de propaganda, cuya función esencial es la justificación de la cambiante política del Gobierno de la Unión Soviética, justificándose estos cambios por referencias a «hechos» y «documentos» del pasado. La inclinación a hacer de cada cambio de las relaciones exteriores o de la política interior un hecho retroactivo-históricamente, sirve como un espejo deformador en el que el observador puede ver aumentada cualquier variación política.

La gran operación de comenzar de nuevo a escribir la Historia se inició con la desvirtuación staliniana de sus políticos contemporáneos y de su historia personal, así como con la invención de un nuevo pasado, que justificaba cualquier nueva orientación. La operación tenía que buscar las raíces en la historia de la vieja Rusia.

Para ensanchar los poderes del dictador y fomentar el culto de su infalibilidad y grandeza había que identificarle con los zares más poderosos política y militarmente. Para «justificar» las ambiciones mundiales y «demostrar» el inevitable triunfo del régimen totalitario, había que buscar antecedentes en el pasado. Esto implicaba una rápida revisión histórica de una serie de interpretaciones hasta ahora aceptadas. En la nueva historiografía se produjo un desconcertante cambio del papel de los historiadores. En la época pretotalitaria o en el mundo libre, los hombres hacían la Historia lo mejor que podían y luego los historiadores pensaban sobre lo que ellos habían hecho,

“Montado sobre amortiguadores”

ESTE NUEVO BIC HACE SU MANO DOS VECES MAS AGIL



HAGA VD. LA PRUEBA

Presione sobre la punta y notará que retrocede como el amortiguador de un automóvil.

Esta ventaja permite perfilar los trazos y escribir intensamente sin la menor fatiga.

- 1.º **¡Retraete!** Un sencillo mecanismo movido por palancas hace innecesario el capuchón.
- 2.º **¡Siempre limpio!** La tinta IMAC empleada en este modelo no puede derramarse ya que se coagula al aire. No mancha, se seca instantáneamente. Es ideal para uso en Administraciones Públicas, Bancos y Escuelas.
- 3.º **¡De una sola pieza!** Sin recambio. ¡Para que recargarlo si por el mismo precio se puede comprar otro!
- 4.º **¡Más práctica!** Nivel de tinta visible. Bien sujeto en la mano por su parte estriada.

PUNTA **BIC**

solo cuesta
9 pesetas

ATENCIÓN: ¡Todo lo que corre sobre bola no es BIC! Sólo la VERDADERA Punta BIC le garantiza una fabricación de alta precisión, un control irrefragable, un funcionamiento regular. Observe bien antes de comprar si tiene la marca de garantía BIC.

FÁBRICA LAFOREST S.A. MAESTRO FALLA, 19 - TEL. 39 49 68 - BARCELONA

tratando de descubrir el real sentido de todo. Ahora bien, los nuevos gobernantes «saben lo que hacen». Poseen su ideología y creen tener atributos carismáticos, así como que disponen de la clave del futuro.

El comunismo comienza por ser su propio historiador. Es un movimiento que antes de tomar el Poder estipula ya la total ruptura con el pasado. Rechaza la idea de un desarrollo orgánico. Los jefes del totalitarismo comunista son esencialmente autodidactas, por lo que desprecian en lo más íntimo de su ser a la Historia. Son unos hombres seguros e inmovibles, en los que no hay cabida para la contingencia, la incertidumbre, el intento, ni tampoco la humildad ante la inmensidad de lo desconocido. Son lo que Burckhardt habría calificado de «terribles simplificadores», monistas que no toleran el pluralismo ni en la teoría ni en la vida. Antes de estar en el Poder ignoran los documentos; después, cuando gobiernan, queman los que puedan estar en contra de su devastadora ideología o ponen en duda la autenticidad de aquellos que les perjudica. Se ven obligados a destruir cualquier cosa que pueda comprometerles en lo más mínimo.

El totalitarismo comunista es mórbidamente desconfiado de la más remota analogía. El convencimiento del retraso ruso en 1917, lo que, por otra parte, desde el punto de vista marxista, le hacía inadecuado para la revolución socialista, y la enfermiza consciencia del retraso ruso actual en muchas esferas, obliga hoy al historiador soviético a revisar la historia de las tribus de la estepa y sus imperfecciones en relación con Bizancio, a hacer a Tadjikia más avanzada que la antigua Persia y al Kazakhtan superior a Arabia y Turquía. Los historiadores soviéticos luchan a brazo partido por hacer desaparecer de la memoria las viejas crónicas eslavas que relatan cómo los eslavos de Kiev pidieron a Norsemen que viniera a gobernarles.

La visión del totalitarismo soviético presupone que cualquier acontecimiento, cualquier interpretación, cualquier personaje simbólico o acto, cualquier pensamiento o institución, cualquier elemento del sistema social, por remoto o distante que

esté, tiene sus implicaciones sobre la sociedad en su totalidad y sobre la ideología que la domina.

La ideología satura la vida y toda la política, todas las instituciones y todos los sentimientos, tienen que ser «nacionalizados» o, lo que es más importante, estilizados para conformarse con el estilo absorbente que caracteriza al régimen.

Un historiador soviético dijo que «Stalin había extendido los límites de la historia soviética de mil quinientos a dos mil años». Los últimos libros de texto comunistas afirman que «la historia de la U. R. S. S.» alcanza hasta los oscuros orígenes de los eslavos en los Balcanes, pasando por las relaciones de aquéllos con Bizancio, por los reinos Transcaucásicos, por el hecho de que el Tigris y el Eufrates naciesen en las laderas del Cáucaso, por la historia de los pueblos mongoles de Asia Central, por el pasado de los Yakutos y sus relaciones con la prehistoria y la Edad de Bronce china, y en fin, en ella se recogen las hazañas de los conquistadores rusos en California, el Antártico y las restantes partes del mundo.

De este modo, el totalitarismo, que comienza por estar seguro de su futuro, en cuyo nombre declara la guerra a todas las condiciones existentes del presente, termina por ser beligerante con todo el pasado. Ahora bien: este pasado configura y determina el presente, reflejándose sus elementos buenos o supuestamente buenos en la obra gubernamental.

La Historia puede facilitar débiles orientaciones para iluminar las nieblas del presente y la oscuridad del futuro; pero sin un sentido de la Historia, el hombre no puede dar ni un sólo paso hacia adelante. Esto es por lo que el héroe de la novela de Orwell «1948» temía haberse vuelto loco, cuando todos los signos objetivos por los que él se orientaba comenzaron a desaparecer o a cambiar de las posiciones previstas.

LA ESENCIA DEL TOTALITARISMO COMUNISTA

Un análisis del sistema soviético tiene que originar un libro inquietante. Ahora bien: entre inquietante y desesperado hay una considerable diferencia. Nos desesperaríamos si el sistema soviético no fuera tan directamente contra la esencia de los instintos y actitudes que consideramos como humano y que forman lo que llamamos la «naturaleza humana» y nuestra inquietud, además, puede ayudarnos, poniéndonos en guardia en este período que media entre 1956 y 1984, caracterizado por el hombre sometido a un programa, pero todavía rebelde al totalitarismo comunista actual y el «robot» condicionado del mundo de George Orwell, en el que todo esta planeado para convertirle en un ciudadano soviético. Por todo ello, creemos estar en lo cierto de que el conflicto actual no se produce entre los Estados Unidos y la U. R. S. S. o entre el mundo libre y el mundo esclavo, sino entre la naturaleza de los hombres, cualesquiera que sea su credo y cultura y una forma de gobierno que les priva de su humanidad.

Teniendo en cuenta esto, preparé un breve memorándum para que fuese considerado por los organismos y dirigentes políticos del Gobierno americano. Cuando así lo hice, era el principal consejero ideológico de la «Voz de América». De este modo mis sugerencias no eran sólo las observaciones de un técnico en cuestiones soviéticas, sino un instrumento para mis obligaciones prescritas. La mayor parte de las propuestas de este memorándum no fueron desgraciadamente aceptadas y si se aceptaron no se incorporaron de una manera sistemática a las tareas del Gobierno. Todas estas sugerencias no constituyen un secreto para el estudiante de la persuasión, ni para los miembros de la comunidad, que han sentido interés por mi libro. Por ello las incluyo en el mismo como compendio de todo cuanto en él se diga.

RECETARIO DE COCINA

POSTRES
COMIDAS
BEBIDAS
ANDES
POSTRES
COMIDAS
POSTRES
SALSAS
COMIDAS
POSTRES



Siga su ejemplo, adapte
esta receta

PUDINES Royal

RIERA MARSA S. A.

OBSEQUIO

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMER, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando seis pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA
de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

**INDUSTRIAS RIERA
MARSA, S. A.**

Primera empresa nacional de la alimentación

La revolución rusa tiene ya un tercio de siglo. En el curso de este periodo todas sus promesas originales se han concretado en cosas completamente opuestas. Se prometió tierra a los campesinos y se les ha quitado la que poseían durante los zares, sumiéndoles en una nueva servidumbre. Se les prometió paz y viven en un estado de guerra interminable para todos los ciudadanos (guerra de nervios, guerra de propaganda, guerra física de campos de concentración, depuraciones, una bala en la base del cráneo) y una guerra interminable con todos los vecinos.

Se les prometió una producción basada en bienes de consumo y se ha creado una producción por la producción, una producción de la industria pesada y del supremo interés estatal.

Se les prometió abundancia y se les ha producido una escasez perpetua. El paraíso de los obreros se ha convertido en un campo de concentración tras unas alambradas. Se les prometió libertad y se han abolido todas las libertades.

Se alzó la bandera de la autodeterminación y del antiimperialismo, pero se ha producido el imperialismo más agresivo que conoce la Historia, se han aplastado todas las autonomías nacionales y la independencia de toda una serie de naciones anteriormente libres.

La revolución de 1917 se ha convertido en una contrarrevolución completa hasta el punto de que todos los slogans revolucionarios que se usaban entonces contra las naciones e instituciones existentes pueden emplearse ahora contra el Estado comunista y ser empleada como armas del mundo libre y de los pueblos sometidos que luchan por su libertad. Durante los últimos años hemos llegado al convencimiento de que las armas en cierto tiempo explosivas de la revolución pueden ser ahora utilizadas por nosotros para difundir la libertad.

1.º Nosotros, no los comunistas, patrocinamos la reforma agraria. No hay en el mundo un país más reaccionario y que más necesite una reforma y revolución agrarias que la Unión Soviética.

2.º Nosotros, y no ellos, somos los que abogamos por una justa paz.

3.º Nosotros, y no ellos, somos los campeones de los derechos y de la libertad de los trabajadores: libertad de movimiento, libertad de oportunidades, libertad de organizarse...

4.º Nosotros, y no ellos, jamás llamamos a los ejércitos para que disparen contra los obreros. Prestamos atención a sus peticiones y dejamos oír sus voces.

5.º La lealtad más fuerte del mundo moderno, como lo han demostrado dos guerras mundiales, es el nacionalismo. Esta determinación de los pueblos a ser siempre los mismos, les hace estar a nuestro lado, ya que el imperio soviético tiene sojuzgados a millones de hombres.

6.º Nosotros, y no ellos, somos los campeones de la libertad y del espíritu humano, de la libertad de conciencia y de todo lo que esté en contra de la tiranía.

En resumen, las principales armas de la ideología bolchevique no pueden ser usadas por los bolcheviques contra el resto del mundo, sino que precisamente ocurre lo contrario. Si hablamos de nuestra manera de vivir, podremos ofrecer nuestras Cooperativas agrarias, nuestros Sindicatos, etcétera, frente al sistema soviético. En nuestro análisis del imperio soviético todos las armas de la libertad están en nuestras manos. Libertad es lo que la revolución bolchevique prometió. El hambre de libertad vive bajo su tiranía y las concesiones aparentes hechas últimamente no sacian este hambre. Alemania y Checoslovaquia demuestran que cuanto más concesiones se les hacen, más confianza y más ansias sienten por ser completamente libres.



TRAJES de línea moderna y elegante

... y de la más acabada hechura en magníficas telas de verano: muselinas, alpacas, «frescos», «jumel», gabardinas de algodón y el tejido «Perlón», exclusivo de GALERIAS. Colores del mejor gusto. Patronaje especial para todas las configuraciones.

Caballeros, 2.ª planta.

Galerías Preciados

3 PESETAS

LA ESTAFETA LITERARIA

"FERNANDO DE ROJAS no pudo escribir, de ninguna manera, "La Celestina" (Astrana Marín)



EL VERDADERO AUTOR ES EL TOLEDANO RODRIGO DE COTA

"Extraño es que a estas alturas se siga manteniendo el error"

Al señor don Juan José Astrana Marín le he escrito para que me envíe un libro que me interesa mucho, el de "Fernando de Rojas y su obra", que me ha regalado el Sr. Astrana Marín. Me ha gustado mucho y me ha interesado mucho. Me ha gustado mucho y me ha interesado mucho. Me ha gustado mucho y me ha interesado mucho.

Dispondrá usted que me envíe un libro que me interesa mucho, el de "Fernando de Rojas y su obra", que me ha regalado el Sr. Astrana Marín. Me ha gustado mucho y me ha interesado mucho. Me ha gustado mucho y me ha interesado mucho.

El señor don Juan José Astrana Marín le he escrito para que me envíe un libro que me interesa mucho, el de "Fernando de Rojas y su obra", que me ha regalado el Sr. Astrana Marín. Me ha gustado mucho y me ha interesado mucho. Me ha gustado mucho y me ha interesado mucho.

EL CHOQUE DEL NOVELISTA CON LA REALIDAD

Castillo Puche cuenta las impresiones de un viaje realizado por el norte de España, en unión de Miguel Delibes, José María Giloy y Jacinto Aldecoa. El arte contemporáneo está representado por una selección de pinturas que refleja exclusivas y nacionalismos imperiosos. Primeros actores en viola y piano: García Asensio y Mateu Navarro. Mueco un actor de los tiempos heroicos del cine. Eric von Stroheim: "El hombre que a usted le gustaría odiar"

Lea en tercera página "Valija del exterior"

PREMIO DE HONOR A UNA VIDA CONSAGRADA AL ARTE

PARA VALENTIN ZUBIARRE, EL MAJINO GALLARON DE LA NACIONAL DE BELLAS ARTES



ZUBIARRE ha recibido el premio de honor de la Academia de Bellas Artes de España, en reconocimiento a su vida consagrada al arte. El premio es otorgado por el Real Patronato de Bellas Artes de España. Zubizarre es un pintor y escultor de gran talento. Su obra es una mezcla de lo clásico y lo moderno. Su vida ha sido dedicada al arte con pasión y dedicación.

LA POESIA ESPAÑOLA EN "LA ESTAFETA"

Algunos de los que se han interesado por la poesía española en "La Estafeta" son: Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, Pablo Neruda, etc. Este número de la revista dedica un espacio especial a la poesía española, analizando sus características y su evolución a lo largo del tiempo.

PARAGUAS PARA LAS CENIZAS ATOMICAS

Por Ramón GÓMEZ DE LA SERNA

—Dijo que habían entre ellos, destellos de agua, destellos de luz, destellos de vida. Destellos de esperanza, destellos de fe, destellos de amor. En un mundo tan oscuro y tan triste, estos destellos son como faros que iluminan el camino. La poesía atómica es una forma de arte que busca capturar estos destellos y transmitirlos a través de las palabras.

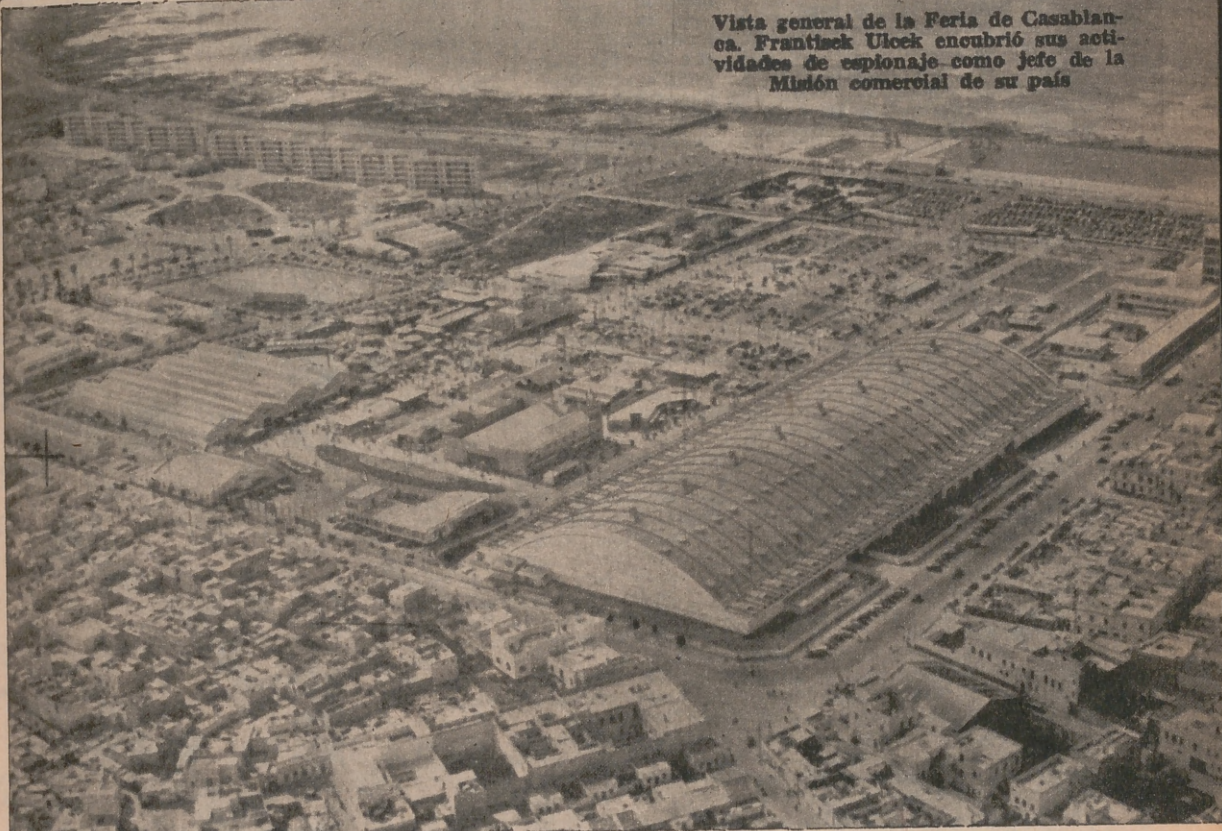
TODOS LOS SABADOS 8 PAGINAS - 3 PESETAS

"LA ESTAFETA LITERARIA"

EL GRAN SEMANARIO ESPAÑOL DE LAS ARTES Y LAS LETRAS

LA MISION SECRETA DE FRANTISEK ULEEK

Vista general de la Feria de Casablanca. Frantisek Uleek encubrió sus actividades de espionaje como jefe de la Misión comercial de su país



UN DIPLOMATICO CHECO DETENIDO EN EL AEROPUERTO DE CASABLANCA 50.000 FRANCOS POR UNA FICHA POLICIACA

DIAS pasados, en Tetuán, dos musulmanes de chilabas raídas, jóvenes, se encararon con un apresurado grupo de transeúntes. Era ya entrada la madrugada. «¡Viva Rusia!», gritaron con intención de insulto. El grupo prosiguió su camino con desprecio del incidente. Pocos minutos después, los dos jóvenes marroquíes rubricaban el veneno pulmonar haciendo pedazos la luna de un escaparate sin cierre metálico y desaparecían por una calle propicia. El escaparate era de una zapatería de la plaza de Muley El Mehdi. Dos zapatos desiguales de los que allí se exponían habían desaparecido también bajo las chilabas de los fugitivos. Que se vitoree a Rusia y que al mismo tiempo se cause un daño seguido de un robo disparatado, viene a ser la premisa y las consecuencias de una lógica absolutamente normal. Sin embargo, para Tetuán, creo también que para todo el ámbito de la Zona Norte, el hecho impresiona por lo insólito...

ALI YATA, JEFE DEL PARTIDO COMUNISTA

¿Qué hay, en realidad, de comunismo en Marruecos?

El comunismo en Marruecos

empezó a cocerse bajo el Protectorado de Francia. Hace dos años, además de inocuo, era paradójicamente monárquico. El movimiento independentista del país aglutinaba a todos los partidos políticos bajo la misma bandera: el retorno de Mohamed V de su destierro. Hoy, no se podría decir que el comunismo sigue siendo monárquico ni que sea tan inofensivo como lo era entonces. Su jefe se llama Ali Yata. Está expulsado de Marruecos y, como no podía suceder de otra manera, vive en el más próximo medio europeo asequible a sus andanzas: el francés. En Casablanca es corriente leer en árabe el nombre de Ali Yata sobre los muros de los edificios. Ali Yata tiene ya suficiente categoría en Francia para que «L'Humanité» le «interviue» de vez en cuando. En junio del pasado año, cuando el Istiqlal pedía al Sultán un Gobierno homogéneo, Ali Yata, desde las columnas de «L'Humanité», enredó lo suyo con la pretensión de que el partido comunista de Marruecos estuviese representado en el Gabinete Real. «Nuestro comunismo—decía el líder de «tarbuch» y pensamiento rojos—sólo se basa en lo social y por ello no repug-

na a la Monarquía.» Ali Yata, no obstante, se ha diplomado ya en una de las escuelas terroristas de Praga, especialmente organizadas para africanos. De las enseñanzas de esta escuela checa, como de las que abundan en Francia, se han dado en Marruecos ejemplos por centenares.

Estos ejemplos van desde la ejecución sumaria del tiro en la nuca con la víctima maniatada, hasta el sobre explosivo enviado como paquete postal.

LOS ROJOS NO SON POPULARES

El partido comunista en Marruecos no es de masas. Estas se distribuyen entre el Istiqlal, el P. D. I. y la indiferencia, que en el país está formando ya un partido tan fuerte como los dos primeros en la medida en que el desencanto sucedió al estallido fácil del nacionalismo triunfante. El comunismo marroquí es de «élites». En un pueblo donde la devoción religiosa priva sobre todo en las capas sociales más humildes y donde estos estamentos cubren más de las tres cuartas partes del territorio cherifiano, hubiera resultado difícil una labor de proselitismo de abajo a

arriba. Por otra parte, Rusia hace ya tiempo que cambió de táctica. Por ello, el comunismo no es popular en Marruecos. Lo encontramos entre la juventud de la clase media, en las esferas intelectuales. Cuando se celebró el pasado año el Congreso de la Unión Nacional de Estudiantes Marroquíes, un destacado miembro del Comité ejecutivo me decía en Tetuán: —De cuantos hemos asistido a este Congreso, muchos apolíticos, pero en su mayoría del partido Istiqlal, los tres representantes del partido comunista eran los que, políticamente hablando, más nos impresionaron por su preparación.

COMUNISMO DE IMPORTACION

Otro caso sin precedentes se dió en Casablanca no hace mucho tiempo. Pronunciaba una conferencia sobre el paro y sus consecuencias el príncipe heredero Muley Hasan. En plena disertación, entre el auditorio surgió la voz de un joven marroquí interpellante: «¿No cree usted, Su Alteza, que la doctrina comunista tiene suficientes recursos para dar al traste con el paro obrero?».

La pregunta no resultó tan extraordinaria como la irrespetuosidad de la interrupción. Las formas democráticas que va adquiriendo Marruecos no han impedido todavía que las relaciones entre poderosos y humildes se revistan de un carácter medieval. La diferenciación de clases empieza con el saludo mismo entre marroquíes. Si el pobre, aunque no lo sea de solemnidad, se prosterna ante el rico bajo la zalema y el beso en la mano, imagínese el respeto que por tradición infunde un miembro de la familia real para con cualquier súbdito, sea éste de la condición social que fuese. La pregunta del joven marroquí, desenfadada e inoportuna, revela el punto a que ha llegado la táctica comunista para minar la tradicional conciencia indígena.

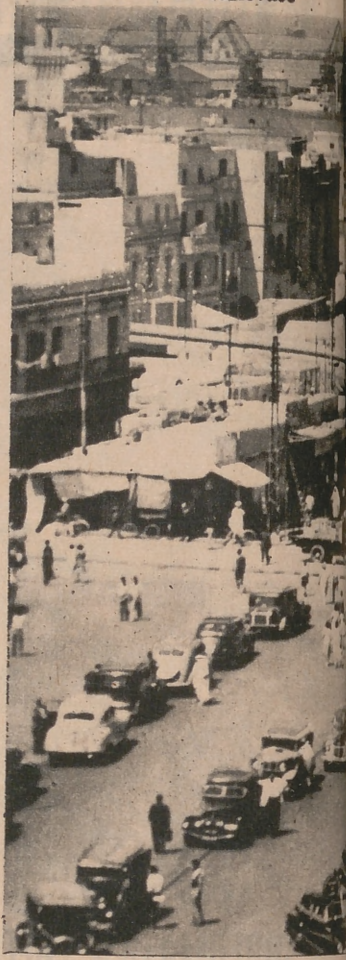
Está fuera de toda duda que el comunismo en Marruecos no comenzó a irrigrarse son savia propia. Las primeras células llegaron de Francia. Las que sucesivamente se le han ido sumando tienen los mismos signos de importación. El número de comunistas marroquíes no debe ser crecido. Pero sus contactos con el comunismo exterior han sido y son frecuentes.

EL CASO DE LA DETENCIÓN DE UN DIPLOMÁTICO CHECO

Cuando escribimos aún permanece detenido en Casablanca Frantisek Ulcek, agregado comercial checo a la Embajada de París. El señor Ulcek se encuentra en la cárcel—puede que ya no lo esté cuando EL ESPAÑOL de a la publicidad este reportaje—como el más inmediato autor de la frustrada compra a un policía marroquí de documentos políticos. La Policía preavisada, detuvo al diplomático checo en el instante mismo en que se hacía el trueque de la documentación por una cantidad cifrada en cincuenta mil francos. La operación se efectuaba en el aeropuerto de Casablanca, listo el avión que el señor Ulcek habría de tomar para París. Según fuentes oficiales, la documentación que pretendía comprar el diplomático constituía el «rapport» redactado por el Servicio de Seguridad marroquí con respecto a las andanzas del señor Ulcek por Marruecos.

Antes de que Frantisek Ulcek llegase a Casablanca, en noviembre del pasado año, bajo el pretexto de presidir una Misión comercial de Checoslovaquia de la que formaban parte los señores Stirek, Korinek, Scala, Pavlo y la señora Ulcek, como secretaria, ya apareció por Marruecos siete meses antes, con motivo de la anterior Feria de Muestras de Casablanca, otra Comisión del ministerio de Comercio de Praga, con una oportunidad especial. Marruecos acababa de formar a su joven Ejército y necesitaba armas. Checoslovaquia ya las había enviado a Egipto después del acuerdo negociado por el entonces ministro de Asuntos Exteriores ruso, Cheliov con el coronel Nasser. La Comisión checa ofreció al Sultán el armamento necesario para las Reales Fuerzas Armadas. Esta noticia fué divulgada, en uno de sus famosos telegramas, por la revista francesa «Paris Match». Pero lo que no decía esta publicación fué que Mohamed V había rechazado de plano los buenos oficios de los dirigentes checos, «por virtud de los compromisos adquiridos con países más allegados, para dotar al Ejército Real del material que precisaba». En aquel tiempo, Rusia desarrollaba ampliamente su batalla de captación de África a través de hombres como el director de Asuntos Africanos ruso, Gregori Rassadini, y el célebre coronel Cherov, especialista del

Un aspecto de la moderna Casablanca. Al fondo y al centro, el edificio de la Cámara de Comercio, con cuyos delegados trató de establecer acuerdos el agente checoslovaco



Kremlin en la guerra psicológica. Recientes están aún los acontecimientos de Jordania como un último testimonio de los fines que Rusia y sus satélites persiguen en el mundo árabe. Antes que ningún otro corresponsal de esta parte del mundo, ya informé a los periódicos españoles que sirvo sobre el verdadero objetivo que el Kremlin se propone a través del eje sirioegipcio: terminar con los Tronos árabes, Republicanizar primero y sovietizar después. Pocos días más tarde de haber publicado este periodista crónicas en

este sentido en «El Alcázar» y en «El Correo Catalán», otro corresponsal extranjero, acreditado en Jordania, daba cuenta en un periódico francés de un vasto complot nacido en El Cairo para derrocar las Monarquías de la Arabia Saudí, Jordania y El Irak. En el Medio Oriente, las «élites» izquierdistas han progresado más que en Marruecos. Allí el contacto con Moscú ha sido más directo, más descarado, más eficiente. Sin embargo, a Marruecos no le han faltado emisarios del Kremlin o sus satélites, que, bajo el pretexto de misiones mercantiles, han realizado su labor, más o menos encubierta, como la que, sin duda alguna consiguió captar la Policía marroquí con relación a las andanzas de Frantisek Ulcek y que el diplomático quiso averiguar mediante la compra de su ficha por cincuenta mil francos.

LA APARICION DE FRANTISEK ULCEK EN CASABLANCA

El señor Ulcek llegó a Casablanca cuando en el mundo árabe la agresión anglofrancesa contra Egipto había provocado un crítico vacío para Occidente. Se instaló con lujosas oficinas, en un apartamento del edificio número 42 de la entonces avenida de la República, que hoy lleva el nombre de avenida de las Reales Fuerzas Armadas, de Casablanca. Ulcek, con los miembros de su misión comercial ya citados, to-

mó contacto oficial con los medios económicos de Casablanca y Rabat, bajo la apariencia de negociar un acuerdo de comercio checomarroquí. A poco de su llegada, Ulcek desapareció de las oficinas que había montado. La Policía le registró en su ficha hasta tres viajes de Marruecos a Praga y regreso. Anunciada la Feria Internacional de Casablanca, que acaba de clausurarse, Frantisek Ulcek reapareció en Marruecos con el encargo de instalar el stand de su país en la Exposición. Tomó un suntuoso chalet en el barrio residencial casablanqués de Anfa, donde recibía con frecuencia a jóvenes intelectuales marroquíes y a no pocos argelinos exiliados.

UN DISCURSO PROFETICO

Conocimos al diplomático checo en el hotel Marhaba, de Casablanca. De esto hace unos siete meses. Acababa de anunciarse su llegada con la misión comercial que presidía. Ulcek reunió en el hotel Marhaba a los delegados del Gobierno de Rabat ácticos a la Oficina Cherifiana de Exportación y Cámaras de Comercio. Mientras se servía un «cock-tail», el diplomático de Praga vino a contarme a sus invitados algo así como que traía de su país la misión de ofrecer el oro de Checoslovaquia para llevarse el «morro» de Marruecos Ulcek justificaba de este modo su viaje:

«Checoslovaquia— afirmó en un breve discurso—no es una potencia por su extensión, pero sí por su gran producción industrial. Marruecos tiene grandes proyectos y nosotros estamos dispuestos a ayudarles con el suministro de fábricas completas tractores, camiones, máquinas de toda especie, e incluso artículos de consumo de los que habitualmente importa este país...»

Tuvimos que hacer la crónica de aquel discurso de Frantisek Ulcek. Y en ella decíamos:

«El economista checo—llamémosle de algún modo—se hizo inmediatamente lenguas de la variedad y selección de los artículos de consumo que podría vender Checoslovaquia al Imperio Cherifiano, pero como no hubo nadie que le advirtiera si entre aquellos productos se encontraban los que Checoslovaquia vendió a Egipto para rearmar al Ejército de Nasser, el orador no consideró oportuno enumerarlos, y pasó en seguida a destapar la «pifia» de la velada».

«¿Qué pedimos nosotros a Marruecos a cambio de todos estos regalos?— preguntó el señor Ulcek con una sonrisa amplia y enigmática como el prestidigitador que está seguro del efecto de su truco—. Nada de divisas—añadió después, comprobando la satisfacción de su auditorio—. Nada de divisas, porque a Checoslovaquia le basta y sobra con vuestros fos-



A la derecha de la fotografía. Ali Yata, jefe del partido comunista marroquí, es gratamente recibido en la Redacción de «L'Humanité»



El comunismo trata de conseguir adeptos, sobre todo, en los medios estudiantiles e intelectuales marroquíes

fatos y con algún que otro producto de los que aquí tenéis y de los que nuestro país tiene necesidad. Pero de divisas, ni un dólar.»

LAS MISIONES COMERCIALES PRO RUSAS

La expresión final del diplomático —pero de divisas ni un dólar— llevaba toda la intención deletérea que se puede poner para impresionar a un país que mira más a Occidente que a Oriente, o que mira a ambas partes por igual, y cuyas angustias económicas se cifran entonces, como tienen hoy toda su esperanza, en los dólares de Norteamérica. Por lo que atañe a los productos que Checoslovaquia deseaba de Marruecos ya se ha visto, por la propia detención de Frantisek Ulcek, que, cuando menos, Praga necesitaba, por la módica cantidad de

unas cinco mil pesetas, conocer el atestado que la Policía marroquí había formulado para fichar las idas y venidas de su diplomático emisario.

En el número 441 de EL ESPAÑOL, en un reportaje sobre la Carta Real que el Sultán otorgará a Tánger, hablaba este periodista sobre el matuteo ideológico rusófilo en Marruecos. Y decía:

«Misiones comerciales de países satélites de Rusia o de la misma U. R. S. S., han llegado a Marruecos, como el semanario «Newsweek» anticipara hace un año. La China comunista envió ya su delegación, como Checoslovaquia, como Polonia y como la propia Rusia. La aparental rastro que han dejado estas misiones se conoce por el nombre de tratados comerciales como el que el Kremlin ha firmado recientemente con Rabat para intercam-

biar maderas de pino —buenas —para ataúdes— por latas de conservas de mariscos y caviar. Que a su paso por Marruecos hayan dejado estas misiones comerciales otra suerte de huellas, es cosa que no conocemos...»

Quando escribíamos esto, nuestras sospechas no estaban lo bastante maduras para hacer afirmaciones, aunque conociéramos cuanto aquí dejamos relatado. Hoy ya conocemos más cosas. Por ejemplo, el caso del diplomático cneco Frantisek Ulcek, el primero oficialmente revelado y cuya importancia sería ingenuo dejar reducida a la compra de una ficha policíaca por cincuenta mil francos. Sobre este «negocio» se ha corrido un tupido velo, pero el tiempo ya tratará de desgarrarlo poco a poco...

Manuel CRUZ ROMERO.

"LA ESTAFETA LITERARIA"

Cada semana encontrará usted todas las novedades de la vida literaria y artística. Informes de editores, notas de librerías, Exposiciones, noticias del teatro, el cine, el circo. Discoteca. Entrevistas. Reportajes. Correo nacional. Valija del exterior, etc.

Rellene el boletín adjunto y envíelo a:

LA ESTAFETA LITERARIA. Montesquenza, 2. Madrid

Nombre Dirección

Me suscribo a LA ESTAFETA LITERARIA por

Seis meses
Un año

TARIFAS DE SUSCRIPCION:

ESPAÑA: 1 año, 150 pesetas; 6 meses, 75 pesetas
AMERICA Y PORTUGAL: 1 año, 150 pesetas; 6 meses, 75 pesetas
OTROS PAISES: 1 año, 175 pesetas; 6 meses, 90 pesetas

Las suscripciones se pagarán a reembolso al comienzo de las mismas.

Al vencimiento de cada suscripción se entenderá automáticamente prorrogada de no recibir orden en contrario.

NUESTRO AMIGO EL FERROCARRIL



CERRO NEGRO, MUSEO DE LA LOCOMOTORA

EL ÚLTIMO VIAJE DEL "CREMALLERA" DE MONTSERRAT

ESTAN alineadas una tras otra, como esperando que alguien venga para pasarles revista. Son veinte en total, herrumbrosas, sucias, desechadas, y junto a ellas brilla sobre el suelo algún charco de grasa, y hay también escorias de carbón, hierros y unas vías que empiezan a oxidarse.

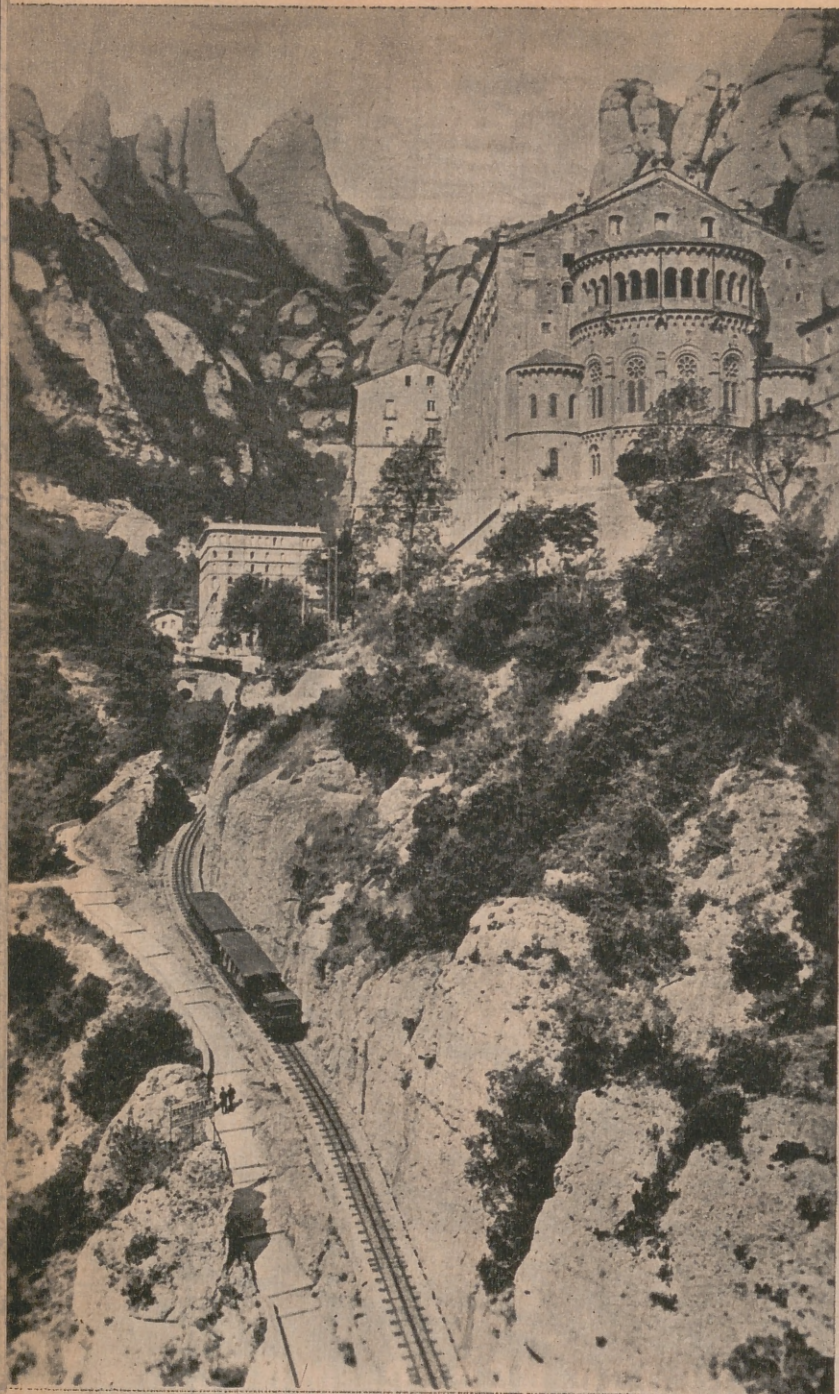
Están aquí esparcidos inútilmente sentir de nuevo el carbón ardiendo en sus entrañas y oír la

charla del maquinista con el fogonero y volver a ver la gente que cada tarde pasea estación arriba y abajo en tal o cual pueblo. Desechadas para siempre, ya sólo les queda la orden oficial en la que se anuncie la subasta para venderlas como chatarra, mientras esperan en fila en este cementerio de locomotoras que hay al final de Cerro Negro.

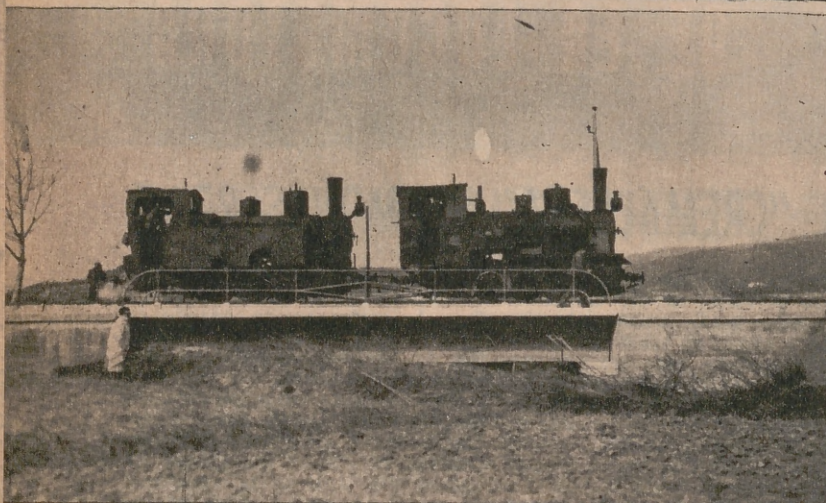
Quizá alguna tiraba de aquel tren que trajo desde el litoral

hasta el interior soldados que volvían de Cuba en el año 98. O a lo mejor se ha pasado la vida llevando detrás una larga fila de vagones cargados de olivas o de naranjas...

Han conocido todos los aires de España y han bebido agua de todas nuestras estaciones. Han soportado el sol en las siestas de agosto y el frío de la madrugada en el invierno... Han ido de aquí para allá trayendo gentes y



Entre las dos estaciones del «cremallera» de Montserrat existe un desnivel de 577 metros. He aquí al tren durante su recorrido



Dos máquinas de corte isabelino maniobran sobre un puente del fenecido ferrocarril

trayendo cosas, con buenas y malas noticias en los coches-correos, con estudiantes suspendidos y aprobados en los coches de tercera y con parejas de recién casados en los vagones de lujo.

Ahora descansan para siempre en Cerro Negro.

CERRO NEGRO, LA CIUDAD DEL HUMO

Cerro Negro era simplemente un altozano de las afueras de Madrid desde donde el cielo era azul y limpio, hasta que fueron a instalarse allí los depósitos ferroviarios en el año 1908.

Actualmente trabajan 800 obreros dedicados a conservar nuestras locomotoras, existiendo hasta tres depósitos en rotonda con placa de 23 metros para maniobrar, y las más pesadas máquinas—las «Mastodonte», de 200 toneladas—, pueden girar tan ligeras como si fueran figuras de «ballet». En total hay centenar y medio de máquinas en reparación, todas ellas de vapor—de carbón o de fuel-oil—, y están alineadas en cadena esperando su arreglo para volver al trabajo.

Cerca de los depósitos, en una vía de apartadero, está el coche 3.369, que se pasó toda nuestra guerra de Liberación en Aravaca, en tierra de nadie, y fue acibillado por más de 3.000 balazos, por lo que la RENFE pensó su bastarlo como chatarra. Pero el señor Berroa Maíz, jefe de talleres de Irún, se ofreció a reconstruirlo, y cuando el director de la Compañía volvió de Bélgica, en cuyo país estaba de viaje, se asombró de tal manera ante aquella obra de arte que decidió colocar una placa haciendo constar quién había sido su reconstructor.

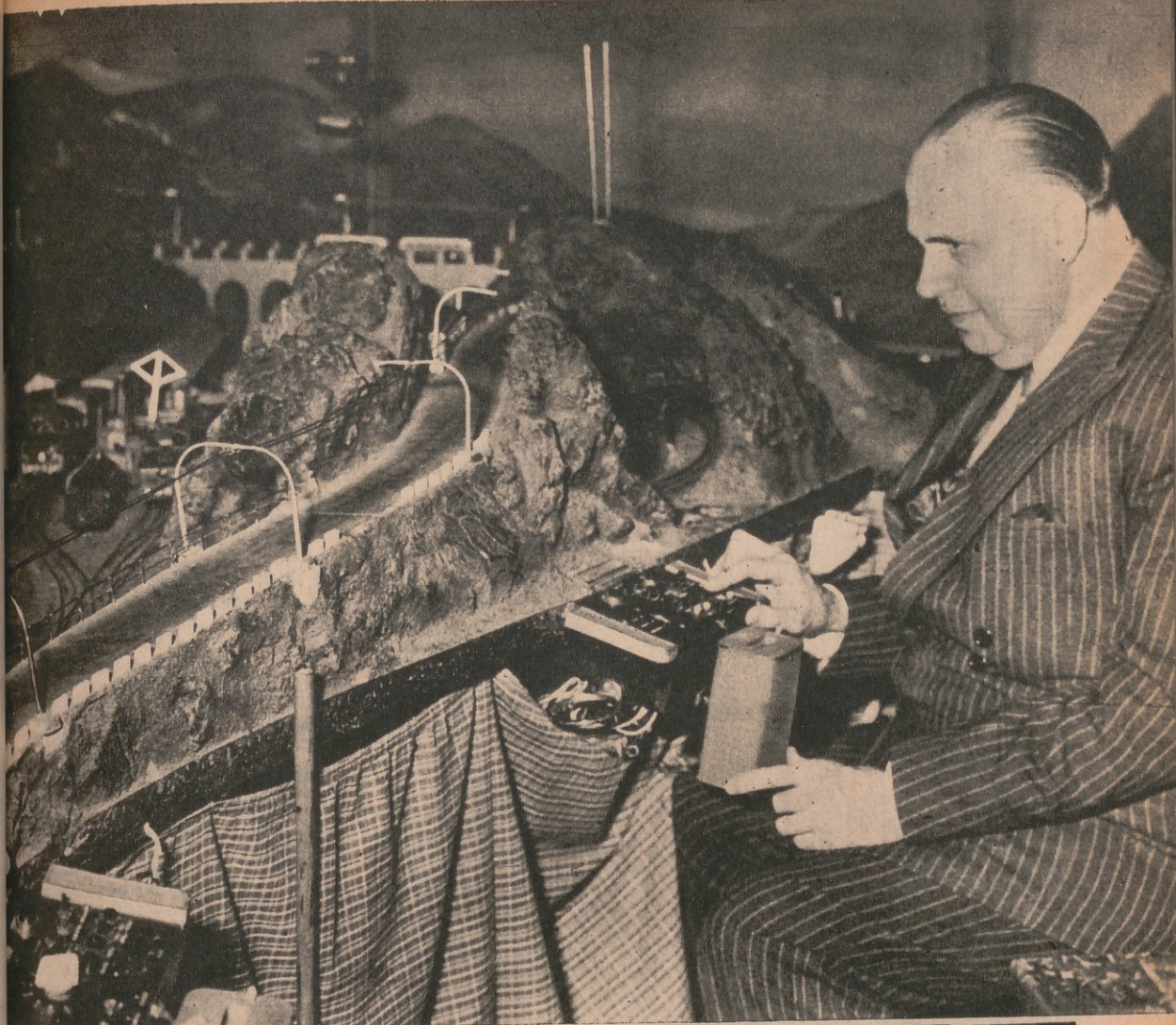
Más allá, pasada la «Parrilla de Santa Catalina», donde van los trenes que llegan a Madrid después de sus viajes dispuestos a ser limpiados para el viaje próximo, está el cementerio de locomotoras.

LOS AMIGOS DEL TREN

Los asistentes españoles y extranjeros a la I Reunión Internacional de Amigos del Ferrocarril, que se ha celebrado estos días en Madrid, han visitado estos depósitos de Cerro Negro y se han emocionado en el cementerio, ante cuyos fósiles desechados pronunció unas palabras don Gustavo Reder, vicepresidente de la Asociación madrileña.

Fué en Barcelona donde, pocos años después de terminada la guerra, se constituyó en nuestra Patria la primera Asociación de Amigos del Ferrocarril, que hoy cuenta con más de 300 socios, y hasta 1947 no se creó la madrileña, que cuenta con unos 80, estando además la Asociación de Valencia, recientemente constituida, y teniéndose noticias de que por estos días un grupo de bilbaínos amantes del tren están estudiando la posibilidad de constituir otra Asociación en la capital vizcaína.

El grupo fundador madrileño de 1947 no era muy numeroso—sólo cinco o seis amigos—, pero



El conde de Alcubierre, «maquinista aristócrata» e inspector honorario de la Renfe, que preside a los Amigos del Ferrocarril

de ellos salió el primer presidente, don Juan B. Cabrera, y luego, cuando éste dimitió por no poder atender el cargo, fué elegido presidente el conde de Alcubierre, que tiene medio millón de kilómetros como conductor de locomotoras y es inspector honorario de la R. E. N. F. E. y «maquinista aristócrata», como le ha llamado la Prensa muchas veces.

UN CHOFER, UN INGENIERO Y... HASTA VARIOS PROFESIONALES

Las Asociaciones de Amigos del Ferrocarril son numerosas en el extranjero, siendo las más antiguas las inglesas, pues en Inglaterra fueron constituidas las primeras a últimos del siglo pasado. Tomando ejemplo de ellas, casi todos los demás países las han ido constituyendo: Holanda, Suiza, Francia, Estados Unidos, Italia y otras muchas naciones cuentan con sociedades análogas a las que en España existen. Hay una Unión Internacional a la que están afiliadas las sociedades de cada país y en la cual piensa integrarse España cuando se reúnan todas las Asociaciones que hoy existen en nuestro país en una sola Federación Nacional que las englobe y unifique.

De los ochenta miembros que componen la Asociación madrileña, sólo son ferroviarios tres o cuatro. Los demás pertenecen a distintas profesiones, desde médi-

cos hasta empleados del Estado y Banca, pasando por un ingeniero agrónomo y un chófer.

Los fines de la Asociación son diversos y se refieren tanto a lo relacionado con el tren de verdad (conocimiento de la vida técnica, horarios, historia, etcétera) como a las miniaturas y los trenes a escalas reducidas. La Asociación madrileña, cuando sólo estaba recién creada, en 1948, intervino en los actos conmemorativos del I Centenario del Tren Español, y luego, en 1951, en los que se celebraron con motivo también del centenario del ferrocarril Madrid-Aranjuez.

DESDE LA ESCALA «II» HASTA LA «HO»

Aj igual que los trenes de verdad, los ferrocarriles pequeños también tienen sus tecnicismos. Vagones, coches, locomotoras, material eléctrico, desde la catenaria hasta los accesorios, bananas, bombillas, señales, placas giratorias, toperas..., todo ello lleva firmas especiales según cada modelo, como en los trenes grandes.

Las firmas más corrientes son las que se refieren a las escalas de reproducción. Antes estaban de moda las escalas «II», con lo que quería decirse que el ancho de vías era de 51 milíme-

tros, y las «I», de 45. Luego se pusieron los modelos «O», de 32, que son los que más se siguen utilizando, a pesar de que también son frecuentes los modelos «S», de 22 milímetros de ancho de vías, y «HO», de 16, habiéndose desechado casi por completo, dada su pequeñez, los trenes de 12 milímetros, o sea los modelos «TT» en el «argot» tradicional.

En España casi todos los que pertenecen a la Asociación de Amigos del Ferrocarril tienen sus propias instalaciones de miniatura, como el conde de Alcubierre, que posee quince trenes y veintinueve locomotoras, o como el doctor Tomás Ruíz Castizo.

Otro de los socios madrileños, don Miguel Pulgar, ha montado un pequeño museo ferroviario en el hotelito que habita en la Ciudad Lineal de Madrid, pues en el piso alto ha hecho una instalación muy completa y ha cedido el sótano al señor Reder, el cual ha montado allí dos instalaciones con los modelos históricos que posee, entre los que figura una antigua locomotora de cuerda del año 1896 que todavía funciona a la perfección.

REVISTAS PARA UNA AFICIÓN

Junto a los que se dedican a montar trenes pequeños, hay al-

gunos otros socios que tienen aficiones distintas, como el antiguo presidente madrileño señor Cabrera, que colecciona billetes de ferrocarril, y como uno de los socios de Valencia, que posee la mejor colección de medallas ferroviarias que existe en España.

Los asociados españoles, al ejemplo de otras asociaciones extranjeras que tienen sus revistas especializadas, como la francesa «L'Echo du Petit Train», la alemana «Der Modelleisenbahner» o la americana «Model Railroader», también tienen la suya, que se edita mensualmente y se titula «Tren Miniatura».

Es frecuente encontrar en todas ellas fotografías de trenes en las que sólo nos da idea se trata de maquetas alguna mano que levanta una máquina o un mueble que se divisa al fondo. Por lo demás, nada hace pensar que aquellos paisajes y aquellos trenes no sean verdaderos y lleven dentro viajeros reales a los que trasladan a su destino.

DEL CARBÓN AL FUEL-OIL Y A LA ELECTRICIDAD

Todo empezó en 1814, en Killingworth, por obra y gracia de un mecánico inglés, Jorge Stephenson; pero a España no nos llegó hasta el 24 de octubre de 1848, fecha en que se inauguró la línea Barcelona-Mataró, y luego continuó cuando Aranjuez fué unido a la Villa y Corte y la propia Reina hizo el primer viaje el 10 de febrero de 1851.

Entonces no existía aún la Renfe y había diversas compañías en nuestro país, como, por ejemplo, la Madrid-Zaragoza-Alicante, conocida por las iniciales de estas tres ciudades.

Un día de 1857, la M. Z. A. decidió comprar una locomotora para sus servicios, a la que puso el 246 como número de matrícula, que la Renfe cambió en 0302.013, ya que desde 1857 hasta hace unos pocos meses ha estado prestando servicios como en el primer día; primero, en la línea Madrid-Alicante, y luego, en Aranda de Duero. La 246 ha recorrido más de los tres millones de kilómetros y sólo ha tenido en su larga vida dos accidentes, y ninguno de ellos grave.

Ahora, coincidiendo con la I Reunión Internacional de Amigos del Ferrocarril, la 246 ha sido jubilada con todos los honores, y ha permanecido unos días expuesta junto a otras dos modernas para que los curiosos pudieran observar los adelantos en la industria ferroviaria: una «Confederation» de fuel-oil y una blanca locomotora eléctrica totalmente construida en España.

LA ELECTRIFICACION DEL TREN ESPAÑOL

La «Confederation» es la mayor locomotora que hoy día circula por el mundo, y de este modelo tenemos en España varias máquinas prestando servicios por nuestras líneas de hierro. Todas ellas están—utilizando un adjetivo que la Renfe se ha inventa-

do sin consulta previa con la Real Academia—«mullizadas», o sea que funcionan con fuel-oil.

Al no poseer el carbón de nuestras minas las condiciones requeridas para poder ser utilizado en los ferrocarriles y tener necesidad de importarlo del extranjero, nuestro Gobierno ha visto la conveniencia de importar en su lugar fuel-oil, que tiene 10.000 calorías por kilo en vez de 7.500 como el carbón, con las ventajas consiguientes de que se aumenta la potencia de las máquinas y se suprimen los humos en los túneles.

Sin embargo, la utilización de fuel-oil es sólo un paso obligado para la proyectada electrificación de nuestras líneas férreas, con la que se podría prescindir de las importaciones de materias base para los trenes, haciendo uso de nuestra riqueza hidroeléctrica. Claro que esto de la electrificación es un proyecto a largo plazo, ya que no se puede prescindir en un momento del total de cerca de tres mil quinientas locomotoras que hay actualmente en circulación en España, todas ellas de los modelos más diversos, desde los «Santa Fe» hasta los «Mikado» o «Pacífico».

Las electrificaciones ferroviarias españolas empezaron en el año 1911 con el tramo entre Nacimiento y Gádor, en la provincia de Almería, de un total de poco más de treinta kilómetros de simple vía. Actualmente los planes de electrificación abarcan un total de 4.500 kilómetros de vía, en tres etapas sucesivas, la primera de las cuales lleva ya camino de finalizarse.

UNA LACOMOTORA ELECTRICA TOTALMENTE NACIONAL

Es blanca, alargada, y su troie extensible para tomar contacto la semeja aun más al extraño insecto que parece. Los Amigos del Ferrocarril que se han reunido en Madrid han podido admirarla y hacer luego sus lógicas alabanzas y comparaciones. Han visto que un español, don Pablo Pérez Muñoz, siguiendo planos de don Gustavo Reeder, ha construido una reproducción a escala 1:29,5 de la máquina que en 1851 unió Aranjuez con Madrid. Y al lado de este prodigio de arte y de paciencia artesana ha podido admirar en la Exposición de que hemos venido hablando la primera locomotora eléctrica enteramente construida en España: la «CO. CO». en el argot técnico internacional. Las dos ces significan que cada «bogie» o carretón tiene tres ejes, y los dos ceros, que los motores son independientes.

Si la construcción de máquinas de vapor pudo nacionalizarse por completo hace ya cerca de cuarenta años, nuestra industria ha demostrado estar capacitada para no tener necesidad de depender del extranjero respecto a las máquinas eléctricas. La Renfe tiene actualmente varias proposiciones de casas dispuestas a ceder las licencias para España.

y está llevando a cabo pruebas con dos tipos de Diesel eléctricas a cuya construcción se puede comprometer nuestra industria.

UN «CARRILET» QUE DES APARECE

En esta carrera de modernización, a quien le toca siempre perder es a aquella línea antigua, llena de sabor y tradición, pero que ya no responde a las necesidades del transporte actual.

Cuando en 1941 fué creada la Renfe, pasaron a su poder todos los ferrocarriles españoles de ancho normal, quedando existentes solamente las Compañías que explotaban líneas de vía estrecha que eran unas cuantas perdidas por nuestra geografía, generalmente instaladas con fines industriales para traslado de materiales mineros y fines análogos, como le pasa, por ejemplo, a la «maquinilla» de Peñarroya-Pueblonuevo.

Hace algún tiempo desapareció una antigua línea de vía estrecha, el ferrocarril decano de Gerona, como los de aquellas líneas denominaban al tranvía de Flassá a Palamós. Inaugurado en 1888 y agredado en 1928 un ramal Fuente Mayor a Bañolas, el «carrilet» desaparecido era de gran importancia para las comunicaciones del Bajo Ampurdán, ya que unía numerosos pueblos de la región, pese a su corto trayecto de 64 kilómetros. Populósimo en toda la comarca, su locomotora y sus vagones tan pequeños como si fueran de juguete, fueron durante sus sesenta y tantos años de vida algo así como el símbolo del progreso y de la riqueza de una extensa zona de las tierras españolas cercanas al Pirineo.

EL «CREMALLERA» MONTISTROL - MONTSERRAT

Barcelona queda lejos de aquí con sus chimeneas industriales y sus gentes afanándose en cada momento. Aquí arriba está la paz, el cielo sereno y limpio, y el Monasterio de la Moreneta entre las crestas pardas moteadas de verde en cuando por el verde oscuro de los matorrales.

Estamos en el corazón de Cataluña y, como siempre, los visitantes, turistas y peregrinos, van de un lugar a otro con mirada ávida de curiosidad, deteniéndose ante todo lo que les llama la atención. Han ido llegando haciendo uso de los distintos medios de locomoción que existen: funicular, autocares... Alguno, peregrino de verdad, se ha atrevido a subir la cuesta andando, y mientras ahora descansa, el

*Rosa d'abril,
Morena de la serra,
se Montserrat estel...*

pone complacencia en su mirada...

Por último, hay un grupo de cuarenta visitantes que ha utilizado el ferrocarril de cremallera para llegar hasta Montserrat, grupo que se ve aumentado, a la hora de regresar, por siete personas

más a las que apetece mejor volver en el «cremallera».

La locomotora lanza un silbido chillón y triste y el tren entero empieza a deslizarse cuesta abajo. Los viajeros charlan unos con otros, contando cómo les fue su visita a la Virgen.

El revisor llega pidiendo los billetes. Los va recogiendo en silencio, hasta que uno de los viajeros decide pedirle algo que está en el pensamiento de todos.

—Por favor, ¿podríamos conservar los billetes por esta vez?

El revisor, José Prat Juncosa, que lleva varios años cumpliendo diariamente su obligación, tras pensarlo un momento, decide faltar a ella por una sola vez en su vida.

—Está bien —dice—, pueden guardarlos. Al fin y al cabo, éste será el último billete...

Todos los viajeros se lo agradecen, mientras buscan un lugar seguro en su cartera para que no se les pierda el billete, y, sobre todo, el que tiene el número 46.044 de tercera clase, porque es el último que se ha vendido en la línea del «cremallera» a Montserrat el día 12 de mayo de 1957, y en este día ha sido el último viaje de este tren. De ahora en adelante, para subir a la Moreneta habrá que decidirse por la carretera o por el funicular, porque el «cremallera» ya no subirá más su cuesta de siempre con su andar cansino de nueve kilómetros por hora.

«KUKI». UN PERRO DE UNIFORME

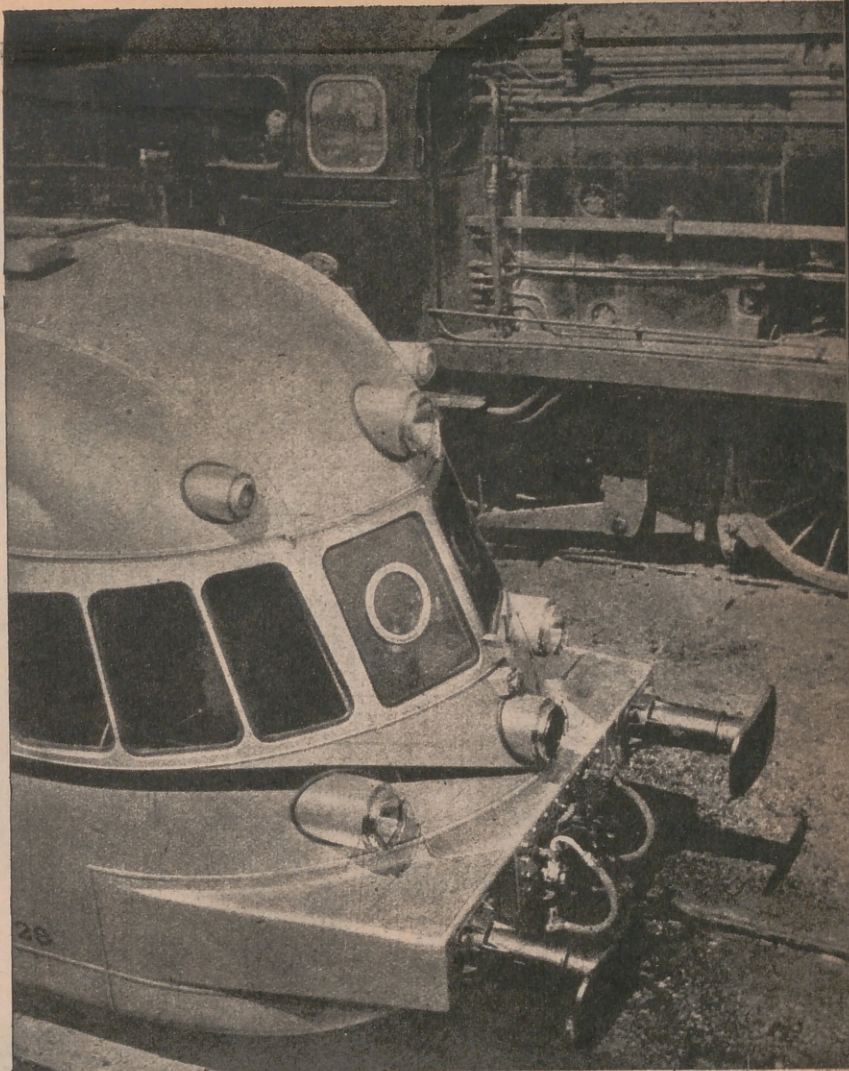
El «cremallera», que era un tren popular en toda Barcelona y aún en España entera, se inauguró el 6 de octubre de 1892, y desde entonces han sido miles los peregrinos que ha llevado a la Santa Montaña de los catalanes, pues sólo en 1947 pasaron de los 124.000 los que lo utilizaron para subir hasta la Virgen.

Había aumentado el precio del billete y había bajado el número de viajeros, pero, en el fondo, todo seguía igual. Estaba el mismo jefe de estación, don Jaime Galdin —que ha visto morir y nacer la línea después de estar a su servicio cincuenta y dos años, desde que él tenía dieciocho—, y también estaba como siempre, «Kuki», uniformado y con su banderita roja a punto.

«Kuki» era un perro callejero que apareció un buen día por aquella estación de Monistrol. Jorba, el guardabarrera, le echó un trozo de pan, y «Kuki» se hizo amigo suyo, y de ser un perro vagabundo subió a la categoría de ser un perro con un amo a quien obedecer. Jorba lo estuvo amestrando con su maayor paciencia, y un día «Kuki» apareció junto al paso a nivel de Monistrol con un trajecito de ferroviario, sentando sobre sus patas traseras y agitando con su mayor paciencia, ta roja, dando paso al «cremallera».

EL MUSEO DE LA LOCOMOTORA

Otros muchos ferrocarriles antiguos irán desapareciendo víctimas de los adelantos cada día más avanzados de la industria ferroviaria. Algunas viejas máquinas



Lo que va de ayer a hoy: dos máquinas y dos mundos que se alejan

irán a formar parte del Museo de la Locomotora, ya que de cada modelo hay siempre una que se salva de convertirse en chatarra, yendo a engrosar el Museo, para quedar como testimonio que ilustra a los hombres de mañana cómo eran los trenes que las gentes de hoy hemos utilizado.

En Madrid, junto a los depósitos de máquinas en reparación y junto al cementerio de Cerro Negro, pueden verse los más modernos trenes españoles, no sólo la «Confederation» y la eléctrica de que hemos hablado, sino también los más modernos inventos ferroviarios, como los trenes «Taf» y «Talgo».

El «Taf», del que hay varias unidades que traen y llevan miles de viajeros de nuestro litoral hasta nuestras tierras de dentro, recorre cada mes más del medio millón de kilómetros. Hoy día, el noventa por ciento de las piezas que se emplean en la fabricación del «Taf» son de procedencia española.

En cuanto al «Talgo», uno de los doce mejores trenes europeos, como le ha llamado recientemente el doctor Fritz Stockl, es explotado por una entidad que lleva su nombre, y por su encargo lo hace la «American Car and Foundry Company», que construyó dos trenes para circular por las vías españolas, y que antes de ello hizo un prototipo de pruebas, el

«Train X», que circuló en una línea yanqui.

UN MAQUINISTA ARISTOCRATA PARA UN TREN ULTIMO MODELO

Ha sido en un tren «Talgo» en el que los congresistas de la I Reunión Internacional de Amigos del Ferrocarril han ido a Segovia en días pasados, con la curiosa particularidad de que el maquinista que condujo el tren hasta la ciudad del Acueducto fué el propio conde de Alcubierre. Los asistentes quedaron encantados del viaje que les ofreció nuestro «tren articulado ligero», en el que, junto a la rapidez de desplazamiento está la comodidad de los coches, desde los que podía apreciarse maravillosamente nuestro paisaje.

«El avión para llegar, el tren para viajar». Es un antiguo «slogan» propagandístico que no es extraño oír en otros países donde las líneas de tráfico aéreo son regulares y asequibles al gran público. Por una parte, el avión, con todas sus maravillas de prontitud y limpieza. Y por otra, nuestro amigo el tren, unas veces más rápido y otras más lento, pero siempre seguro, pasando y repasando una y otra vez los paisajes de cada día, y sin cansarse nunca de ofrecerlos al viajero.

Antonio GOMEZ ALFARO

En la madrileña plaza del Dos de Mayo, bajo la luz de la tarde, uno de los grupos de Francia interpreta una danza típica



A PASO DE DANZA POR LAS CALLES DE MADRID

**15 PAISES Y 500 PARTICIPANTES
EN UN FESTIVAL INTERNACIONAL**

UN IDIOMA UNIVERSAL QUE TODOS ENTIENDEN

TRAJES charros, de alegres colores, van por la calle de Diego de León, de la capital de España. Es la hora de mayor circulación. Caé el sol a plomo sobre la calzada, este sol inquieto de mayo. La expedición salmantina que ha llegado al Festival Internacional de Danzas va caminando lentamente, tras su actuación ante los microfófonos de Radio Juventud. De pronto, uno de los componentes, Julián Lozano, bailarín, de sesenta y ocho años, se arranca por alegría de una pregunta:

—¿Y por qué no bailamos en la calle?
El grupo entero le mira y sonríe. Hay una pequeña duda que

Muchas veces las danzas necesitan de accesorios. He aquí al Grupo vallisoletano en un baile de palos, que al reflejo parecen espadas



pronto se dispersa. Pero Julián Lozano, que baila desde los cinco años, y que, por lo tanto, hay que tener buena imaginación para contarle las horas de danza, se dirige a su hermano Teodoro, el de la dulzaina y el tamboril, que ronda los sesenta y cuatro, y es el más viejo del grupo, y le dice:

—¡Vamos a tirar para adelante!

Y en medio de la calle comienza la danza. Julián Lozano, sastre en su pueblo, que suspende su oficio y cierra la tienda cuando toma parte en las jiras que organiza el Grupo de Danzas de Educación y Descanso de Salamanca, teje los pasos del bai-

le con una agilidad que para si quisieran muchos jóvenes. Los transeúntes, maravillados, comienzan a formar un ancho corro y los balcones de la calle se pueblan de curiosos que siguen con atención el suceso. El Grupo de Salamanca corea al bailarín, que, por otra parte, ya ha recorrido danzando toda España y numerosos países europeos, con parada y fonda inevitable en París y Londres. Julián le echa estilo y sabiduría, porque también conoce todas las danzas castellanas y porque aunque sus sesenta y ocho años aparecen en su carnet de identidad se los niega su vigor físico. La dulzaina suena alegremente al compás del tamboril,

y entre los descansos, Teodoro habla:

—Hasta que me muera seguiré tocando, y si tenemos presente que mi madre murió a los noventa y tres años... ¡Fíjense si me queda tiempo todavía!

Y al preguntarle uno su opinión sobre Londres, va y dice:

—He ido dos veces: la primera en 1914 y la segunda hace cinco años. Entonces me parecieron más serios que ahora, que ya han aprendido a aplaudir, aunque muy flojito.

Y en la mañana, entre el buen humor, entre el colorido pintoresco de los trajes, el Grupo de Danzas de Educación y Descanso de Salamanca siguió alegrando la



Un bello retrato de doña María Elena de Arizmendi, gran amante y erudita de la danza que ha pronunciado una conferencia en el Ateneo sobre «El alma de la danza»

calle de Diego de León, en la que cada ventana era un ramillete de gente asombrada y maravillada.

QUINCE PAISES Y 500 PARTICIPANTES

Cuando el calor llega a Madrid, allá por mayo florido, la capital de España se prepara como una

novia para recibir la festividad de San Isidro Labrador. La Pradera se enciende como un ascua y los escaparates de las avenidas son puras obras de arte. Este año, para sumarse al esplendor del festejo llegaron quince Grupos de Danzas, con un total de 500 participantes para actuar en el Festival Internacional de Danzas

organizado por la Jefatura Nacional de Educación y Descanso en colaboración con el Ayuntamiento. Tres plazas, como tres puntos estratégicos, llenos del alegre y sabroso colgar de farolillos y banderolas, fueron el escenario de las danzas. En la plaza de la Villa actuaron los Grupos de Francia, Austria, Baleares, Córdoba y Salamanca.

Francia nos trajo a Les Trouvadors (Los Trovadores), una Agrupación de los Pirineos, con gran renombre en su país. Sus componentes son obreros, productores y campesinos, que lo mismo interpretan una canción alegre y bulliciosa del Midi, que se adentran en la nostalgia de las danzas típicas de los valles pirenaicos. Conocen bien desde la polka tradicional a la ronda antigua, baile aún con vigencia, pasando por la jota de influencias españolas y el aire de Languedoc, un curioso número en el que interviene solamente el tamboril.

En la plaza del Dos de Mayo, cercanos a la estatua conmemorativa del asalto al parque de Monteleón, actuaron Bélgica, Madrid, Valladolid y Teruel.

Bélgica, acaso el primer país en afición musical (y ahí están para demostrarlo los Certámenes anuales Internacionales de Música), nos trajo el encanto, para nosotros desconocido, de classotis, con sus sonoras palmadas, con su polka con saludos, con su juego de banderas. Teruel nos ofreció el bolero de Caspe, danza señorial, movida, que termina a ritmo de jota y, seguidamente, la jota de Calanda, contraste fuerte del bolero de Caspe, porque la jota de Calanda es un prodigio de tranquilidad y de equilibrio.

Valladolid presentó «Los labradores», antiguo baile con paso de jota y letra popular, cuya cuna es Medina del Campo; «La Española», baile gimnástico, en el que superponen los danzantes; «La galana», jota de Tudela; «Palota de Berrueces», danza de palos de origen guerrero, con la que los combatientes entretenían sus ratos de ocio; «La jota de Iscar», antiquísima, que se bailaba en las Plazas Mayores el día del Patrón, y que habiéndose perdido la recusó el Grupo de Educación y Descanso.

Y, por último, en la plaza de Embajadores actuaron Portugal, Italia, Galicia, Cadalso de los Vidrios y Santander.

Todo se dió cita en estas tres plazas de la capital de España: la alegría de los bailes andaluces, el señorío de los bailes baleares, la reciedumbre viril de la jota aragonesa, la riqueza de los charros y el exotismo magnífico y artístico de los Grupos extranjeros.

A LA ORILLA DE UN TABLADO

Son las siete de la tarde. En la plaza del Dos de Mayo, el Grupo francés de Los Trovadores espera el momento de su actuación, sentados cerca de la tribuna. Uno de los componentes, con un acordeón sobre las rodillas, habla con una muchacha rubia, y se nota en seguida que forman una pareja completamente a parte. Pronto descubrimos el secreto. El se llama Ray; ella, Pascale. Bueno. Resulta que hace escasamente

Na
anso
unta
tra
ale
lillos
nario
de la
de
ordo
Tou
una
con
Sus
duc
mis
ale
ne se
e las
pire
le la
an
pa
ncias
edoc
e in
Layo
emo
de
Ma
pals
están
enes
Rusi
para
esco
das,
n su
nos
anza
a a
e, la
erte
la
ligio
o.
bra
o de
una
spe
que
«La
lota
s de
los
ra-
ar»
las
rón,
re
n y
do
gal,
Vi-
tres
: la
cie-
one-
y el
UN
la
upo
para
gen-
de
cor-
bla:
se
una
rte.
El
bue-
ente



Y aquí, Tudela. Una fotografía que expresa mejor que ningún comentario este Festival Internacional de Danza

un mes que se han casado. La verdad, es curioso que precisamente pasen su viaje de novios de forma tan singular. Ella es pequeña, de ojos dulces y largo cabello. El tiene estampa atlética. El diálogo se impone. Pascale sabe español.

—¿Cuál es la danza que prefiere bailar?

—La danza típica de los valles pirenaicos. Tiene acentos primitivos y me da la impresión de que como mejor se interpreta es con los pies descalzos.

Algo debe de haber de eso, porque la muchacha, en este preciso momento, está sin zapatos, hurgando con los dedos de los pies en la arenilla suave de la plaza.

—¿Su marido hace algo más que bailar?

—Sí. Es un gran aficionado a la pesca submarina. Y tiene una hacienda.

Más lejos, Jacqueline, una muchacha alta, fuerte, también rubia, perteneciente al grupo de Bélgica, habla con un grupo de españoles y podemos escuchar que es secretaria de una importante Empresa de construcción.

—¿Madrid?

—Señorial.

—¿Qué baile español le agrada más?

—El andaluz, y conste que no es por la propaganda turística.

Y se ríe. Y con la risa se acerca Jean Dokter, austriaco, que posee una granja y que se dedica a la industria de los quesos. Cuarenta vacas de buena raza, buenos pastos, buen negocio. Habla a trompicones, con un acento fuerte, como si cada palabra fuera el resultado de una explosión.

Es alegre y se ha comprado una botella de vino que debe de llevar sus largos dos litros. Está encantado del ambiente, de las atenciones, de la organización, del lugar del tablado.

—La gente española es muy alegre. Se ríe en seguida. Hay pocos serios.

Y rondando la caída del sol se entremezclan los participantes, se parten en fraternos gestos los bocadillos de jamón y se beben a morro las gaseosas. Y un español, incomprensiblemente, se entiende con un holandés y se preguntan mutuas incógnitas, y se habla de lo de siempre, que la juventud no cambia, que la juventud es siempre la misma. Un viejo austriaco, que debe ser algo así como jefe, fuma en cachimba y se le infla el pecho cuando un periodista le dice que los atuendos austriacos son los que más impresión causan en el público.

—Y yo de los españoles, prefiero los charros.

Galantería por galantería. Da gusto sentarse por aquí cerca, no moverse, y observar simplemente con ojos de niño esta hermosa mezcla de naciones unidas por el vínculo mágico de la danza.

ESO QUE LLAMAMOS «CHATEO»

El «chateo», eso es lo que más impresionaba a los extranjeros. Por lo visto, allende las fronteras no se puede conseguir ese placer de entrar en un bar y pedir un simple vaso de vino. Y mucho menos conseguir de pronto y a precios baratos toda clase de «tapas», que incluyen los más diver-

sos aperitivos y la más fresca marisquería. Ellos disfrutaban yendo de un sitio para otro, picando aquí y allá.

Francesco Marota, un italiano de unos cuarenta años, que debe de tener una predisposición enorme para los negocios, me dijo poco antes de comenzar la gran cabalgata en la que intervinieron todos los grupos del Festival internacional:

—Estoy pensando seriamente en abrir en mi país un bar al estilo español, con gambas a la gabardina y boquerones en vinagre.

La cabalgata sí que constituyó un espectáculo único. Coches típicos, carrozas, bandas de música, rondallas y parejas de jinetes recorrieron en vistoso desfile el paseo del Prado, Cibeles. Alcalá, José Antonio, la plaza de España, la calle de Bailén, la calle Mayor, y ya casi anochecido, seguidos por la multitud entusiasmada, llegaron hasta la plaza de la Villa. Allí, como corolario al Festival, aunque aún faltaba la clausura en la plaza de toros, los 500 participantes, de los que corresponden a cada grupo aproximadamente 25, se desperdigaron por los típicos mesones del barrio viejo de Madrid, con sombras de la figura de Luis Candelas y los andares erráticos de Emilio Carrere.

Y para la Historia, he aquí los números preferidos por el público: la «Jota repetida», de Teruel; las «Sevillanas», de Córdoba; el «Bolerito mallorquín», de Baleares; el «Baile guerrero de las espadas», de Santander; la «Danza de la Virgen», de Portugal; el «Baile tirolés», de Austria, y una danza original y pintoresca

ca que uno de los grupos franceses baila con caballos de cartón.

EL ALMA DE LA DANZA

En todos los escenarios del mundo sigue el canto y la danza. Y en las plazas ciudadanas y pueblerinas, los mozos y las mozas siguen brincando en el aire que se retuerce, mientras el canto y el canto se escapan por las esquinas del cielo. Allá se van los Coros y Danzas, los holandeses, los baigas, los franceses, los manchegos, los andaluces... Aquí ha quedado la esencia del espíritu, su alma, en la profundidad, no del canto o de un bello paso, sino en la palabra de una mujer extraordinaria, doña María Elena de Arizmendi de Iribarren.

El martes habló en el Ateneo madrileño del alma de la danza. Atrás han quedado sus palabras. Pero ahora, charlando con ella, recobran nueva vida y una calidad más humana.

—Cuando no se puede bailar para fuera—dice con cierta tristeza—, los que sentimos la danza como algo vital, no tenemos otro recurso que bailar para dentro. Y así he llegado a embeberme totalmente en este maravilloso mundo.

La señora de Iribarren, joven y extraordinariamente bella, es donostiarra de nacimiento. Desde sus primeros años sintió una atracción irresistible por la danza, actuando en gran número de festivales benéficos. Luego llegó el matrimonio, y, al no poder entregarse a lo que ella llama «danza para fuera», se ha dedicado a la investigación de los fenómenos estéticos y problemas filosófico-históricos que fluyen del arte de Terpsicore.

María Elena de Arizmendi ha confesado que, aun bailando para dentro, siente el arte como si realmente lo practicase. La primera conferencia la ha dado en Madrid, ya va para dos años; más tarde han sido Valladolid, San Sebastián y otras ciudades las que han tenido la fortuna de oír sus finas sugerencias sobre matices que traspasan, muchas veces, el ámbito de la danza.

—El amor que siento por todo lo relacionado con el baile, tanto clásico como popular, ha sido

otro de los motivos que me han empujado a difundir mis conocimientos, porque deseo que todo el mundo penetre el misterio de la danza.

—¿Cómo ve usted lo que se llama danza clásica y la popular?

—Mi sensibilidad tiende al baile popular, más natural, por sujetarse menos a la mecánica, pues deja que el alma del bailarín se perciba en toda su pureza. Por el contrario, en la danza clásica, siempre existe un mínimo de esclavitud a la barra, impidiendo que el danzarín se exprese con toda la fuerza y todo el arte de su espíritu.

—Entonces, ¿usted cree que lo que se suele llamar «ballet» es menos perfecto?

—Para mí, es la forma de danzar, mecánicamente, más perfecta que existe, pero en contenido espiritual creo que no hay nada como la danza española.

Uno de los puntos más oscuros de la danza clásica es el porqué del baile de puntas, que tiene un origen próximo en el siglo XIX.

—La primera bailarina que, se suele decir, bailó de puntas fue ya sueca de origen italiano María Taglione, si bien ya antes lo había hecho la rusa Istomina. En ello hay un algo de estilizar la figura, de subir, de querer fundirse en el aire.

Habla con toda la sutileza de su alma. Se entrega con generosidad, ella, que no comprende a las personas que parecen celar las cualidades del espíritu, porque, para la señora de Iribarren, «las cosas espirituales son las únicas que no tienen fronteras, en las que se puede siempre llegar más allá». Y ella, habla que te habla, o, más bien insinúa que te insinúa, va introduciéndonos en los secretos de la danza, fina y apasionada como la gran rosa roja que María Elena ha prendido esta mañana en su solapa.

—¿Y el baile flamenco?

—Lo considero extraordinario. Ya le he dicho que en danza, España podría ser el primer país del mundo, pero nos falta disciplina y, en cierto modo, dinero.

—¿Dónde está el origen del flamenco?

—Existen terracotas en Creta y Knossos, en que están esculpidos movimientos que indican un claro antecedente del flamenco. Luego, debió de llegar a España a caballo de gitanos, árabes y judíos, precisamente, estoy preparando un estudio sobre estas tres importantes aportaciones a la danza española: árabe, judía y gitana. Es interesantísima la influencia de los judíos, un pueblo en el que todos, en la antigüedad, sabía danzar y cantar, y que hoy cuida extraordinariamente esta característica genuina obligando en escuelas y colegios a clases diarias de canto y danza. Pero estoy segura de que no hay país en el mundo que posea la enorme variedad y riqueza de nuestro baile.

DANZAS PARA LAS PLAZAS PÚBLICAS

Ella, a veces, teme excederse en sus comentarios e incansantes citas y alusiones a la pintura, la música, la etnología, la sociología, el paisaje. Sus palabras van desde Antonia Mercé, por la que siente una admiración apasionada, a Vicente Escudero y Antonio

—Aquí tenemos toda la gama de matices que puedan existir desde las danzas saltadas del Norte a la emotiva expresividad de las andaluzas, en que todo baila pies, manos y gestos, sin olvidar el empaque señorial de los bailes castellanos o la armonía mediterránea de la sardana.

—Ahora, que se acaba de celebrar el Festival Internacional de Danzas, ¿cómo ve esta labor del resurgir de nuestros bailes regionales?

—La considero extraordinaria y digna de todo elogio, pero creo que estas danzas son para bailar en las plazas públicas, no en el escenario. Para esto habría que depurarlas, perdiendo con ello gran parte de su frescura y espontaneidad.

Uno de los mayores deseos de María Elena de Arizmendi es aprovechar el extraordinario causal religioso de España para llevarlo a la danza, con fondo dramático, como ha hecho recientemente Leónidas Masine con «La Vida de Jesucristo».

—Es más—apoya—yo creo que Masine se ha aprovechado de nuestra música y danza para tal obra, pues, pese a que ha dicho que la única fuente de inspiración han sido los cuadros de los primitivos italianos, me inclino a asegurar que en alguno de los viajes que realizó por nuestra Patria, en unión de Diaghilew, conoció una antigua danza religiosa catalana basada en la vida del Señor.

Han transcurrido los minutos como en un auténtico paso de danza. Porque, realmente, María Elena Arizmendi ha conseguido con su palabra llevar a quien la escucha todo el ritmo espiritual de una de las artes más antiguas y más impresionantes de la Humanidad. Sus ideas sugieren y hacen vibrar; buena prueba de ello es la carta, llena de sentimentalismo y agradecimiento, que le envió a San Sebastián un estudiante japonés después de escuchar una de sus conferencias en Valladolid:

—Aquella carta, llena de esa especial dulzura oriental, ha sido una de las mayores satisfacciones de mi vida.

Herrero LOSADA

En la Plaza de Oriente los palos multicolores forman un soporte para lograr un conjunto armónico en los componentes del Grupo de Santander





En verano
¡VISTA COMODO,
PERO CON ELEGANCIA!

Estas son las característi-
cas que le brinda nuestra
moderna colección de tra-
jes para caballero

En algodón ju-
mel y oto-
mán la va-
bles 650 ptas.

Tropical 725 »

SU TALLA EXACTA,
JUNTO CON LA CALI-
DAD MAS SELECTA

Planta Tercera

Envíos a provincias

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 140



A PASO DE DANZA
POR LAS CALLES
DE MADRID

15 PAISES Y 500 PARTICIPANTES EN UN FESTIVAL INTERNACIONAL
UN IDIOMA UNIVERSAL QUE TODOS ENTIENDEN